

Copia para ser evaluada por el SIGEVA
de la Universidad de Buenos Aires.
Prohibida la reproducción parcial o total
sin la autorización del editor.

Miradas cruzadas:

narrativas de viaje de mujeres en Argentina
1850-1930

Mónica Szurmuk

historia
social y cultural



Instituto
Mora

DEWEY LC
918.2 HQ
SZU.M 1532
 S98

Szurmuk, Mónica

Miradas cruzadas : narrativas de viaje de mujeres en Argentina, 1850-1930 /
Mónica Szurmuk ; tr. de María Cristina Pinto. – México : Instituto Mora, 2007.
165 p. : il. ; 23 cm. – (Historia social y cultural).

Incluye índice

Bibliografía: p. 150-162

ISBN 978-970-684-159-9

1. Mujeres en la literatura – Argentina. 2. Viajes y travesías. 3. Roles sexuales
– Argentina – Historia. I. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
(México, D.F.). II. t. III. ser.

© University Press of Florida, 2000

Título original: *Women in Argentina. Early Travel Narratives*

Traducción: María Cristina Pinto

Ilustración de portada: cortesía de Lucas Rocino

Primera edición en español, 2007

D. R. © Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

Plaza Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac,

03730, México, D. F.

Conozca nuestro catálogo en <www.mora.edu.mx>

ISBN 978-970-684-159-9

Impreso en México

Printed in Mexico

ÍNDICE

Prólogo 9

Introducción 11

PARTE I

IDENTIDADES FRONTERIZAS (1837-1880)

1. Una casa, un hogar, una nación: *Recuerdos del Buenos Ayres virreynal*, de Mariquita Sánchez 31
 - Una casa/un hogar 34
 - Mariquita Sánchez como símbolo 39
 - Moda y nación 44
 - Ahí vienen los ingleses 48
 - Escrituras del yo 52
2. Reina del interior: *Le río Parana*, de Lina Beck-Bernard 54
 - Las reinas de la Pampa 60
 - Manuelita 64

PARTE II

FRONTERAS CAMBIANTES (1880-1900)

3. “Recordar es vivir”: *Recuerdos de viaje*, de Eduarda Mansilla 71

Cuando se es la sobrina de Rosas...	72
4. Interludio en la frontera: <i>Across Patagonia</i> , de lady Florence Dixie	83
<i>Dinnertime</i> en la Patagonia	84
5. Viajar/enseñar/escribir: <i>In Distant Climes and Other Years</i> , de Jennie Howard	98
Las maestras	101
“Los climas distantes”, de Howard	103
La maestra y el desapasionamiento	105
La familia	108
PARTE III	
IDENTIDADES EN TRANSICIÓN (1900-1930)	
6. Viajera/institutriz/expatriada: <i>Stella</i> , de Emma de la Barra	113
7. Mujeres solas por el mundo	118
A Europa ida y vuelta: el viaje profesional de Cecilia Grierson	124
Ada María Elflein viaja al interior	132
El género en disputa	135
Márgenes de lectura/escritura	136
8. El viaje espiritual: <i>Tierras del mar azul</i> , de Delfina Bunge de Gálvez	142
Índice de ilustraciones	149
Bibliografía	150
Índice onomástico	163

Copia para ser evaluada por el SIGEVA
de la Universidad de Buenos Aires.
Prohibida la reproducción parcial o total
sin la autorización del editor.

A mis padres

PRÓLOGO

Este libro fue escrito en inglés a fines de la década de 1990 y fue publicado a principios de 2000 por la editorial de la Universidad de Florida con el título de *Women in Argentina, Early Travel Narratives*. Lo escribí en inglés como desafío, y tuve que ir haciendo de ese lenguaje prestado el propio, un lenguaje que me permitiera contar a un público angloparlante los recorridos de estas mujeres que confiaron en la palabra y en su poder de imitar espacios amados y odiados, en su posibilidad de representar aquello que aún hoy nos obsesiona: la identidad y la otredad. Cuando poco después de la publicación de ese libro renuncié a mi puesto en la Universidad de Oregón para mudarme a México, algunos colegas en este país y Argentina sugirieron que valdría la pena traducirlo para hacerlo accesible al público hispanohablante. *Miradas cruzadas* es la respuesta al desafío de volver al idioma original —el de muchas de estas escritoras y el mío— la travesía a lo largo de 80 años de narrativas de viajes escritas por mujeres.

Desde el año 2000 hasta ahora la bibliografía sobre narrativa de viajes ha crecido muchísimo y también el interés por algunas de estas autoras y por la vida cotidiana de las mujeres en la historia argentina. Muchos textos que leí luego de concluir la escritura de este libro hubieran enriquecido mi investigación y en algunos casos me hubieran llevado por otras líneas de argumentación. Los dos primeros volúmenes de la *Historia de la vida privada en la Argentina* (Buenos Aires, Taurus, 1999), proyecto colectivo coordinado por Fernando Devoto y Marta Madero, son fundamentales para entender modelos de sociabilidad femenina en el periodo que trato. El cuidadoso análisis de la articulación de las escrituras y lecturas viajeras dentro de la tradición letrada latinoamericana que realiza Beatriz Colombi en *Viaje intelec-*

tual: migraciones y desplazamientos en América Latina 1880-1915 (Rosario, Beatriz Viterbo, 2004) aporta un nuevo modelo para leer los libros de viaje de autores canónicos. Los estudios sobre Mariquita Sánchez y Eduarda Mansilla de Graciela Batticuore (en *La mujer romántica: Lectoras, autoras y escritores en la Argentina 1830-1870*, Buenos Aires, Edhasa, 2005), y sobre Cecilia Grierson de Dora Barrancos (en *Inclusión/exclusión: Historia con mujeres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002), constituyen excelentes contrapuntos a mi propio trabajo en torno a estas autoras. Batticuore ubica a Sánchez y a Mansilla en los espacios de la lectura y escritura, y sitúa los textos de viaje dentro de una trayectoria literaria más amplia. En el texto de Barrancos, la carrera intelectual y profesional de Grierson se inserta dentro de las fluctuaciones pendulares entre la inclusión y la exclusión que han marcado la participación de las mujeres en la vida política, social y cultural de Argentina.

Mi interés en la narrativa de viajes de mujeres surgió durante mis estudios de doctorado en la Universidad de California. Estoy en deuda con Jaime Concha, Susan Kirkpatrick y Mary Louise Pratt por la inteligencia y la generosidad con la que me apoyaron en la escritura de mi tesis de doctorado, embrión de lo que sería este libro. Muchos colegas colaboraron en diferentes momentos en la reflexión sobre estos textos invitándome a participar en paneles, leyendo capítulos, compartiendo lecturas: Norma Alloati, Graciela Batticuore, Carlos Blanco Aguinaga, Laura Cardona, Debra Castillo, Page DuBois, Alvaro Fernández Bravo, Lisa Freinkel, Francine Masiello, Karen McPherson, María Negroni, Adriana Novoa, Isabel Quintana, Silvana Rabinovich, Ileana Rodríguez, Susana Rotker, Ricardo Salvatore, Marcelo Suárez Orozco, Claudia Torre y Mary E. Wood. A todos ellos mi agradecimiento. Me he enriquecido en México con el trabajo colectivo en el seminario del área de Historia Social y Cultural del Instituto Mora, el Taller de Literatura y Crítica Diana Morán y el Seminario Interdisciplinario de Teoría Queer. En estos volví a descubrir el placer por la lectura compartida y por la amistad que surge en torno a los textos.

Por el cuidado y la dedicación que dedicó a la traducción de este libro expreso mi gratitud a María Cristina Pinto, y a Virginia López Grisolia por habernos puesto en contacto. Por la autorización para utilizar la imagen de la portada agradezco a Lucas Rocino.

Agradezco también a Marcelo Bergman por ser el mejor interlocutor y el mejor compañero de viaje –siempre. Y a nuestros hijos, Eyal, Martín y Adriel, por el entusiasmo y la alegría cotidiana.

INTRODUCCIÓN

Cuando los árboles pierden las hojas y el calor del verano disminuye, empiezan las clases. De marzo a mayo, los chicos aprenden a saludar a la bandera, a cantar himnos patrióticos y a bailar distintas danzas folclóricas. Se les muestra por primera vez un óleo de 1910, pintado por Pedro Subercasseaux, que ilustra una velada literaria en casa de misia Mariquita Sánchez a comienzos de 1810, donde se entonan por primera vez los versos del himno nacional.¹ El 25 de mayo se celebra el nacimiento de la patria argentina con representaciones que refieren tanto a las elites comerciales de las ciudades, que bailan el *minuet* luciendo galeras y vestidos de elaborada confección, como a los gauchos y las chinitas, que bailan danzas folclóricas como cielitos, gatos y chacareras. Los gauchos llevan botas y las chinitas están peinadas con largas trenzas negras. El 20 de junio, los alumnos celebran la creación de la bandera. El mes siguiente, antes de las vacaciones de invierno, pintan dibujos de la casita de Tucumán, la provincia del norte argentino donde el 9 de julio de 1816 se declaró la independencia. Dentro de la casa, los hombres de galera se trenzan en acalorados debates sobre el futuro de la nación. Afuera –imaginarán los niños– están los gauchos, enfundados en sus ponchos, junto a las mujeres. Con bebés en brazos, acunando a los recién nacidos, embarazadas de los futuros soldados de la patria,

¹ Existen opiniones encontradas respecto a la veracidad de la versión oficial de la historia argentina que ubica a la velada en casa de Mariquita Sánchez como la primera vez en que se entonó el himno nacional. El pintor chileno Pedro Subercasseaux pintó *El himno nacional en la sala de María Sánchez* para el centenario de la Revolución de Mayo, en 1910, basándose en la narración que de este hecho se publica en Pastor Obligado, *Tradiciones argentinas*, Barcelona, Montaner y Simón, 1903, p. 64. Véase Sáenz, *Mariquita*, 1995, pp. 64, 327.

las chinitas y las damas de clase alta esperan. Esclavos negros encienden las luces de la ciudad y protegen a las damas. “¿Dónde están los indios?”, podría preguntar un alumno avisado. “En el desierto, en la Pampa, en la Patagonia, en la frontera”, podría ser la respuesta.

Esta versión de las fiestas patrias de la escuela primaria argentina no sólo subraya los puntos de consenso, privilegiados por los relatos patrióticos, sino también las zonas donde el sentimiento de comunión se quiebra. Y es en estas zonas donde aparece el discurso de la otredad, a través de las mujeres, los pueblos indígenas, los negros y los gauchos. ¿Cómo sería la historia de la nación argentina si incluyera las narraciones alternativas de los grupos subalternos? ¿Pueden acaso los relatos nacionales incluir la subalternidad o están siempre condenados a repetir un discurso de exclusión y subordinación? Estas preguntas son la base de mi investigación que recorre 100 años de narrativas de viaje en Argentina.

En este libro rastreo el desarrollo de la literatura de viajes de mujeres en Argentina, de 1830 a 1930, con el fin de mostrar la complejidad de la inclusión femenina en los discursos sobre las identidades colectivas. Mi tesis es que las mujeres –y lo femenino– desempeñaron diferentes papeles en diversos momentos de la historia argentina. Me propongo demostrar cómo el acceso de la mujer blanca a la cultura letrada y a la vida política fue explicado no sólo en términos de género, sino también de etnicidad. Por esta razón, me concentro en el análisis de la blancura y conjeturo acerca de cómo la blancura combinada con características de lo femenino resultó fundamental en la apertura de espacios políticos y culturales de participación para la mujer. Con la relectura de la expansión de Argentina hacia la frontera, proceso que caracteriza a este periodo histórico, demuestro cómo las fuerzas civilizadoras responsables de la creación de la nación fueron clasificadas como blancas y femeninas, mientras que las fuerzas de la barbarie se vieron representadas por la masculinidad del mestizo. Las escritoras blancas aprovecharon la ventaja de este lugar de privilegio dentro de la narrativa de la civilización para intervenir en los debates de la creación de la nación. Sin embargo, también utilizaron su espacio discursivo para criticar elementos fundamentales del proyecto de constitución de la nación –como el exterminio indígena–, señalando los sitios donde este proyecto no sólo incluía, sino que también y dramáticamente excluía.

Este libro rescata una rica tradición de narrativas de viaje escritas por mujeres. Los relatos de viaje sobre Argentina escritos por francesas, inglesas y estadounidenses se leen junto con los textos de viajeras argentinas que

escribieron acerca del interior de Argentina, Estados Unidos, Europa y el Medio Oriente. Exploro las interconexiones entre las identidades individuales y colectivas, y sostengo que estos textos de viaje conforman el modelo de Argentina como país blanco y, a la vez, se ven determinados por este modelo. Al leer conjuntamente los textos escritos por mujeres que pertenecen a diferentes tradiciones literarias y culturales, y al quebrar las divisiones entre las escritoras de ámbitos colonizados y colonizadores, pongo en duda la suposición, tan ampliamente sostenida, de que los relatos de viajes de las mujeres son una aventura interior meramente personal, y demuestro, además, cómo las mujeres utilizaron el género para discutir temas de gran contenido político. *Miradas cruzadas* no trata solamente de la relación entre la construcción de la nación y las cuestiones de género en Argentina. También invita a emprender una lectura comparada de las relaciones que existieron entre el género y la etnicidad en la creación de la cultura impresa en los Estados Unidos y en la Europa de esa época.

Durante el periodo de 1830-1930, que marca la transición de la independencia a la modernización, el papel de la mujer en la sociedad sufrió cambios drásticos: las mujeres formaron parte de la fuerza de trabajo hasta alcanzar cifras sin precedentes y lograron el acceso a todos los niveles del sistema educativo. Las autodefiniciones de las mujeres debieron ser modificadas para poder acomodarse a los cambios de la realidad política y social. Mi trabajo se concentra en la narrativa de viaje como género que requiere un constante posicionamiento del yo para poder documentar estas transformaciones y dar cuenta tanto del cambio como de la continuidad. Si bien me interesa recalcar la mayor participación de las mujeres en la vida política y social, también me concentro en ciertas categorías importantes como, por ejemplo, el hogar, el cuerpo, la nación y la región en los relatos de viaje escritos por mujeres que nacieron en Francia, Inglaterra, Estados Unidos y, por supuesto, en Argentina. Me interesa analizar los modos en que estas escritoras discuten su grado de pertenencia y de no pertenencia, las características del yo y de la otredad. Estos temas se tratan en la frontera, espacio imaginario donde la civilización se quiebra y domina la barbarie. La frontera es, también, el lugar donde el mito de la “Argentina blanca” cede a las distintas realidades de la diversidad racial.

Las categorías de civilización y barbarie fueron llevadas al primer plano de la vida política y cultural de Argentina y luego de Hispanoamérica con la publicación de *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, en 1845, y todavía prevalecen en nuestra comprensión de la historia y la cultura argentinas e

hispanoamericanas. En *Facundo*, Buenos Aires y las ciudades del litoral argentino se presentan como centros de civilización. La Pampa circundante, por el contrario, es repositorio de la barbarie que amenaza los emprendimientos civilizadores organizados en las ciudades. Para que una nueva nación pueda surgir, las fuerzas de la civilización tendrían que vencer a los elementos bárbaros alojados en la Pampa, como los indios y los gauchos, e incluir a estas regiones geográficas dentro de una economía capitalista. Como ha demostrado Francine Masiello en *Entre civilización y barbarie: mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*, el conflicto entre civilización y barbarie fue descrito con metáforas claramente marcadas por el género. El ámbito de la civilización se representó con términos femeninos y étnicos, donde las mujeres blancas de clase media eran íconos de la civilización y, a la vez, creadoras y guardianas de los espacios civilizados y civilizantes: los hogares, las escuelas y los hospitales.

Mientras que los espacios domésticos de las ciudades constituían los depósitos de la civilización, los espacios abiertos del campo representaban el bastión de las fuerzas de la barbarie. Los intelectuales de la generación de 1837 describieron estos sitios como peligrosos y amenazantes, el dominio de la barbarie masculinizada. El campo era especialmente peligroso para las mujeres blancas: allí podían convertirse en cautivas. Aventurarse más allá de la frontera ponía en peligro su seguridad. La frontera era el espacio más allá de la línea imaginaria, siempre cambiante, donde las fuerzas naturales de la barbarie desafiaban los principios organizadores de la civilización europea. En *El género gauchesco: Un tratado sobre la patria*, Josefina Ludmer demuestra cómo el campo, percibido como el espacio de la barbarie, fue integrado a la nación mediante la demarcación real de los campos y la incorporación simbólica del gaucho a la ley del Estado. La cultura letrada medió este proceso.

Las categorías de civilización y barbarie no sólo estuvieron marcadas por el género, sino también, y en forma contundente, por la raza. Sostengo que la combinación de la blancura con lo femenino dio lugar a posibilidades discursivas que permitieron múltiples sustituciones en el discurso de la subalternidad y que en determinados momentos las mujeres ocuparon espacios similares a los de otros grupos subalternos como los indios, gauchos o mulatos.² Un modelo de mujer, encarnado por el ángel del hogar, hizo su aparición en el discurso de la construcción de la nación, junto con los pape-

² Para un análisis de las relaciones entre las diferentes formas de subordinación, véase Rodríguez, *Women*, 1996.

les tradicionales como el descanso del guerrero y la maternidad republicana. Tanto los escritores como las escritoras discutían la política dentro del reino de lo doméstico. Otros aspectos de la vida que importaban a las escritoras y que no tenían cabida en las novelas románticas de los escritores —como el deseo, el trabajo, la relación entre los géneros y la educación—, con frecuencia encontraban su lugar en los textos escritos por mujeres con referencia a la subalternidad. Por consiguiente, los relatos de viajes ofrecían la ocasión de discutir estos otros intereses desplazados de los lugares reales donde las mujeres vivían sus vidas cotidianas.

En la primera parte del libro, *Identidades fronterizas*, que abarca el período 1837-1880, me dedico a estudiar las textualizaciones del paisaje rural antes de la demarcación de las tierras y la extensión de las vías férreas, para demostrar cómo el espacio de la frontera, codificado como masculino, es utilizado por las mujeres para explorar los límites del proyecto modernizador liberal de los hombres intelectuales. Escritoras como Juana Manuela Gorriti, Rosa Guerra y Mariquita Sánchez se alinean en diferentes puntos respecto del proyecto modernizador liberal y de los excluidos de este proyecto, los gauchos y los indios. Las mujeres europeas utilizan el espacio del paisaje argentino para discutir las relaciones entre los géneros de sus países de origen, mientras que las mujeres argentinas utilizan a Europa para participar en debates sobre la etnicidad y la inmigración a la Argentina. Las cartas personales y las memorias de Mariquita Sánchez, *Recuerdos del Buenos Ayres virreynal*, que abordo en el capítulo 1, ofrecen un espacio fértil para discutir las inclusiones de la mujer en identidades colectivas en la primera mitad del siglo XIX. La escritura de Sánchez muestra una relación conflictiva con la representación que de ella realizaban los escritores de la época, que la presentaban como un compendio de las características de la civilización. La escritura autobiográfica de Sánchez desafía la representación que de ella misma realizaban sus contemporáneos y demuestra cómo los hombres intelectuales usaban lo femenino como metáfora de la democracia y de la república, al mismo tiempo que excluían a las mujeres de los derechos a la ciudadanía. En el capítulo 2 analizo *Le rio Parana* (1864), de la escritora alsaciana Lina Beck-Bernard, una narración de su estadía en la provincia de Santa Fe, a mediados de 1850, que escribió mientras su esposo fundaba en la región la colonia suiza Esperanza. El texto de Beck-Bernard subraya los puntos de disenso en el discurso de la “nación blanca”, y lo hace concentrándose en la complejidad de las relaciones de clase y de raza que los proyectos semejantes a los de su esposo intentaban borrar.

La segunda parte –Fronteras cambiantes– se concentra en los relatos de viaje de mujeres escritos entre 1880 y 1900. Este periodo está marcado por dos procesos complementarios: el brutal genocidio de las poblaciones indígenas, llevado a cabo por la Campaña del desierto (1878-1879), y la adopción de políticas inmigratorias que atrajeron al país a millones de europeos. La unificación y modernización nacional se construyen sobre la base de estas ausencias (los indios) y el deseo de las nuevas presencias (los euroargentinos). Las mujeres que escribieron relatos de viaje durante este periodo abordaron temas como la participación en la modernización y la resistencia a ella. *Recuerdos de viaje*, de Eduarda Mansilla (discutido en el capítulo 3), y *Across Patagonia*, de Florence Dixie (analizado en el capítulo 4), representan intervenciones en el debate del destino de los pueblos indígenas y críticas veladas al modelo argentino de exterminio. En *Across Patagonia* (1881), por ejemplo, la aristócrata inglesa, Florence Dixie, describe felicísimas relaciones matrimoniales y filiales entre los tehuelches de la Patagonia. Sostengo que en sus descripciones de las prácticas tehuelches, Dixie establece un contraste subyacente con las relaciones familiares en Gran Bretaña: la imagen bucólica de los tehuelches que registra, subraya los problemas en las relaciones familiares de su país de origen. Sus descripciones también acentúan la existencia de una vida comunitaria muy activa y entusiasta, que contradice la idea prevaleciente de las comunidades indígenas sin vida, condenadas al fracaso y a la extinción. Durante el mismo periodo, Eduarda Mansilla, mujer de alta sociedad, utiliza sus *Recuerdos de viaje* (1880) para criticar el modelo de las reservas indias en Estados Unidos, en el preciso momento en que las mismas ideas se estaban debatiendo en el Congreso argentino. Los relatos de viaje de Dixie y Mansilla son un testimonio de la vida de los pueblos indígenas en Argentina, coincidiendo con el desarrollo de los relatos nacionales que estaban erradicando todo vestigio de su existencia. En el capítulo 5, me ocupo de *In Distant Climes and Other Years* (1931), escrito por Jennie E. Howard. Como una de las maestras estadounidenses contratada por Domingo Faustino Sarmiento, Howard documenta la creación y expansión de la escuela normal en el país. El texto de Howard marca el surgimiento de un nuevo modelo de femineidad, representado por una mujer profesional independiente. El cambio de perspectiva entre los textos de Dixie y Mansilla y los de Howard es síntoma de un proceso mayor que tuvo lugar a principios del siglo xx: la otredad ya no se ve representada por los indios. Ahora son los inmigrantes, los homosexuales, los travestis, los mestizos, los judíos y los pobres

de la ciudad quienes toman su lugar.³ Así, en el imaginario de la nación, el mito de la “Argentina blanca” emerge con toda su fuerza.

La tercera parte, *Identidades en transición*, está dedicada a los relatos de viaje de mujeres modernas, en una nación moderna, durante el periodo de 1900-1930. En el capítulo 6 expongo mi análisis de *Stella*, novela escrita en 1905 por Emma de la Barra que se convirtió en el primer *best seller* de la historia de la literatura argentina. En *Stella*, De la Barra utiliza los tropos de la narrativa de viajes para explorar el papel de la mujer blanca en el país. El capítulo 7 se concentra en dos mujeres profesionales que se valieron de la enseñanza, en el sistema escolar público, para legitimar sus vidas no tradicionales. En 1902, Cecilia Grierson, la primera mujer médica argentina, redactó un informe para el gobierno argentino en el que detallaba su experiencia como enviada oficial a Europa; en 1918, Ada María Elflein escribió artículos sobre sus viajes al interior de Argentina para el periódico *La Prensa*. Estas mujeres negociaron su participación en la esfera pública mientras incorporaban el discurso de la nación blanca en sus escritos. Para ambas, la Pampa se convirtió en un símbolo que debía incluirse en la literatura de la nación aunque, en realidad, era peligroso para las mujeres modernas. *Tierras del mar azul* (192?), de Delfina Bunge, analizado en el capítulo 8, cuestiona el éxito del proyecto modernizador y propone la peregrinación religiosa como único viaje posible para las mujeres. Los extranjeros presentados como otros en el texto de Bunge —los judíos, los árabes y los italianos pobres— también son los enemigos internos de la generación intelectual que elaboró la razón intelectual para el golpe militar de 1930, iniciando así un periodo de cincuenta años de crisis institucional en el país.

LA NARRATIVA DE VIAJES Y LA NARRACIÓN DE LA OTREDAD

En su influyente libro *Ojos imperiales: Literatura de viajes y transculturación*, Mary Louise Pratt explica la función clave de la narrativa de viajes en la creación del “resto del mundo” para los lectores europeos. La narrativa de viajes como género se comprometió cada vez más con la codificación científica que, a la vez, legitimó la intervención de los europeos en otros países.⁴

³ Véase Salessi, *Médicos*, 1995.

⁴ Véanse Clifford, *Predicament*, 1998; Pratt, *Mapping*, 1981, y Taussig, *Shamanism*, 1987.

Aunque este proyecto fue llevado a cabo principalmente por hombres, las mujeres europeas se involucraron en el viaje imperial desde los inicios de la expansión colonial europea. Sin embargo, tanto la narrativa de viajes como la colonización eran, fundamentalmente, empresas masculinas. A pesar de la proliferación de relatos de viajes escritos por mujeres del siglo XIX, existía una abrumadora mayoría de hombres escritores, y el género se definió con marcadas categorías masculinas, como las que privilegian la mirada y la libertad de movimiento. Las mujeres europeas que escribían relatos de viaje tenían que luchar contra esta tradición y participar en ella dentro de los límites impuestos por el género. A menudo, sus intervenciones se caracterizaban por un énfasis en ciertos temas de la vida privada y los espacios privados, como el hogar y el harén.⁵

Después de la independencia argentina, los sujetos poscoloniales escribieron libros de viajes para narrar sus propias incursiones de regreso a la metrópolis. Los intelectuales argentinos viajaban a Europa como preparación para su participación en la vida política. Al regresar, escribían relatos de viaje que no sólo documentaban sus experiencias europeas, sino su vinculación con ese género. Como observa Noé Jitrik, estos dos emprendimientos, viajar a Europa y escribir sobre el viaje a Europa, siempre habían sido de vital importancia para los intelectuales argentinos interesados en ingresar en la esfera pública, dado que el reconocimiento de este continente es “uno de nuestros traumas más impotentes”.⁶ El viaje *iniciático* a Europa que los hombres intelectuales emprendían quedaba cuidadosamente documentado en los relatos escritos para su posterior publicación. Como David Viñas y Adolfo Prieto demuestran, estos relatos de viajeros debían leerse dialógicamente en contraposición.⁷ Con lujo de detalles, los escritores, los políticos y los futuros presidentes decían ser reclamados por la madre Europa y que renacían al éxito, a la modernidad y al poder gracias a ella.

Si bien los relatos de viaje escritos por hombres fueron inmensamente populares en las nuevas repúblicas latinoamericanas durante el siglo XIX,

⁵ Inderpal Grewal relaciona los dos términos para demostrar cómo actuaron juntos dentro del colonialismo europeo: “tanto ‘hogar’ como ‘harén’ son, en mi opinión, constructos nacionalistas relacionales que exigen el despliegue de las mujeres y del cuerpo femenino dentro del marco antagónico y comparativo de la epistemología colonial”. Grewal, *Home*, 1996, p. 5. La crítica feminista ha estado examinando la compleja relación de las mujeres viajeras en tanto testigos y participantes del colonialismo. Véanse, por ejemplo, Chaudhuri y Strobel, *Western*, 1992; Kaplan, *Sea*, 1986; Lowe, *Critical*, 1991, y Mills, *Discourses*, 1991.

⁶ Jitrik, *Viajeros*, 1969.

⁷ Véanse Prieto, *Viajeros*, 1996, y Viñas, *Literatura*, 1971.

muy pocas mujeres hispanoamericanas llegaron a publicar esta clase de relatos en sus países de origen. Sin embargo, muchas de ellas escribieron sobre viajes y se valieron de distintas formas literarias. Como Susan Kirkpatrick señala en su análisis de la literatura femenina en la España del siglo XIX, el romanticismo dotó a las mujeres de una “clase especial de subjetividad, destinada a criar a sus hijos y mantener lazos afectivos con la familia nuclear”.⁸ Dentro del contexto de esta subjetividad, las mujeres escribieron novelas y cuentos que abordaban los temas relacionados con la construcción de la nación dentro de los límites de la familia burguesa. Los viajes aparecían profusamente en estos textos, porque el exilio fue uno de los temas más importantes en Argentina durante la mayor parte del periodo anterior a 1880. Sin embargo, el primer libro de viajes publicado en el país por una mujer fue *Recuerdos de viaje*, de Eduarda Mansilla, que apareció en 1880, después de la unificación nacional.

Existe una importante razón por la que las escritoras argentinas no escribieron relatos de viaje. En el siglo XIX, para las mujeres de clase alta viajar era un rasgo de clase, y la familiaridad con las costumbres europeas y argentinas eran habituales. La literatura de viajes requiere un posicionamiento frente a la otredad que estas mujeres no podían lograr en relación con Europa. Por lo tanto, no resulta sorprendente que el primer libro de viajes publicado como tal por una mujer del siglo XIX describa el viaje de la escritora, no a Europa, sino a Estados Unidos. Eduarda Mansilla viajó extensamente por Europa, sin embargo, reservó la narrativa de viajes para contar su experiencia en Estados Unidos y registró su vivencia europea en otros géneros como la novela y el cuento. En Europa occidental, ella no podía diferenciarse. Ser una mujer blanca de clase alta en la Argentina del siglo XIX significaba “pasar por” europea. Viajar a Europa era, por lo tanto, otra forma de estar en casa. Bien entrada la década de 1950, cuando Victoria Ocampo escribe sobre su juventud transcurrida en las primeras décadas del siglo XX, reserva el discurso descriptivo de la literatura de viajes para los barrios de la clase obrera de Buenos Aires, mientras narra sus vivencias en Roma y París como prolongaciones de su experiencia de mujer de alta sociedad porteña. La otredad se encuentra en los límites de la ciudad de Buenos Aires, representada por la inmigración. Por el contrario, el mundo de los franceses o italianos ricos era, para las mujeres de la clase social de Ocampo, una prolongación del hogar y, por lo tanto, no podía convertirse en tema

⁸ Kirkpatrick, *Románticas*, 1989, p. 25.

de narrativa de viajes. La literatura de viajes sobre Argentina publicada por mujeres europeas se leía con avidez, porque reflejaba hasta qué punto el proyecto de crear una Europa en ese país progresaba. Los fragmentos citados más a menudo de esta producción se refieren a la percepción de la similitud existente entre Europa y Argentina, el ser “como Europa”.

En las narraciones de viaje escritas por mujeres, podemos observar muy específicamente el conflicto provocado por la definición de la identidad, debido a que escribir sobre viajes exige un compromiso activo con el espacio físico que se observa y describe, y los espacios físicos que se retienen mentalmente para la comparación. Se trata de un género que requiere un constante cuestionamiento de los motivos y de los puntos de vista. Sobre todo, obliga al escritor-narrador a ubicarse en el papel del “otro”. Y para transformarse en un extraño o en una extraña, el narrador de este tipo de relatos también construye una comunidad de lectores que comparten sus valores y costumbres culturales. La atracción de la literatura de viajes como género radica en el extrañamiento del narrador. También es un género que exige dejar la “zona de confort” y viajar a otros lugares, cuestionar categorías que serán críticas en el análisis que propongo, como los conceptos de hogar, paisaje, región, lengua y nación.

LA OTREDAD

La narrativa de viajes se basa en la existencia —real o imaginada— de dos comunidades muy diferentes. Por un lado, el escritor imagina, necesariamente, una comunidad de lectores que comparte sus valores, su cosmovisión, su lengua, y su manera de conceptualizar la relación paisaje-habitante. La otra es la comunidad descrita y presentada como extranjera, con una visión diferente del mundo y de sus valores, con diferencias de lenguaje pequeñas o grandes y con una relación diferente con su propio hábitat.

En este libro sostengo que el autor de narrativa de viajes no puede construir la comunidad imaginada de lectores de su obra si no construye la otredad. Y ésta es una relación dialéctica, dado que la construcción del yo se genera y reproduce a partir de la construcción de la otredad. En *Strangers to Ourselves*, Julia Kristeva sostiene que “como a menudo se ha notado, el extranjero sólo puede definirse en términos negativos. ¿Negativos con respecto a qué? ¿El otro de qué grupo? Si retrocedemos en tiempo y estructuras sociales, el extranjero es el otro de la familia, del clan, de la

tribu”.⁹ Desde mi perspectiva, en la literatura de viajes ser viajero implica tener hogar y raíces, tener la autoridad para escribir y describir. Los objetos de la descripción, por el contrario, son los extranjeros, los extraños para la comunidad de lectores que el escritor de relatos de viajes va creando en su texto.

Todas las escritoras que analizo en este libro comparten una idea de la comunidad de origen basada en la etnicidad, en la clase y en los espacios en los que las mujeres blancas de clase alta se sienten cómodas, fundamentalmente en los ámbitos urbanos o en la naturaleza sometida y limitada, como jardines o estancias. Lo blanco y burgués constituye el sello distintivo de las obras de estas mujeres, alternativamente enfrentadas a las realidades de los hombres y a las mujeres indígenas, de los hombres de distintas clases sociales y de la realidad física de la frontera. Como la creación de la representación simbólica de Argentina en tanto nación se construyó, en gran medida, a partir de la femineidad blanca, estas escritoras también tuvieron que negociar su acceso a los espacios privilegiados dentro de la nación (principalmente en oposición a las otras razas y a la clase obrera) mientras pronunciaban un discurso que desafiaba varias de las premisas sobre las cuales se asentaba su propio estatus privilegiado.

ESCRIBIENDO PAISAJES/ESCRIBIENDO CUERPOS

Los intelectuales del siglo XIX como Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento y Esteban Echeverría, entre otros, esbozaron un proyecto de nación que delineaba cuidadosamente las características físicas deseables de los futuros habitantes de Argentina. Los cuerpos de las mujeres eran, para los “Padres de la patria”, los moldes de las futuras generaciones de argentinos: más blancos, más altos, civilizados. Alberdi proponía la importación de mujeres del norte de Europa, mujeres que blanquearían la población local y, a su vez, educarían a sus hijos apartándolos del oscurantismo recalcitrante de la religión y de las tradiciones hispánicas. Para quienes no tenían la oportunidad de ser concebidos otra vez y volver a nacer, el viaje a Europa era la única manera de recrearse, sacarse de encima los valores españoles medievales y quitarse el polvo de la Pampa, infestada de gauchos, para regresar como cuasi europeos. Por esta razón, la literatura de viajes escrita

⁹ Kristeva, *Strangers*, 1991, p. 95.

por hombres relata la vida pública, los encuentros con la modernidad, los debates intelectuales y, en muchas ocasiones, la excitante sensualidad de la noche parisina.

Los europeos que viajaban a Argentina se concentraban, por lo general, en el paisaje y su potencial económico para la metrópolis. La Patagonia y la Pampa eran dos regiones favoritas para describir la falta de sofisticación y avances técnicos de los nativos. Los viajeros ingleses proyectaban sus sueños de progreso sobre estas regiones, al observar una montaña e imaginar una mina en pleno funcionamiento o contemplar un río manso desde una colina y soñar con un puerto activo, atestado de barcos y marineros.¹⁰ Las descripciones de Buenos Aires oscilan entre reflexiones desesperanzadas por la falta de sofisticación y limpieza, a mediados del siglo XIX, y comentarios llenos de admiración por los adelantos modernos y la riqueza, alrededor del año 1910. Las mujeres recibían la aprobación de la mayoría de los hombres viajeros, mientras que a los hombres se los subestimaba por ser demasiado femeninos, demasiado vagos, demasiado frívolos.

Por definición, la narrativa de viajes se ocupa de los encuentros con la otredad y requiere la toma de posición del escritor-narrador dentro del texto, de cara al otro. Mientras los hombres que escribían literatura de viajes en el siglo XIX trataban temas relacionados con el poder y los dramatizaban en los tropos jerárquicos de observar, las mujeres que escribían esta literatura subvertían esos tropos, ubicándose tanto del lado de los observados como de los que observan. En *Across Patagonia*, por ejemplo, Florence Dixie desarrolla descripciones pictóricas de la Patagonia que desafiaban los modos prevalecientes de representación, al incluir a los observadores europeos en la representación del campamento indígena. Lo que resulta obvio en el libro de Dixie es lo que los hombres que escribían estos relatos de viajes a la Patagonia escondían: la función que el observador europeo cumplía en la vida cotidiana de las comunidades indígenas. Dixie socavó la idea de la invisibilidad de la mirada y esto se apoyó no sólo en su conciencia de sí misma como observadora, sino en la conciencia de que a ella también la estaban observando.

Las discusiones que siguen están moldeadas por la observación mutua que todos estos textos comparten. Mientras que los escritores de relatos de viajes se ubican en una postura de testigos no comprometidos, las escritoras que incluyo en mi análisis se ubican cuidadosamente dentro de sus pro-

¹⁰ Véase Franco, "Viaje", 1979.

pias narraciones. Las mujeres desdibujan la dicotomía entre observador y observado al posicionarse, al mismo tiempo, como objetos y sujetos de la mirada. También tratan temas como lo doméstico, las funciones de género y las relaciones familiares, que subrayan aún más su participación en el intercambio de miradas. En estos textos se percibe que las mujeres describen escudriñando y escudriñándose sobre temas de la vida en la que se espera que las mujeres participen. Los temas que los hombres privilegian, como el uso de la tecnología, exigen, desde el primer momento, una relación dicotómica entre los que tienen acceso a ella y los que no lo tienen. El énfasis que las mujeres ponen en categorías como la crianza de los hijos, permite lecturas transversales de la vida de la comunidad observada y de la comunidad de origen. Todas las mujeres que estudio en este libro –cualquiera que sea la clase social, la preferencia sexual o el estado civil– eligen universalizar categorías como la maternidad, el amor maternal, la desigualdad entre los sexos y la fragilidad del papel de la mujer en la sociedad. Dentro de estas categorías, vistas como universales, las escritoras de relatos de viajes crean un sentimiento de hermandad entre las mujeres blancas y las indias. Esta hermandad se extiende, a menudo, a los hombres subordinados, como los gauchos y los indios. Aunque subrayo ciertos rasgos de identidad generales que dichas mujeres comparten, como ser blancas y letradas, también analizo las diferencias y su acceso diferenciado a los centros de poder. La construcción de sí mismas como protagonistas de sus narraciones anticipa sus propias luchas para articular múltiples diferencias, no sólo en relación con el género y la nacionalidad, sino en relación con la región, la preferencia sexual y la etnicidad. Y es dentro de este marco de construcciones de identidades múltiples donde quiero ubicar mi debate.

Las mujeres que analizo en este trabajo son mujeres extraordinarias que desafiaron las normas establecidas de su época y viajaron a *terra incognita*, no por las travesías que emprendieron sino por sus incursiones en el mundo del lenguaje. Por este motivo exploro las estrategias con las que crearon los espacios discursivos del hogar y del afuera que les permitieron escribir relatos dentro de las normas patriarcales. El “hogar” será uno de los ámbitos críticos de análisis de estos textos. Las narradoras de viaje negocian la construcción binaria de hogar/calle, casa/afuera. Y es en esas casas y en esos hogares donde ubican sus propios cuerpos, sus propias miradas y los cuerpos y las miradas de los otros: mujeres pobres, indígenas, mestizos.

Mi análisis rastrea las relaciones que estas mujeres establecieron entre cuerpo, hogar, lengua y paisaje. Me ocupo de las construcciones del yo y

del otro en la literatura escrita por mujeres. Sostengo que, además de restringirse a las mujeres blancas, la intervención en la narrativa de viajes en tanto género está marcada, también, por determinantes de clase. Las mujeres que escribieron relatos de viaje específicamente para su publicación eran de clase alta e inscribieron su propia escritura de viajes dentro del marco tradicional de la introspección autobiográfica. Las escritoras de clase media profesional que analizo en el capítulo 7 utilizan la narrativa de viajes en el contexto de formas de escritura profesional y, por lo tanto, borran su propia subjetividad de los textos. Sin embargo, considero que, en todas estas formas diferentes de narrar viajes, las mujeres se ubican dentro de la problemática de la definición del yo y el otro, contra el telón de fondo de la frontera.

CUERPO/HOGAR/NACIÓN

Tanto el cuerpo como el hogar fueron utilizados en la historia argentina como metáforas de la nación. En la literatura de viajes de mujeres, el hogar y la nación se vuelven especialmente tangibles, porque se encuentran en el centro mismo de los textos escritos por mujeres. Sin embargo, es precisamente esta tangibilidad la que nos permite atisbar las incontables posibilidades para el uso metafórico y metonímico, porque estos cuerpos y estos hogares fueron, sobre todo, los espacios donde las realidades de la vida cotidiana de los miembros privilegiados de la nación hallaron su concreción. Todas las mujeres que estudio en este libro gozan de una posición de privilegio, heredada u obtenida gracias al desarrollo de actividades profesionales.

Críticas feministas como Elizabeth Garrels, Francine Masiello, Ileana Rodríguez y Doris Sommer han estudiado la codificación de los discursos de la construcción de la nación en la narrativa de género y la domesticidad. Mi intención es analizar el proceso complementario, es decir, cómo las incursiones de las mujeres en los discursos políticos y en la construcción de la nación constituyen una manera de asegurarse indemnidad y proteger el hogar. Una nación en paz es, por lo tanto, el requisito básico para el establecimiento de la domesticidad burguesa. En estos textos, los hogares siempre corren el peligro de ser atacados, usurpados y destruidos. La sensación de precariedad de los espacios femeninos, como el hogar y la escuela, que resultó tan penosamente evidente durante el periodo del terrorismo de estado de 1976 a 1983, ya se encuentra presente en estos relatos mucho más tempranos.

ESPACIOS FEMENINOS

La frontera es el espacio imaginario en el que la identidad se funde con la no identidad y en el que las mujeres blancas de clase media pueden convertirse en cautivas. Aunque esta representación de la frontera adopta distintas formas en el periodo de 100 años que estudio, aparece en estos textos como un espacio amenazante e incierto donde la mujer blanca corre peligro. La lucha entre el yo moderno o modernizante y el otro regresivo se desarrolla en el espacio de la frontera, el lugar geográfico de la otredad.

Los textos que analizo en este libro son relatos vitales de mujeres que están empujando los límites de los papeles asignados para ellas en la sociedad. Sin embargo, muy pocas de estas mujeres se vieron como pioneras, y en esto radica, precisamente, lo atractivo de sus textos. En un sentido amplio, se adherían a las funciones de género preasignadas, mientras que utilizaban, subrepticamente, lo que Josefina Ludmer llamó las “tretas del débil” para subvertirlas.¹¹ La literatura de viajes como género les ofrecía la posibilidad de jugar con los límites de lo aceptado, mientras podían seguir pretendiendo que sólo estaban desempeñando los papeles de buena mujer, buena madre y buena maestra.

Estas tres funciones —buena mujer, buena madre y buena maestra— son un denominador común en las obras que analizo. Son precisamente estas tres funciones desde donde estas mujeres se embarcaban en los viajes de los que luego hablarían en sus relatos. Sin embargo, no se presentan a sí mismas como buenas esposas ni tampoco como constructoras de la nación. Sánchez, Beck-Bernard, Dixie, Mansilla y Bunge viajan con sus maridos, comprometidos en aventuras políticas y comerciales, aunque sus esposos no aparecen en los textos que ellas escriben y tampoco sus empresas. Cecilia Grierson y Ada María Elflein viajan como representante de organismos gubernamentales y corresponsal de un periódico, respectivamente, y, sin embargo, muy pocas veces hablan de la figura masculina que dirige la empresa. En el ámbito de sus tareas, estas mujeres están solas con su pluma, su papel y su lengua.

En sus textos, todas las mujeres que estudio crean un lugar de autoridad seguro (que no desafía la autoridad del hombre) y desde el cual construyen su propia voz. Existe una figura masculina en el fondo, pero en sus textos las

¹¹ Ludmer, “Tretas”, 1984, p. 53.

mujeres son independientes: miran, escriben y son testimonio de la igualdad y de la diferencia. El paisaje que aparece en el fondo es, en general, el paisaje de la Pampa, kilómetros y kilómetros de llanura fértil que, hacia mediados de 1830, ya una docena de viajeros ingleses y los intelectuales criollos que se valían de sus narraciones como textos-modelo habían convertido en el paisaje típicamente argentino. Este paisaje es un marcador temático, tanto para las extranjeras que escriben sobre Argentina, como para las argentinas que escriben sobre otras regiones geográficas, como Estados Unidos, Europa, Medio Oriente y Brasil.

VOLVER A CASA

Me he inspirado en el trabajo de incontables especialistas que se ubicaron en el medio de lo que Sarmiento llamó, ya en 1845, “el enigma argentino”, y he tratado de encontrarle un sentido. He tratado de contribuir a este diálogo actual teniendo en cuenta lo que el texto dice y lo que silencia. De allí que analice los modos en que la literatura nacionalista incluye y excluye cuerpos racializados y erotizados. He tratado de demostrar cómo las descripciones de los escenarios son, siempre, registros subjetivos del yo y he analizado la literatura de viajes relacionando las descripciones de los escenarios con la de los sujetos y temas que allí aparecen.

Comencé a pensar en los temas que trato en este libro en un seminario de doctorado sobre Literatura e Imperialismo, coordinado por Masao Miyoshi, en la Universidad de California, en San Diego. Los textos que leí en ese curso, como *Time and the Other*, de Johannes Fabian, *Orality and Literacy*, de Ong, *Decolonizing the Mind*, de Ngũgĩ wa Thiong'o y *Orientalism*, de Edward Said, me llevaron a cuestionar mi propia comprensión del lugar en el que crecí, un barrio del gran Buenos Aires. Desmitifiqué mi propia relación con los kilómetros de llanura fértil camino a la costa atlántico desde la ventanilla de un auto o un autobús. Entre los discursos de la Pampa como símbolo de la riqueza nacional y los de la reforma agraria, mi identidad como argentina se gestó siempre con relación al campo. Sin embargo, nunca pasé mucho tiempo en el campo. Los interminables kilómetros de pastos verdes cercados por alambres de púas eran tan parte de mí como el tren que estaba a dos cuadras de mi casa de la infancia (un legado del imperio británico, nacionalizado por Juan Domingo Perón, y privatizado por la Junta Militar, a principios de 1980, y por el presidente Carlos Saúl Menem,

en la década de 1990). Las dos caras de un proyecto: vastas extensiones de tierra y una ciudad moderna y superpoblada.

El ímpetu final para escribir este libro surgió de una celebración de la independencia en Buenos Aires, el 9 de julio de 1997. Mi hijo Martín, de seis años, nacido en California y criado en California y en Oregón, está vestido de gaucho y lleva la bandera argentina. Canta el himno, baila con una chiquita de trenzas negras postizas y grita: “¡Viva la patria! ¡Viva la libertad!”. La nación se modela otra vez más, dentro del espacio seguro del patio de la escuela. Y, como siempre, se entrelaza con funciones de género, etnicidad y clase social. Es en los versos barrocos del himno nacional, inmortalizados por Mariquita Sánchez, en los colores de la bandera, en los tonos regionales propios del idioma, donde la representación de la nación desafía la comprensión racional. Es la sensación de estar en casa, después de un largo viaje, y saber que, por unos minutos, y en *performance*, la comunidad existe. Escribo este libro dentro de esa ilusión y en contra de ella.

PARTE I

IDENTIDADES FRONTERIZAS
(1837-1880)

1. UNA CASA, UN HOGAR, UNA NACIÓN:
RECUERDOS DEL BUENOS AYRES VIRREYNAL,
DE MARIQUITA SÁNCHEZ

U nos meses después de arribar a Buenos Aires, en 1845, el pintor alemán Johann Moritz Rugendas retrató a la dama de sociedad y escritora argentina Mariquita Sánchez. Recibido por los críticos de arte como el primer retrato romántico de Río de la Plata que incorpora el paisaje americano, observamos a Sánchez sentada en un sofá que se funde con un paisaje rebelde, pero domesticado.¹ Sánchez luce un recatado vestido negro y sostiene en su regazo un pañuelo blanco que contrasta con el color de la falda. Esta obra combina magistralmente los elementos que representaban la cultura argentina en los comienzos de la vida independiente. Una mujer blanca anclada en la cultura europea (la manera de vestirse y el adorno, el sofá), dentro de un marco natural exuberante pero domesticado. La conjugación de la mujer y la naturaleza, el equilibrio entre la naturaleza contenida y la naturaleza amenazante, forman parte de una serie de obras de Rugendas. En *El rapto de la cautiva*, Rugendas muestra el peligro que representa la naturaleza no controlada para la mujer blanca. Enmarcados en la frontera, estos dos óleos representan los peligros de la frontera para la mujer blanca: el rapto del indio, la aculturación y la violencia sexual.

En este capítulo y en el siguiente presentaré textos escritos por Mariquita Sánchez y Lina Beck-Bernard que presentan discursos contrahegemónicos sobre la frontera. Sánchez demuestra cómo la inestabilidad y el peligro también forman parte de la vida en la ciudad, y cómo la frontera puede ser el ámbito ideal para la felicidad y la armonía matriarcal. Beck-Bernard critica la injusticia de un régimen que relega a los habitantes autóctonos a

¹ Véase Ribera, *Retrato*, 1982, pp. 298-299.



Johann Moritz Rugendas, *Retrato de María Sánchez de Menville*, 1815.



Johann Moritz Rugendas, *El rapto de la cautiva*, 1848.

su desaparición. En sus obras, ambas escritoras invocan una visión más democrática que concibe a la frontera como un espacio de intercambio y enriquecimiento mutuo. Desde sus hogares burgueses que representarán el futuro de la nación –blanca, europea, francófila– estas autoras elevan una pequeña protesta que, en retrospectiva, nos recuerda que el capitalismo, la dependencia, el genocidio y el racismo no son inevitables.

UNA CASA/UN HOGAR

Desde su exilio en Montevideo, Mariquita Sánchez –la figura femenina más importante de la incipiente república argentina– le envía a su hija Florencia una carta, en 1842, donde describe el malestar político en Buenos Aires y en Montevideo:

Aquí quieren que todos perezcan y ni las mujeres quieren que tengan miedo, de modo que es la misma cosa que ahí, con un poco más de libertad. Ayer se registraron varias casas y al que se oculta lo sacan amarrado y le hacen soldado de línea. Todo el día tiros, heridos, guerrillas, privación de muchos artículos, de modo que estoy como embarcada, sin leche, fruta carísima, y todo esto al “ñudo”. Ni es mi tierra, ni esto me sacará del “pantano”, pasando los pocos años que me quedan en padecer y ver padecer, y ni el nombre de política quisiera yo oír. Así quisiera arreglar mis intereses contigo y vivir en descanso, aunque fuera en un rancho. No tengo ninguna aspiración, ni aun vestirme como gente. Sólo lo que deseo es tomar una taza de caldo y otra de café, sin que me hagan rabiar y sin asustarme.²

Sánchez describe en detalle la relación entre lo personal y lo político, y su inmenso deseo por volver a la comodidad y a la protección del hogar. La lucha política la había llevado al exilio, lejos de su hogar en Buenos Aires, donde había celebrado las más afamadas tertulias literarias de la ciudad. Los disturbios políticos la alcanzaron en Montevideo, y la casa donde vivía allí se convirtió en una especie de barco: insegura, abierta a inspecciones, y con escasez de alimentos.³ Anhelaba un lugar seguro para vivir, un hogar, y un

² Esta carta aparece en la biografía de Mariquita Sánchez. Sáenz, *Mariquita*, 1995, pp. 191-192. *Cartas de Mariquita*, compilada por Vilaseca, contiene la colección más completa de la correspondencia de Sánchez.

³ Mariquita Sánchez viajó a Montevideo en 1838, donde vivió esporádicamente hasta 1852.

barco no lo era. Ni su casa de Montevideo ni su casa de Buenos Aires le podían ofrecer la seguridad que ansiaba. Ese hogar, despojado de toda riqueza, es el rancho, un lugar donde podía estar a solas con su hija, vestida con ropa sencilla, tomando caldo y café, sin miedo. La idea de rancho es, por supuesto, una hipérbolo: para poder convertir un rancho en su hogar, Sánchez hubiera tenido que renunciar a todos sus privilegios de raza y clase, y no existe ningún indicio ni en sus escritos ni en sus datos biográficos que indiquen que estuviera dispuesta a renunciar a lo que la definía como persona: su estatus social, su tez blanca y su lugar privilegiado en la escena de la vida política argentina de aquella época. Una escena en la cual la casa, el hogar, la familia y la nación estaban íntimamente relacionados.

Entre 1830 y 1850, Argentina era un país con una marcada escasez de población, una silueta, una inmensidad delimitada por fronteras arbitrarias. Si bien el país se había independizado de España en 1810, desde entonces había estado sumergido en una lucha civil en busca de una definición de un proyecto nacional. Durante el periodo de inestabilidad política de fines de la década de 1820 a la de 1850, conviven dos ideas opuestas que dominarán la escena política durante la primera mitad del siglo XIX: *a*) la idea liberal que creía en la construcción de la nación basada en el pensamiento filosófico europeo, propuesta por los intelectuales y las clases mercantilistas, y *b*) una idea de federalismo “nacionalista”, basado en un pacto social afianzado en la tierra y en las tradiciones idiosincrásicas. Estas dos ideas pertenecían a los dos grupos que dominaron la arena política durante la primera mitad del siglo XIX: los unitarios y los federales. Los unitarios consideraban que la producción cultural, especialmente de la literatura, era fundamental para la construcción de una nación. Comparaban la creación de una nación vacía y desértica con la escritura de un libro. Para los federales, la cultura intelectual era algo exclusivo de los unitarios, y la única forma de expresión cultural nacional era la cultura popular, el surgimiento de la cultura de las clases analfabetas (vidalitas, canciones, poemas y obras de teatro populares).⁴ Como indica Susana Rotker en *Cautivas: Olvidos y memoria en la*

⁴ Por ejemplo, en *Amalia*, de José Mármol, una de las novelas fundacionales de la literatura argentina, la escena que describe la fiesta incluye un ejemplo de “mala poesía” escrita y leída por Mercedes Rosas de Rivera. Ser poeta federal era sinónimo de ser “mal poeta” y de carecer de sensibilidad y estética. Por sus extracción social, Mercedes Rosas podría haber sido considerada una buena poeta, pero su relación con Rosas y los federales le arruinó esa posibilidad. La escena de *Amalia* también ilustra otro aspecto: Mármol, un unitario acérrimo, muestra a Rosas intentando imitar un acontecimiento típico de los unitarios: se lo ve presentando a una poetisa (mujer, además)

Argentina, en la frontera se escribe el drama nacional que se desplaza de un enfrentamiento racial a uno político. Se borra discursivamente la existencia de la otredad (indígena, negra, mestiza) y se crea una narrativa de nación blanca homogénea.

La figura más prominente entre los federales era Juan Manuel de Rosas, un terrateniente que gobernó Buenos Aires y representó a las provincias del interior en asuntos de relaciones exteriores desde fines de la década de 1820 hasta su derrota, en la Batalla de Caseros, en 1852, a manos de Justo José de Urquiza. El régimen de Rosas había llevado al exilio a cientos de unitarios, entre ellos muchos reconocidos intelectuales de la generación de 1837. En consecuencia, estos intelectuales escribieron sobre su país desde el exilio, recurriendo a imágenes típicas del romanticismo francés y a relatos de viajes ingleses. Miraban con nostalgia a su tierra perdida y la creaban, describiendo un paisaje que la mayoría jamás había visto. Argentina fue el producto de un proceso intelectual que consistió en armar un rompecabezas de palabras e imágenes. El juego consistía en tratar de diferenciarse lo más posible de Europa, y, al mismo tiempo, lograr parecerse, para poder ingresar en la tradición literaria y política europea como igual y no como inferior. En este juego de espejos, los escritores de esta generación utilizaron las convenciones del romanticismo para escribir en contra de la geografía y de la anatomía del país e imaginarlas de otra manera.

En *Las Románticas: Women Writers and the Subjectivity in Spain, 1835-1850*,⁵ Susan Kirkpatrick explora cómo el romanticismo también generó un espacio donde las mujeres pudieron expresarse. Dentro de este contexto de subjetividad, la mujer comenzó a producir literatura en Europa y en Latinoamérica. Los cuentos de Juana María Gorriti son, tal vez, el mejor exponente de la expresión de la subjetividad femenina en la literatura argentina. Gorriti escribió sobre el pasado anterior a la conquista de los españoles, sobre las guerras de la independencia y sobre la violencia durante la dictadura de Rosas. Sus cuentos melodramáticos le ofrecieron un espacio para desarrollar sus ideas sobre el papel de la mujer en la familia y en la nación.

La idea de la familia como metáfora de nación fue utilizada no sólo por las mujeres, sino también por los hombres escritores. Doris Sommer y

y apreciando poesía (cuando, en realidad, se asociaba a la poesía y a la sensibilidad poética con los unitarios románticos).

⁵ Existe una versión en español de este libro *Las románticas: escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Madrid, Cátedra, 1991.

Francine Masiello, entre otros, han estudiado esta metáfora desde distintos puntos de vista. Sommer señala que las historias de amor en la novela fundacional latinoamericana, tales como *Amalia*, de José Mármol, y *María*, de Jorge Isaacs, funcionaron como metáforas de unificación nacional y de construcción de una nación. Las tensiones eróticas que hilan estas historias desembocarán exitosamente en sexo y procreación sólo si la nación se une y le garantiza a la pareja un ámbito pacífico. En la primera parte de su libro, *Between Civilization and Barbarism*, Masiello explica cómo los unitarios crearon un discurso con un matiz femenino, para diferenciarse del discurso masculino y viril de los federales. Según Masiello, la generación de 1837 percibía a la mujer como una fuerza que ofrecía resistencia a la tiranía y adquirió “un nuevo valor simbólico en la construcción de la nación”.⁶ Esta codificación de lo femenino como espacio de resistencia le otorgó a la mujer una libertad para empezar a escribir mucho antes que en otros países. Siempre y cuando la mujer empleara las metáforas sobre la familia y el hogar, se toleraba, alababa y publicaba su obra, lo cual permitió a varias escritoras utilizar su trabajo como sustento.

La importancia que los unitarios le daban a la femineidad estaba asociada a la blancura; femineidad y blancura eran metáforas intercambiables. Mientras la mujer blanca de clase media representaba el ángel del hogar, la mujer negra o mulata simbolizaba la barbarie y la injusticia de la dictadura de Rosas. La mujer de color estaba asociada a los desórdenes y a las fuerzas oscuras de la sociedad. Esta idea no existía sólo metafóricamente, sino también en relación con el proyecto político de los unitarios.

Como su objetivo era poblar la nación con personas de raza blanca pura, el cuerpo de la mujer de origen europeo ingresó en los textos nacionalistas, con lo cual se convirtió inmediatamente en una barrera respecto de los grupos discriminados por su raza, que eran blanco de represión, y en un modelo continental de una ciudadanía que dependía de la población femenina para lograr la continuidad en la historia.⁷ Para los unitarios, Argentina como hogar fue un proyecto de identificación y de diferenciación: un país “como Europa”, que tuviera los mejores atributos de Europa, pero que fuera lo suficientemente diferente como para garantizar gobierno independiente. La generación de 1837 se imaginó la nación desde el exilio y estableció

⁶ Masiello, *Between*, 1992, p. 23. Existe una versión en castellano de este libro: *Entre civilización y barbarie: mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1997.

⁷ Masiello, *ibid.*, p. 5.

una manera de describir el país que requirió de una distancia tanto física como sentimental. El viaje a Europa se convertiría en el rito de iniciación a la vida pública y política en Argentina. Los relatos de viajes se ocupaban no sólo de las experiencias personales e íntimas, sino también de la planificación de programas para la nación. Lo personal funcionaba como telón de fondo de lo político. El viaje era un proyecto masculino en el cual los intelectuales argentinos definían lo argentino en contraste con otras identidades imaginadas, siempre siguiendo el modelo de diferenciación/identificación ya descrito.

La identidad nacional de la mujer en términos políticos –pasaporte, documentos de identidad– estaba ligada a la identidad de los hombres de la familia. La definición de hogar, ubicada para el hombre en la tensión existente entre la diferenciación y la identificación, era todavía más difícil de establecer para la mujer, cuya participación política era sumamente limitada. La producción literaria de la mujer de clase media exploraba el espacio doméstico como representación de la nación, un espacio doméstico ampliado que incluía la lucha política por ganar espacios seguros para el hogar.

La novela y el cuento, y, en menor medida, el ensayo, eran los géneros más asequibles para las escritoras a mediados del siglo XIX. La autobiografía y los relatos de viajes eran géneros mayormente producidos por los hombres de la época. La mujer no incursionó en estos géneros hasta fines del siglo XIX. Una explicación para esto puede hallarse en el análisis de Adolfo Prieto sobre la literatura autobiográfica a principios del siglo XIX:

Los hombres que ejercen el poder por esos años, rara vez concluyen sus mandatos y sus delegaciones con el acuerdo de todos los grupos facciosos; y es esta falta de correspondencia entre el quehacer individual y la estimativa de uno o varios sectores de la sociedad la que crea, en algunas conciencias, la necesidad de equilibrar la fractura producida. La confesión pública es el recurso habitual de casos semejantes: de ahí que no pueda sorprender el número de memorias que se escriben durante ese periodo.⁸

En la autobiografía de los primeros años de la Argentina independiente, después de la revolución de 1810, no había tantas menciones al ámbito privado como en la autobiografía femenina europea de esa época. Asimismo, los relatos de viajes de la época otorgaban al hombre público

⁸ Prieto, *Literatura*, 1982, p. 27.

un espacio mayor para comparar las prácticas políticas y presentaban un modelo de nacionalidad. Tanto las memorias como los relatos de viajes se referían principalmente a la vida pública.

Las escritoras de la época escribían sobre lo personal en cartas, diarios y discursos que presentaban en tertulias literarias. Si bien las novelas y los cuentos se escribían claramente para ser publicados, los textos sobre la vida privada fueron publicados mucho más tarde, y la mayoría de ellos no se escribió pensando en su publicación. De hecho, *Recuerdos del Buenos Ayres virreynal* se publicó casi un siglo después de que Mariquita Sánchez lo escribiera. Esta obra se esfuerza por documentar un periodo particular de la historia de Río de la Plata. Sánchez entrelaza la historia del país con su propia historia. Sylvia Molloy describe la tensión entre lo personal y lo histórico de la siguiente manera: “Los textos autobiográficos de Hispanoamérica tienen un alto valor testimonial. Si bien los escritores de autobiografías no siempre se ven a sí mismos como historiadores —la percepción declina a medida que las diferencias de género se hacen cada vez más específicas— siempre continuarán considerándose testigos.”⁹

Sánchez escribe desde la autoridad que le otorga el hecho de ser testigo. Sin las características introspectivas de las memorias, *Recuerdos del Buenos Ayres virreynal* se asemeja a un relato de viajes. Considero que muy bien se puede leer como tal, dado el conflicto de identidad de Sánchez en la Argentina decimonónica. Con *Recuerdos*, Sánchez crea una comunidad de lectores cuya distancia respecto a las personas sobre quien escribe está dada por el tiempo, no por el espacio. La Buenos Aires colonial está presentada como un lugar diferente a la Buenos Aires contemporánea (y futura), y Mariquita Sánchez cumple el papel del viajero testigo que cuenta a sus lectores sobre este otro lugar que visita.

MARIQUITA SÁNCHEZ COMO SÍMBOLO

Mariquita Sánchez es quizá la mujer argentina más conocida del siglo XIX. Inmortalizada en los libros de la escuela primaria como la primera persona en cantar el himno nacional argentino, Sánchez se convirtió en sinónimo del nacimiento de la nación, la Madame de Staël argentina, intérprete de

⁹ Molloy, *Face*, 1991, p. 8.

los mejores elementos que hicieron posible el nacimiento de la patria en el periodo posterior a la independencia. Inspirados en Francia, los patriotas argentinos eligieron a Mariquita para que interpretara el himno triunfal escrito por Blas Parera y Vicente López y Planes, y así la destinaron a convertirse en un símbolo nacional. Mariquita combinaba la sofisticación y la educación europea con una cuna de este lado del Atlántico; era hija de una importante familia española y se casó, primero, con un capitán inglés y, después, con un cazafortunas francés que llegó a ser diplomático.

Nacida en 1786, Mariquita Sánchez era hija única de una de las familias más ricas y aristocráticas de Buenos Aires, y se crió como ciudadana española en el exilio. Su familia era muy importante en la elite colonial de Buenos Aires, y durante su infancia disfrutó de los privilegios que esa posición le otorgaba. No obstante, a los quince años Sánchez chocó con el orden establecido y acudió directamente al virrey para solicitarle autorización para casarse con su primo Martín Thompson, en contra de la voluntad de su madre viuda.¹⁰ Si bien existía un procedimiento eclesiástico por el cual los hijos podían oponerse a los arreglos matrimoniales de los padres, Mariquita apeló directamente al virrey. Las mujeres de clase media de Buenos Aires había gozado de una libertad mucho mayor que sus contemporáneas españolas. Algunos de estos privilegios eran intrínsecos a la vida en el Nuevo Mundo: mayor libertad de movimiento, mayor movilidad social. El hecho de que Mariquita lograra casarse con Martín Thompson da cuenta de las ventajas de la vida de la mujer en el extranjero: la posibilidad de hacer valer su “derecho a amar”.¹¹

Haciendo valer su “derecho a amar”, Mariquita Sánchez se casó en 1805 con Martín Thompson, que estaba a cargo del control de la actividad portuaria en Buenos Aires. La casa de los Thompson se convirtió en un centro de reuniones artísticas después de la revolución. En 1826, Sánchez convenció al gobernador Bernardino Rivadavia de que fundara la Sociedad de

¹⁰ La madre de Sánchez se opuso por razones económicas. Los matrimonios entre primos eran comunes e incluso eran alentados por la sociedad colonial. El pretendiente adinerado que habían elegido los padres de Sánchez era mucho más grande que Mariquita. El segundo casamiento de Sánchez fue tan escandaloso como el primero. Se casó con el profesor de piano de sus hijas, siete años más joven que ella, nueve meses después de la muerte de Thompson, y dio a luz al primer hijo de ese segundo matrimonio siete meses después de la boda.

¹¹ Susan M. Socolow analizó el procedimiento que regía en las colonias, por el cual los hijos podían enfrentar a los padres si se oponían a un casamiento no deseable. Para más información sobre el funcionamiento del procedimiento eclesiástico, véase Martín, *Daughters*, pp. 104-140. Tanto Socolow como Martín hacen gran hincapié en la flexibilidad que existía en los patrones matrimoniales de las colonias españolas, en comparación con España.

Beneficencia, la cual generó un espacio que permitió a las mujeres de la oligarquía formar parte de la vida pública hasta bien entrado el siglo xx. La Sociedad de Beneficencia se transformó en un elemento clave para la definición de la mujer argentina y abarcó territorios que anteriormente se encontraban bajo la jurisdicción de la Iglesia, como la salud y la educación de la mujer. Sánchez tuvo un papel activo en la Sociedad hasta su muerte, en 1868, a los 83 años.

Martín Thompson murió en 1819, a su regreso de una misión oficial en los Estados Unidos de América, y dejó a Sánchez a cargo de sus cinco hijos. Unos meses después de la muerte de Thompson, Sánchez se casó con el francés Juan Washington de Mendeville, un aventurero que luego se convirtió en representante del gobierno francés en Buenos Aires. Mendeville era mucho más joven que Sánchez y, cuando se conocieron, él era profesor de piano de las hijas de Mariquita. Siete meses después de la boda, Mariquita dio a luz al hijo de Mendeville, lo que causó un pequeño escándalo en la sociedad porteña. Durante gran parte del gobierno de Rosas, Sánchez vivió en Montevideo y pasó un tiempo en Río de Janeiro, preparando un viaje a Europa que nunca se concretó. Luego de la derrota de Rosas en la Batalla de Caseros, en 1852, Sánchez regresó a Buenos Aires y su casa volvió a ser el centro artístico con las tertulias que organizaba.

El aporte de Sánchez a la historia de su país, ya sea como miembro de la Sociedad de Beneficencia, o como anfitriona de célebres tertulias literarias, pone de relieve un proyecto que quiso llevar a cabo, pero nunca pudo concretar: escribir la historia de las mujeres argentinas. “Voy a escribir la historia de las mujeres de mi país”, le escribió a su hija en 1852, y agregó: “ellas también son gente”. El proyecto de Sánchez tal vez era demasiado ambicioso para la época. Sin poder escribir sobre lo que prefería, que, según decía en sus cartas, adoptaría la forma de tratados políticos o ensayos históricos, Sánchez se conformó con esta descripción de la Buenos Aires del pasado en *Recuerdos del Buenos Ayres Virreynal*. En una carta a Juan Bautista Alberdi, Sánchez habla sobre sus deseos: “Mi vida es la de un hombre filósofo por fuerza, más bien que la de una mujer, con la desgracia de tener corazón de mujer, cabeza de volcán y no tener la frivolidad del sexo para distraerme. Mis afecciones dispersas por el mundo y en una profunda soledad en medio de la más numerosa sociedad.”¹²

¹² Sánchez, *Recuerdos*, 1995, p. 235.

Acorralada entre el amplio interés que le provocaba la actividad cultural y política y el pequeño espacio que la sociedad le dejaba a la mujer para la actividad pública, Sánchez también estaba atrapada entre identidades. El subtexto de su debate sobre Buenos Aires antes de la independencia, que analizaré en la próxima sección, es su conocimiento sobre las costumbres europeas aprendidas “en el exilio”. Si bien Buenos Aires es el lugar donde nació, Sánchez puede describirla desde la distancia que obtiene como habitante de la zona de contacto; utiliza el pasado como un elemento de distanciamiento dentro del cual la Buenos Aires colonial se transforma en un lugar otro, diferente a la Buenos Aires de posindependencia.

En la escritura de Sánchez, lo público y lo privado están íntimamente conectados: no hay vida doméstica posible si la paz política no genera un ámbito adecuado. La paz nacional es un requisito indispensable para lograr la armonía en el hogar. Es en el cuerpo de la mujer blanca de clase media donde se inscribe y se desarrolla la identidad nacional. La esperanza de la generación de 1837 de “salvar la civilización europea, sus instituciones, hábitos e ideas a orillas del Plata”¹³ cobra vida en la vida privada de una mujer que cumple el sueño de convertirse en inglesa y francesa sin haber salido nunca de Sudamérica. Mariquita Sánchez encarna la lealtad hacia Francia e Inglaterra, tan cara al espíritu de los intelectuales de la generación de 1837, y, a través de sus matrimonios, logra fundir en su propio cuerpo a una criolla de origen español con dos hombres blancos pertenecientes a los centros metropolitanos más admirados. Los sueños de transformación y metamorfosis de la generación de 1837 se cumplen en la vida privada, aunque bastante pública, de Mariquita Sánchez. Mientras las leyes de la época excluían a la mujer del derecho a la plena ciudadanía, Sánchez obtuvo, a través del matrimonio, la ciudadanía nominal de las naciones más deseadas para sus contemporáneos rioplatenses: Inglaterra y Francia. Mediante la vida europea de sus hijos, Sánchez vivió indirectamente el sueño de la pertenencia y el reconocimiento de Europa.

La idea de nacionalidad y ciudadanía era muy inestable en Argentina hasta bien entrada la década de 1880. Para la mujer, la identidad nacional era todavía más precaria, pues estaba ligada a los hombres de la familia. La carta en que Sánchez le contesta a Rosas a raíz de sus acusaciones de que el matrimonio con Mendeville la había convertido en “francesa” refleja

¹³ Sarmiento, *Facundo*, 1978, p. 356.

el malestar que ella sentía al respecto. En esa carta, Sánchez compara su matrimonio con Mendeville con el matrimonio de Rosas con Encarnación Ezcurra, y habla sobre cómo la mujer siempre está supeditada a los proyectos políticos y nacionales del esposo:

No quiero dejarte en la duda de si te ha escrito una francesa o una americana. Te diré que, desde que estoy unida a un francés, he servido a mi país con más celo y entusiasmo aún, y lo haré siempre del mismo modo, a no ser que se ponga en oposición con la Francia, porque mi marido es francés y está al servicio de su nación. Tú, que pones en el “cepo” a Encarnación si no se adorna con tu divisa, debes aprobarme, tanto más cuando que, no sólo sigo tu doctrina, sino las reglas del honor y del deber. ¿Qué harías si Encarnación se hiciera unitaria? Yo sé lo que harías.¹⁴

Aquí Sánchez explica los diferentes niveles de lealtad que las mujeres debían cuidar: lealtad a la causa de su país, y conformidad con las reglas que regían el comportamiento y que establecían que la identidad de la mujer dependía de la de los hombres de la familia. Sánchez puede mantener la lealtad al país donde nació y, al mismo tiempo, demostrar su preferencia por el proyecto cultural que representa Francia. Si esta doble lealtad es generalizada entre los miembros de la generación de 1837, Sánchez también lo justifica en el contexto de su matrimonio. Ella hace hincapié en este aspecto cuando se refiere a la situación personal de Rosas: el respeto que tiene Sánchez por la ciudadanía de su esposo es comparado con la adhesión de Encarnación Ezcurra a las políticas de su marido. Sánchez hace una hábil alusión al terror infundido por Rosas durante su mandato mediante el uso irónico de la palabra “cepo”, refiriéndose a la relación de Rosas con Encarnación Ezcurra. El “cepo” funciona como respuesta a la pregunta retórica que le hace Sánchez a Rosas al final de la carta, una pregunta que no se responde, pero cuya respuesta Sánchez dice saber. El cepo aparece ligado a la “divisa punzó” que Rosas exigía como muestra de lealtad a su gobierno y como metonimia de lealtad al orden social. Aquí la “divisa” aparece fuera de contexto, deja de estar conectada a la Buenos Aires gobernada por Rosas y pasa al ámbito hogareño, a un nivel más pedestre, a un juego de tensiones entre marido y mujer. Así, la “divisa”

¹⁴ Zavallía, *Mariquita*, 1986, p. 168.

pasa a ser “*tu divisa*”, no el símbolo del país, sino un accesorio caprichoso que el esposo le impone a la esposa como símbolo de poder del hombre y de subordinación de la mujer.¹⁵

La doble lealtad de Mariquita Sánchez se amplía cuando le cuenta, orgullosa, a su hija que la condesa Walewska la tomó por francesa (cuando Sánchez ni siquiera había salido de Río de la Plata):

La condesa Walewska decía que no podía creer que no fuera francesa, la primera vez que estuve con ella. Al irme, me pidió de volver a verla pronto y entrando un amigo mío enseguida le dijo: “Yo me figuro que he tratado mucho a Madame Mendeville, tanta es la confianza que me ha inspirado y tanto me gusta su modo y maneras.” S. S. Vino al soplo y yo tan chocha. Todos sus vestidos, moldes y camareras estaban en mi casa todos los días.¹⁶

Aquí también la nacionalidad y la ciudadanía de la mujer se asocian —como en la carta que le escribe Sánchez a Rosas— a los accesorios femeninos y al interior del hogar, y todo lo que eso significaba para la mujer burguesa. Sánchez es consciente de la conexión que existe entre la conducta sexual femenina y la legitimación del gobierno de Rosas, tal como se deja entrever en la carta que le escribe a Rosas. En la que le escribe a la hija, vuelve a hacer referencia al decoro femenino (“su modo y maneras”) para validar su posición de mujer occidental. Sánchez trasciende su identidad de “americana” y puede encajar dentro de la sociedad “civilizada” dondequiera que vaya.

MODA Y NACIÓN

La representación escolar de Mariquita Sánchez la muestra cantando el himno nacional en su elegante casa de estilo francés, luciendo un vestido rojo y esco-

¹⁵ El nivel de malestar causado por la fuga de Camila O’Gorman con un sacerdote, y el grado de gravedad que tuvo esa fuga dentro del contexto del gobierno de Rosas, es sintomático de cómo el nivel de control que el gobierno tenía sobre la mujer de clase media y alta era un indicador de su legitimidad. De ahí provenía la metáfora de la hija secuestrada (víctima, sin deseo, pasiva) y de la mujer perdida que los unitarios y los federales usaban hasta el hartazgo para hablar de los males de la nación. Un artículo publicado en *El Mercurio de Chile* hace referencia a tal problemática: “Ha llegado a tal extremo la horrible corrupción de las costumbres bajo la tiranía espantosa del ‘Calígula del Plata’, que los impíos y sacrílegos sacerdotes de Buenos Aires huyen con las niñas de la mejor sociedad, sin que el infame sátrapa adopte medida alguna contra esas monstruosas inmoralidades” (citado por Molina, *Sombra*, 1973, p. 132).

¹⁶ Zavallía, *Mariquita*, 1986, p. 203.

tado tal como la muestra el cuadro de Pedro Subercasseaux. En innumerables actos patrios, las niñas se disfrazan de Mariquita y toman uno de los papeles que se le han asignado en la narrativa de la nacionalidad: el ángel del hogar, el alivio del guerrero, la anfitriona que proporcionó a los próceres comida y refugio. Su activa vida intelectual y política ha sido olvidada casi por completo.¹⁷

Mariquita Sánchez escribió, aunque no sobre política como a ella le hubiera gustado. Tampoco escribió novelas como sus contemporáneas Juana Manuela Gorriti, Rosa Guerra o Eduarda Mansilla. Los textos de Sánchez a los cuales todavía tenemos acceso incluyen cientos de páginas de cartas personales, algunos poemas, notas de la Sociedad de Beneficencia y una corta descripción sobre la vida en Buenos Aires durante la colonia, llamada *Recuerdos del Buenos Ayres virreynal*. Este texto será el eje de mi análisis de la obra de Sánchez. Considero que *Recuerdos* requiere de estrategias de lectura que, por lo general, se asocian a la literatura de viajes, como el que reconoce dos lugares diferentes: el de origen y el de destino.

Existe una amplia correspondencia que Sánchez mantuvo con su familia y con figuras públicas, como Esteban Echeverría, Félix Frías, Juan María Gutiérrez, Domingo Faustino Sarmiento y Florencio Varela. En la obra de Sánchez, la relación con la ciudad en que se crió aparece en primer plano: Buenos Aires es la ciudad donde nació, pero también es la ciudad donde se crió como española en el exilio. Sánchez escribe sobre Buenos Aires desde el intersticio donde se encuentra, sin ser ni completamente local ni completamente extranjera. Quiero investigar de qué manera el hecho de que se definiera como “americana”, en lugar de española en el exilio, le fue beneficioso como mujer, y cómo es que el continente americano le dio la libertad de movimiento que le hubiera sido imposible obtener en la metrópolis. Esta tensión entre distintas sociedades, nacionalidades y, en última instancia, entre distintos mundos, define su obra. La tensión no refiere a una dicotomía entre España y América, sino a una confrontación múltiple de posiciones en la cual España se enfrenta no sólo a América, sino también a Francia y a Inglaterra.

Recuerdos fue escrito para un solo lector, Santiago de Estrada, y el texto quedó en manos de la familia Estrada hasta que un descendiente con velei-

¹⁷ La biografía de Sánchez escrita por Sáenz Quesada y los últimos trabajos sobre su obra literaria publicados por Adriana Amante y Cristina Iglesia han despertado el interés en ella al presentarla como una figura histórica más compleja y menos estereotipada.

dades literarias –Liniers de Estrada– escribió un prólogo para el texto y lo publicó en 1953. Al igual que muchas otras mujeres, Sánchez produjo una obra por encargo, escrita ante la sugerencia o con la guía de algún hombre, ya fuera pariente, amigo o sacerdote. Al igual que la mayoría de estas mujeres, Sánchez aprovechó la ocasión para escribir un texto que diera a conocer su propia voz y su propia contribución a la historia.

Para abordar *Recuerdos*, lo primero que hay que tener en cuenta es la categoría de “memoria” a la que evoca el título. Los relatos autobiográficos hablan sobre lo personal recuperado en la memoria. En *Recuerdos*, lo personal no aparece. Sánchez no escribe en primera persona y no se pone a ella misma como participante de las convenciones sociales que describe. Se distancia aún más de los sucesos que narra, pues omite la relación que la une a las personas más importantes de su vida, como sus padres y su primer esposo. Este distanciamiento de los sucesos que se describen es típico de las narrativas de viajes, en donde el peso del narrador o de la narradora recae en su función como testigo.

Los escritores de relatos de viajes generalmente establecen un contraste espacial entre el “aquí” y el “allí”. Sánchez utiliza el tiempo para construir ese contraste y habla del Buenos Aires colonial como ese “allí”, ese lugar otro. En la introducción señalé que los escritores de relatos de viajes necesitan instalarse en otro lugar respecto al de las identidades colectivas. En *Recuerdos*, la estrategia de Sánchez de describir su niñez en un lugar que reconoce como otro requiere de una articulación de sí misma que rechaza su pasado y presenta su persona como una figura edénica. Si bien se puede decir que el pasado siempre tiene ese lugar de la otredad, en *Recuerdos* el pasado es el Edén antes de la caída (y la mujer de esa sociedad es una proto-Eva). Sánchez utiliza la construcción social para comprender y crear un paisaje. La Buenos Aires colonial es el extranjero para la narradora, quien hace hincapié en la anomalía, el anacronismo, de una comunidad que se presenta como sostenida en otro tiempo. Mariquita Sánchez se niega a verse asociada a esa comunidad y elige distanciarse describiendo a sus padres y a su primer esposo como extraños y extranjeros.

Lo que marca el anacronismo de la Buenos Aires colonial es el trato que se le da a la mujer. Ésta estaba limitada al espacio doméstico y a su comportamiento, regido por las normas de la religión heredadas del pasado hispánico. La creación que hace Sánchez de sí misma como una “nueva mujer” se desarrolla por contraste a la descripción de la mujer colonial, completamente diferente de ella misma, una verdadera extraña. Veamos,

por ejemplo, la descripción que hace de sus padres, Cecilio Sánchez y Magdalena Trillo, en una visita del obispo: “para ir a San Isidro, a la casa de una familia, con quien [el obispo] tenía mucha amistad. Era don Cecilio Sánchez de Velasco y su señora doña Magdalena Trillo, pero, nombrada siempre del Arco, nombre de su primer marido. Esta señora era una notabilidad en aquella época; ocupada sin cesar, en el cultivo divino, en las funciones de Iglesia; tenía las más originales ideas.”¹⁸

Esta cita aparece en el capítulo sobre la vida religiosa, específicamente en la descripción de una escena llamada “Incidente del obispo”. Sánchez describe una visita del obispo a la casa de fin de semana de sus padres, en San Isidro. Sin embargo, la descripción se distancia de la vida de Sánchez, ya que la autora menciona el nombre completo de sus padres y evita toda referencia a su parentesco con ellos. Sánchez dedica casi toda la escena a describir a su madre y el cuidado que ponía en la preparación de la casa para recibir al eclesiástico. La única descripción de Magdalena Trillo como una mujer dedicada a la religión y al culto la distancia de su relación filial con la autora. Sánchez no hace ninguna referencia a la relación entre padres e hija, con lo cual pone en duda la función del texto como legado familiar. El énfasis puesto en el papel de su madre conforma parte de la temática relacionada con el papel de la mujer, aunque también prepara el terreno para el desarrollo de la relación entre el yo y el otro a partir del tiempo y no de la sangre. La narradora de *Recuerdos* es una mujer moderna, laica, independiente, con plena conciencia de inclusión y lealtad, tanto respecto a la sociedad de Francia como a la de Inglaterra. El “otro” frente a quien Sánchez se construye como “yo” es una mujer religiosa, quien, al igual que Magdalena Trillo, está atada a las convenciones medievales hispánicas.

Alberdi afirmaba que los unitarios estaban 100 años adelantados a su tiempo, y los federales 100 años atrasados. Como alguien que abogaba por la educación y los derechos de la mujer, aunque restringida por su condición de mujer a determinadas funciones domésticas, Sánchez vivía en una línea de tiempo que no se correspondía con la de sus amigos y corresponsales unitarios. Ellos soñaban con una Argentina moderna, habitada por hombres laicos, incluida dentro del sistema de explotación capitalista. En los planes de Sánchez para el futuro también había espacio para la igualdad de algunas mujeres. Creo que era a los hombres y a las mujeres del futuro a quienes

¹⁸ Sánchez, *Recuerdos*, 1953, p. 50.

Sánchez dirigió su trabajo, ya que ellos compartirían su visión respecto al papel del hombre y de la mujer. Sánchez crea, entonces, el pasado para el público del futuro. En este sentido, Sánchez ocupa el lugar de traductora e intermediaria.

AHÍ VIENEN LOS INGLESES

La juventud de Buenos Aires llevaba consigo esta idea fecunda de la fraternidad de intereses con la Francia y la Inglaterra; llevaba el amor a la civilización, a las instituciones y a las letras que la Europa nos había legado y que Rosas destruía en nombre de la América, sustituyendo otro vestido al vestido europeo, otras leyes, a las leyes europeas, otro gobierno, al go-bierno europeo.¹⁹

Si bien el texto se titula *Recuerdos*, el relato presenta una distancia que está más emparentada con los estudios antropológicos o periodísticos. El pacto autobiográfico consiste en lo siguiente: aceptamos que la narradora y la autora son la misma persona y que la autoridad de la narradora proviene de su experiencia como testigo. En ese sentido, el texto se puede leer como un documento en el que la distancia no está dada por un desplazamiento espacial, sino por un desplazamiento temporal. Al igual que muchos escritores de relatos de viajes, Sánchez selecciona distintos temas de interés y los desarrolla. Al igual que la mayoría de las mujeres escritoras de relatos de viajes, esos temas de interés están bien asentados en el ámbito de lo privado y lo personal: la casa, la escuela, la iglesia. Una escena que aparece en todos los relatos de viajes —el momento en que la inmanencia del tiempo de la periferia se interrumpe y se incluye dentro del tiempo histórico de la metrópolis—, está dada en Sánchez por la llegada de los ingleses a Buenos Aires en la primera década del siglo XIX.

En la descripción de las invasiones inglesas, Sánchez marca la diferencia entre las “plumas aventajadas” de los hombres que harán una descripción histórica de los hechos y su relato, que se concentra en el interior de las casas, donde se agasajaba a los soldados ingleses, y en el bellissimo espectáculo que era verlos marchar por las calles de Buenos Aires, vestidos con el galante uniforme militar. La invasión (que el mismo Martín Thompson estaba

¹⁹ Sarmiento, *Facundo*, 1978, p. 357.

encargado de combatir), es descrita como una visita social. Los habitantes de Buenos Aires despiertan de su existencia periférica y alocrónica, gracias a la influencia de los ingleses que, además de cumplir con su misión militar, traen la “civilización”. En el trabajo de Sánchez la civilización se corresponde con la apariencia física —es decir, la blancura— y con la manera de vestirse. La moda es una marca de civilización.

Mary Louise Pratt señala que los relatos de viajes incorporan una escena típica que forma parte del “lenguaje de la conquista”.²⁰ Estas escenas hacen hincapié en la intervención europea como una situación de encuentro e intercambio en lugar de una situación de invasión y conquista. Sánchez revierte este proceso y convierte la invasión en poco más que una visita social. El capítulo que describe la primera invasión inglesa de 1805 comienza así: “Te he dado una ligera idea del estado de Buenos Aires a la llegada de Beresford y, aunque plumas aventajadas han escrito sobre esto, voy a darte mi opinión.”²¹

Este capítulo comienza con una clara evocación a Santiago de Estrada, para quien estaba escrito el texto. Sánchez se dirige muy pocas veces a su interlocutor, y la mayoría de estas referencias directas se encuentran en este capítulo. El hecho de que los primeros cinco capítulos preparen el terreno para esta escena, también llama a la reflexión. Los cinco capítulos anteriores están narrados desde el tiempo alocrónico de la periferia: la vida es monótona y no pasa nada demasiado trascendente. La llegada de los ingleses marca la entrada de Buenos Aires a la historia moderna, y los ingleses, según escribe Sánchez, están aquí para representar la modernidad y la libre empresa. No es casual que Sánchez nos recuerde que la invasión interrumpió la representación de la obra de Moratín *El sí de las niñas* (una obra de teatro sobre un grupo de jovencitas casaderas) a la que el virrey había asistido. Una vez más, se conectan irrevocablemente el matrimonio, el espacio doméstico y la nación.

La primera escena de este capítulo finaliza con la bandera británica en el fuerte de Buenos Aires. En la segunda escena del mismo capítulo, “Las milicias porteñas y las inglesas”, se hace una extensa descripción de las características físicas y del atuendo de los soldados ingleses y porteños. Comparemos las descripciones:

²⁰ Pratt, “Scratches”, 1985, pp. 35-37.

²¹ Sánchez, *Recuerdos*, 1953, p. 63.

Permite una digresión, te voy a pintar estas dos fuerzas militares, una delante de otra. Las milicias de Buenos Aires: es preciso confesar que nuestra gente del campo no es linda, es fuerte y robusta pero negra. Las cabezas como un redondel, sucios; unos con chaqueta, otros sin ella; unos sombreritos chiquitos encima de un pañuelo atado en la cabeza. Cada uno de un color, unos amarillos, otros punzó; todos rotos, en caballos sucios, mal cuidados; todo lo más miserable y más feo. Las armas sucias, imposible dar ahora una idea de estas tropas. Al verlas aquel día tremendo, dije a una persona de mi intimidad; si no se asustan los ingleses de ver esto, no hay esperanza. Te voy a contar lo que entraba por la plaza: el regimiento 71 de Escocés, mandado por el general Pack; las más lindas tropas que se podían ver, el uniforme más poético, botines de cintas punzó cruzadas, una parte de la pierna desnuda, una pollerita corta, unas gorras de una tercia de alto, toda formada de plumas negras y una cinta escocesa que formaba el cintillo; un chal escocés como banda, sobre una casaquita corta punzó. Este lindo uniforme, sobre la más bella juventud, sobre caras de nieve, la limpieza de estas tropas admirables, ¡qué contraste tan grande! El regimiento del Fijo, conservaba aún en Buenos Aires toda la vieja costumbre de coleta larga, casaca azul; todo esto ya era muy usado. El regimiento de Dragones era más a la moda. Pero todo, un gran contraste, sobre todo en la frescura de los uniformes y en la limpieza de las armas. Todo el mundo estaba aturdido mirando a los lindos enemigos y llorando por ver que eran judíos y que perdiera el rey de España esta joya de su corona; ésta era la frase. Nadie lloraba por sí, sino por el rey y la religión.²²

Sánchez relaciona la modernidad, la femineidad, la belleza y la gracia con lo inglés. Los gauchos quedan relegados al pasado, por el anacronismo de su apariencia física y de su atuendo. Los ingleses, en cambio, personifican el futuro de la nación solamente por el aspecto del cuerpo y la ropa que llevan puesta. En otros relatos de viajes que trataré en otros capítulos de este libro, como en *Le rio Parana*, de Lina Beck-Bernard, y en *Recuerdos de viaje*, de Eduarda Mansilla, se vuelve a hacer referencia a la apariencia de los soldados. La obsesión de estas escritoras por la manera de vestirse está asociada a la dicotomía entre civilización y barbarie. Al estilo de un artículo sobre moda en una revista femenina, la descripción de Sánchez sobre el atuendo es detallada y apasionada. Sánchez demuestra sin tapujos la admiración por las tropas inglesas y por la Europa “civilizada” que las

²² *Ibid.*, pp. 65-66.

tropas representan. Lo único que le provoca cierta antipatía hacia estos “lindos enemigos” es el hecho de que son infieles (aparece el término judío, véase nota 23 del presente capítulo) que intentan robarse una joya —aunque no se trate de una joya demasiado sofisticada— del rey de España y de la fe católica.²³ La descripción de los gauchos, a quienes Sánchez misma describe como “la clase más injuriada” en un capítulo anterior de *Recuerdos*,²⁴ está cargada de racismo. Sánchez hace hincapié en la piel oscura y en la suciedad del gaucho y lo “animaliza”. Esta apreciación se ve reafirmada con el comentario jocoso sobre el miedo que su aspecto causó en el enemigo.²⁵

Luego de describir en detalle el atuendo de las tropas, Sánchez describe el atuendo de las mujeres con el mismo grado de atención y sutileza. Mientras la vestimenta de las tropas británicas es adecuada, la de las “elegantes de aquel tiempo” es inadecuada, osada e “insolente”. Los encargados de opinar sobre la vestimenta de las mujeres son nada más ni nada menos que los soldados ingleses:

Que se juzgue lo que pensarían los ingleses en una nación que no se dicen medias y, para colmo, los recibían en los cuartos, con camas muy adornadas con colchas bordadas y sábanas con encajes, riéndose a carcajadas y tomando por sordos y tontos a todos ellos, porque no sabían hablar español. ¡Dios mío!, cuando pienso en esto todavía me da vergüenza. La oficialidad que vino en esa expedición, era muy fina, así empezaron a visitar en las casas y a conocer la fuerza de la costumbre o la moda y reírse, unos y otros, del contraste.²⁶

Esta visión favorable de la invasión como una visita y como una ocasión para la interacción social prepara el tono para el final: Sánchez no hace ninguna referencia a la segunda invasión, si bien menciona que “vino la segunda lección y fue mayor el adelanto. Ya este pueblo conoció lo que

²³ El padre de Martín Thompson también era un inglés protestante, pero aparentemente se había convertido al catolicismo después de una experiencia mística en alta mar. Al convertirse a esta fe, pudo hacer carrera en el ámbito de los negocios en Buenos Aires, y sus hijos pudieron hacer una carrera militar. En su análisis de *Recuerdos de provincia*, Altamirano y Sarlo señalan que “judío” y “hereje” eran insultos que equivalían a “extranjero”. Altamirano y Sarlo, “Vida”, 1983, p. 188. Resulta interesante esta asociación de lo judío con lo extranjero, que se verá tan claramente en la primera mitad del siglo XX.

²⁴ Sánchez, *Recuerdos*, 1953, p. 32.

²⁵ Otras escritoras usan la metáfora del extraño de piel oscura, una figura que produce miedo y se confunde con un animal. Por ejemplo, en *Stella* (véase capítulo 6 del presente libro) el “mushinga”, un niño negro, asusta a la angelical Stella, que cree que el niño es un animal extraño. Barra, *Stella*, 1985.

²⁶ Sánchez, *Recuerdos*, 1953, p. 69.

podía hacer y pensó en sí mismo.”²⁷ La independencia de España está implícita, pero en ningún momento se la comenta abiertamente. Hasta se representa la relación entre invasor e invadido dentro del contexto de la vida dentro de la casa, en el dormitorio.

Como ya hemos mencionado, Sánchez coloca a las porteñas en el edén, en un estado de inocencia tentadora con “los brazos desnudos, en todo tiempo, y descote, una mantilla de blonda y un aire, que se llamaba gracioso, de cabeza levantada, que ahora se diría insolente y todas eran muy inocentes”.²⁸

Esta descripción sigue, hasta cierto punto, el paradigma de la descripción de la mujer, típica del viajero masculino que representa a la mujer nativa sin conciencia de su poder de seducción, demasiado desnuda y demasiado directa. No obstante, Sánchez, la profeminista, se hace eco de uno de los comentarios feministas en la Europa del siglo XIX, que proclamaba que la autoridad femenina se veía disminuida a través de la sexualidad manifiesta en la vestimenta. Según las primeras pensadoras feministas, la mujer tenía que aprender a ser menos visible y a sublimar su sexualidad para liberarse de su papel de subordinada. El modelo de mujer que propone Sánchez está construido alrededor de su propia imagen: una europea en América, una mujer blanca que aspira a participar en la vida política argentina, pero que se aferra a la ideología racista de sus antepasados para justificar su lugar privilegiado en el Nuevo Mundo. Sánchez deja en claro su preferencia por lo europeo en la admiración que demuestra por los soldados ingleses: “Así, al ver a los ingleses tan bien uniformados y hacer sus maniobras como era regular, los admiraban y había una gran concurrencia todos los días, al punto que empezaron a conocer muchas fisonomías de los ingleses.”²⁹

ESCRITURAS DEL YO

Sylvia Molloy señala que las escritoras de autobiografías en la Argentina del siglo XIX y principios del XX subrayan su propia posición dentro de la

²⁷ *Ibid.*, p. 70.

²⁸ *Ibid.*, p. 69.

²⁹ *Ibid.*, p. 67.

historia del país. Estas escritoras generan un lazo entre la nación y sus familias, un lazo que para la mayoría de las escritoras del siglo XIX en Argentina era fuerte y unificador. En *Recuerdos*, Sánchez hace lo contrario: abre una grieta entre ella y su familia y se recrea en el personaje de una mujer moderna que une el pasado con el futuro, sin tener en cuenta las conexiones de su familia con el pasado y el futuro de la patria. Como demostraré en los siguientes capítulos, esta actitud también es compartida por otras escritoras de relatos de viajes: en el viaje, estas mujeres se ven a sí mismas como pioneras, independientes de las conexiones familiares. Cuando escriben sobre sus viajes, crean un nuevo modelo de mujer: independiente y autosuficiente. Este modelo de relato de viajes acompañará a las viajeras hasta bien entrado el siglo XX.

En las cartas que escribe a sus hijos, Sánchez se muestra en contra del plan unitario de exterminar a la población indígena y sustituirla por inmigrantes europeos. Este plan será llevado a cabo por sus amigos unitarios, una vez que accedan al poder, luego de las batallas de Caseros y Pavón. Si bien Sánchez critica esta política, no ofrece ninguna alternativa al modelo de sociedad blanca que proponían Alberdi y Sarmiento, con excepción de una utópica vida en la frontera de la que le habla a su hija en la carta citada al principio de este capítulo. El campo con el que Sánchez sueña es una creación literaria, la ilusión pastoral de la literatura romántica, y no se condice con la dura realidad de vivir en el campo virgen. Dentro de este marco, no es difícil imaginarse a Sánchez tomando café y caldo en lugar de mate, incluso si se imagina a sí misma viviendo en un “rancho”.

La frontera de *Recuerdos* es temporal. El tiempo de la Buenos Aires colonial es irrecuperable. La distancia entre el pasado —Buenos Aires colonial— y el futuro —la nación moderna y blanca— está planteado por una narradora que ha visitado el pasado y puede mirar hacia el futuro. Y tanto el pasado como el futuro sólo pueden existir en espacios urbanos. El campo está condenado al tiempo alocrónico de la periferia y, por esa razón, sólo puede ser narrado como una realidad que desaparece. La confianza que Sánchez tiene en el futuro de la nación moderna está sustentada en su convicción de que el paisaje puede ser controlado y dominado. Dentro de ese marco, un “rancho puede llegar a ser un hogar, la Pampa puede llegar a ser un jardín, y la ciudad de Buenos Aires puede llegar a ser una metrópolis elegante y activa, un lugar donde un galante soldado inglés pase desapercibido”.

2. REINA DEL INTERIOR: *LE RIO PARANA*, DE LINA BECK-BERNARD

Mucho tiempo después de su regreso a Europa, Lina Beck-Bernard recurrió a los recuerdos de su vida en la provincia litoraleña de Santa Fe, para escribir una historia de amor situada en el espacio abierto de la Pampa. Su novela, *L'estancia de Santa Rosa*, narra la desdichada historia de amor de Mercedes, la hija del estanciero, y José, el hijo de un sirviente indio.¹ El amor entre Mercedes y José nunca llega a consumarse: José muere durante una incursión de los indios, y Mercedes toma los hábitos. Esta historia de amor, al igual que otros textos escritos por mujeres, ofrece una alternativa a la narrativa de la violación como única relación posible entre una mujer blanca y un indio en la frontera.² Al concebir otros papeles narrativos para los indios, estas escritoras también ofrecen una alternativa a sus protagonistas femeninas: la posibilidad de gozar de posiciones preponderantes en los textos. Cuando una mujer blanca se enamora de un indio, quebranta las normas patriarcales por las que las mujeres blancas (y su virtud) se convierten en unidades de intercambio y legitimación de las familias. La mera posibilidad de mestizaje desestabiliza el orden patriarcal y el modelo de la nación argentina emergente, que se imagina blanca. La elección de un hombre indio como protagonista desafía el lugar habitual de antifigura que éste posee en la literatura francesa del siglo XIX.³

¹ *L'estancia de Santa Rosa* fue publicada por primera vez en *Revue de Deux Mondes*, en 1864. Recientemente se reimprimió en Argentina una edición bilingüe que fue financiada por la Universidad Nacional del Litoral y por la *Alliance Française*.

² Para un análisis agudo sobre los textos escritos por mujeres que narran relaciones alternativas entre una mujer blanca y un indio, véase Rotker, "Lucía", 1997, pp. 115-127.

³ Para un análisis de antifiguras en la literatura francesa del siglo XIX, véase Lowe, *Critical*, 1991, p. 77.

Lina Beck-Bernard nació en Bitschwiller, un pequeño pueblo de Alsacia, en 1824, en el seno de una familia protestante burguesa. Su bisabuelo, Conrad Pfeffel, había sido una figura ilustre de la literatura alsaciana del siglo XVIII. Durante su niñez, Lina tuvo la oportunidad de conocer a los amigos intelectuales de su bisabuelo que se habían exiliado en Alsacia, como Madame de Staël y Camille Jordan.⁴ A los 16 años, su familia se mudó a Suiza, donde Lina estudió leyes. Se casó con Charles Beck-Bernard, un comerciante suizo, en 1852, año en que Rosas fue derrotado por Justo José de Urquiza en la Batalla de Caseros.

La derrota de Rosas abrió el camino para el tan anhelado plan de los unitarios de colonizar el país con inmigrantes provenientes del norte de Europa. Los primeros intentos de colonización agrícola en Argentina tuvieron lugar en 1823, pero fue recién a finales de la década de 1850, tras la derrota de Rosas, cuando se llevaron a cabo con éxito algunos proyectos de colonización. Sin embargo, durante el periodo comprendido entre 1852 y 1870, los conflictos entre Buenos Aires y el resto del país, y la guerra contra Paraguay que duró de 1865 a 1870, pusieron freno a la inmigración europea hacia las colonias, y no fue sino hasta la década de 1870 cuando el proceso inmigratorio cobró ímpetu. Charles Beck-Bernard fue un pionero de la colonización agrícola. Poco tiempo después de la Batalla de Caseros, estableció en Basilea una compañía encargada de organizar la inmigración suiza en la provincia de Santa Fe. En 1856 viajó a Santa Fe, y en 1857 trasladó a toda su familia. Los Beck-Bernard vivieron en la capital de esta provincia entre los años de 1857 y 1862. Charles se ocupaba de organizar la “Colonia San Carlos” (llamada así en honor a su nombre, siguiendo la tradición imperial) y de ayudar a familias suizas a establecerse en las áreas rurales de la provincia. También se dedicó a escribir sobre los pronósticos económicos del país y a publicar artículos y libros sobre la región en francés y en alemán. Lina, por su parte, aprovechó la oportunidad para escribir un libro de viajes encantador, en el que no figuran ni los planes ni la visión del futuro de la Argentina de su esposo. Este libro de viajes, *Le rio Parana*, publicado en París en 1864, aborda temas de género, enfocándose en las mujeres de la nueva república.

⁴ El bisabuelo de Lina, Conrad Pfeffel, fue quien aun después de su muerte le abrió las puertas del mundo literario. Las referencias sobre la escritora en diarios franceses, como *Revue de Deux Mondes*, siempre realzan la importancia de este ancestro, responsable de la instrucción intelectual de Lina después de que su padre fue asesinado por uno de sus empleados. Las circunstancias de la trágica muerte de su padre también se explicitan.

Le rio Parana: Cinq années de séjour dans la république argentine narra el viaje transatlántico de Beck-Bernard a Argentina y ofrece un resumen de los cinco años que la autora vivió en Santa Fe. El libro fue traducido por José Luis Busaniche y publicado en Buenos Aires en 1935, con el título de *Cinco años en la Confederación Argentina 1857-1862*. El título de Busaniche utiliza el término Confederación Argentina, que es históricamente más exacto. En 1854, Buenos Aires cortó todo vínculo con las provincias y proclamó su independencia, mientras que éstas formaron la Confederación Argentina, con la ciudad de Concepción del Uruguay como capital y Justo José de Urquiza como presidente. En 1861, con la derrota de Urquiza frente al gobernador de Buenos Aires, Bartolomé Mitre, en la batalla de Pavón, la república argentina finalmente se constituyó como una entidad política y se ratificó la Constitución redactada en 1853, al año siguiente de la Batalla de Caseros. Además, Busaniche incluye en el título las fechas exactas de la estadía de Lina Beck-Bernard en Argentina. Esas fechas no figuran en el título de la edición en francés, ni en ninguna otra parte del texto. La narración comienza *in medias res*, con la familia en Southampton, esperando abordar el barco. Beck-Bernard proporciona la fecha exacta (9 de enero), pero el año sólo figura como “185...”. Las fechas aportadas en la traducción de Busaniche adquieren gran relevancia, si se las lee en el contexto de la historia argentina: el relato de viaje de Beck-Bernard documenta el momento crucial en el que el paisaje del litoral argentino se codificaba como la meca progresista de los ríos navegables y la inmigración deseada. Entre los años 1870 y 1895, la provincia de Santa Fe fue el centro de la inmigración y la colonización agrícola. La población creció en 345.7% durante esos 25 años; para 1895, 41.9% de los habitantes de la provincia eran extranjeros, y un 25% adicional eran hijos de extranjeros.⁵

Le rio Parana aborda la inmigración y la colonización desde el punto de vista del género. Las descripciones más vívidas están dedicadas al exuberante paisaje de la región y a las figuras femeninas con las que Beck-Bernard se encuentra o sobre quienes oye hablar durante su estadía en el lugar. También se ocupa del tema de la raza en conexión con el género. El desplazamiento de los gauchos y los indios, requerido para el establecimiento de las colonias agrícolas, se presenta (como describo más adelante) en relación con la inestabilidad de las funciones de género. Al igual que otras escritoras de relatos

⁵ Stolen, *Decency*, 1996, pp. 38-39.

de viajes, Beck-Bernard resalta la continuidad que existe entre la situación de la mujer en Europa y la de la mujer blanca en Argentina. También existe una crítica subyacente a la posición menos privilegiada de las mujeres —indias y mestizas— y de los hombres con puestos subalternos —gauchos e indios— a los que se feminiza. La conexión entre el proyecto de colonización de Charles Beck-Bernard y el desarraigo y la eliminación de indios y gauchos en ese entonces es más evidente si tenemos en cuenta que algunas de las tierras cedidas a las colonias aún eran propiedad de los indios. Además, los colonos estaban a cargo del establecimiento de puestos de frontera, para mantener alejados a los indios y a los gauchos y delimitar las áreas “civilizadas”.⁶ Después de su estadía de ocho años en Argentina, que concluyó en fracaso, Charles Beck-Bernard regresó a Europa, donde mantuvo hasta su muerte un puesto de representante del gobierno argentino en temas inmigratorios. Charles Beck-Bernard se presenta en sus escritos como un partícipe muy activo y voluntarioso en la creación de la Argentina moderna; su esposa, por otro lado, se describe a sí misma como una observadora inocente, una visitante que informa sobre Argentina *tal como ella la vio*, pero que no tuvo influencia alguna en lo que se habría de convertir el país. En su libro, Lina Beck-Bernard relata “lo que ve”, describe el presente sin hacer referencia al potencial del país si las empresas de su marido prosperaban, y jamás menciona la manera en que ella está indirectamente relacionada con dichas empresas. Lina Beck-Bernard se desvincula a sí misma y separa sus escritos del proyecto de su esposo.

Es comprensible que, siendo Beck-Bernard una escritora romántica, el hecho de tener lazos directos con el proyecto de modernización que su esposo representaba le resultara una situación incómoda. Por lo tanto, ella pasa por alto esta conexión, y las condiciones de producción del texto no se hacen explícitas en ningún momento. No nos enteramos de cómo Lina Beck-Bernard llegó a Argentina o cuánto tiempo estuvo allí. Aunque el comienzo del libro indica que se trata de una narración *in medias res*, los elementos que faltan no se proporcionan en ningún momento. El libro mismo alterna entre ser una colección de impresiones personales de su vida y del viaje en Argentina y un análisis que aspira a tener validez etnográfica. La autora demora más de 70 páginas en comenzar a escribir sobre Argentina, pues ofrece una detallada

⁶ Ezequiel Gallo explica: “Diversas leyes se dictaron durante el periodo, tendientes a estimular la colonización agrícola. Se entregó tierra a precios bajos, alguna vez gratuitamente, obligándose a quienes la recibían a subdividirla y a radicar familias de inmigrantes extranjeros en ellas.” Gallo, *Pampa*, 1983. pp. 38-39.

descripción del viaje y de los lugares que visita en el trayecto (Galicia, en España; Lisboa, en Portugal; Río de Janeiro y Bahía, en Brasil). Incluso Buenos Aires, que no es el destino final del grupo de viajeros, está descrita con gran minuciosidad. Una vez que llegan a Santa Fe, la narración cronológica se reemplaza por viñetas sobre lugares y personas, con títulos para cada capítulo, que definen un tema determinado (por ejemplo, “le 25 mai/el 25 de mayo”, “la fête de nuestra señora du Guadeloupe/la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe”).

En el primer capítulo descubrimos que la narradora viaja con su esposo, sus hijos y una *femme de chambre* a quien se la describe como valiente (*courageuse*) y útil (*utile*). Al esposo y a los hijos no se les asignan adjetivos. En realidad, apenas si se los incluye en la narración: el esposo está camuflado en el “nous/nosotros” que Beck-Bernard utiliza constantemente, mientras que los hijos se mencionan al pasar, en raras ocasiones, cuando es estrictamente necesario, para dejar algo en claro. No sabemos cuántos hijos tiene. Ignoramos sus edades, de qué sexo son, sus nombres. No nos enteramos de que dos de los hijos de Beck-Bernard murieron en Argentina, ni sabemos en qué medida este hecho afectó a la madre. Al leer el libro, no es difícil percatarse de que fue escrito con el único propósito de dar rienda suelta a la autora para expresarse, al margen de las restricciones que le imponían el papel y la posición que desempeñaba dentro de su familia y de la sociedad.

En todo el libro, Lina Beck-Bernard ejercita su capacidad de observación en las descripciones, narraciones y en los discursos antropológicos, etnográficos e históricos. Es una gran conocedora de la historia argentina y ofrece extensas descripciones de Rosas y de su entorno, de su gobierno y del carácter de su hija Manuelita. Beck-Bernard comienza siendo una narradora con gran participación: su voz es personal y hasta introspectiva; sus descripciones, floridas y ricas. Hay algo particularmente sugerente en el hecho de que su voz surja del viaje, de su propio desplazamiento. Lo que está ausente es el elemento de autorreflexión que nos revele precisamente de qué manera surgió esa voz y cómo se constituyó este punto de vista en primera persona del plural. Hacia el final del libro, la voz de Beck-Bernard se vuelve más débil, abundan las citas y su perspectiva personal desaparece. No se cuenta la partida del país; su narración personal se corta abruptamente, y el libro finaliza con una descripción de indios del litoral argentino, que incluye páginas enteras de citas verbosas del monje franciscano Constance Ferrero y Cavour y, más adelante, una biografía del monje. Así

termina el libro, y la voz de Beck-Bernard no vuelve a aparecer para despedirse de sus lectores.

La naturalidad con que fluye *Le rio Parana* y la calidad de la redacción ponen en evidencia el gran deseo de escribir que tenía la autora. Más allá de ser un relato sobre Argentina y sus paisajes, el libro funciona como un espacio en el que Beck-Bernard tiene la posibilidad de escribir y de expresar su subjetividad. Lo crucial es la escritura: más allá del tema sobre el que está escribiendo, lo más importante es el ejercicio de su pluma. Las numerosas descripciones que preceden el relato de su estadía en Argentina muestran a Beck-Bernard expresando su subjetividad en un género literario que no la compromete ni como mujer ni como madre. Y en ese ejercicio se incluyen, además, sus propios puntos de vista políticos, que, en ocasiones, son innovadores y progresistas.

Las mujeres que escriben en situaciones coloniales rara vez tienen poder de decisión, y si lo tienen, suele provenir de un hombre: un marido, un padre, un hermano. Beck-Bernard no hace uso del poder que pudiera haber obtenido de su marido, aunque tranquilamente se podría argumentar que el mero hecho de escribir deriva de la influencia de su esposo y de su bisabuelo. Ella borra la posición hegemónica que tenía dentro de la sociedad argentina por ser la esposa de Beck-Bernard. El retrato que hace de sí misma es el de una extranjera que puede pasar inadvertida, posición que resulta inusual para una escritora francesa instruida, en el contexto de la Santa Fe provincial de mediados del siglo XIX.

Por lo general, los estudios sobre mujeres en situaciones coloniales y poscoloniales se han concentrado en la dicotomía colaboración-resistencia, y se ha tratado de decidir si una escritora en particular, en una ocasión en particular, se resistía a la iniciativa colonial o colaboraba con ella. El libro de Beck-Bernard dificulta este tipo de análisis: la autora se excluye del lugar del conflicto, borra su relación con posiciones de poder y crea un alter ego que no se relaciona de ningún modo con los esfuerzos masculinos, como el establecimiento de una colonia, por ejemplo, o con la creación de una nación. Su alter ego es el de una mujer sin pasado y sin ningún motivo para estar donde está. En su texto, se presenta como una mujer libre y sola, aunque respetable, pues se resguarda en la figura de un esposo e hijos que están comprendidos en el “nous/nosotros”.

LAS REINAS DE LA PAMPA

Las mujeres son el foco de atención en *Le río Parana*, y los debates de Lina Beck-Bernard acerca del género se fundan siempre sobre la base de su entendimiento de la raza. La mayoría de los personajes son femeninos, y las descripciones de las figuras típicas de la literatura de viajes en la Argentina del siglo XIX —los gauchos y los indios— se presentan en relación con las mujeres (la maternidad de mujeres indígenas y mestizas) o con el género (gauchos e indios feminizados). Dentro de este contexto, no sorprende que su debate sobre la figura que más atrajo la atención de los europeos —el gaucho— esté precedida por la presentación de una mujer disfrazada de gaucho:

Je dois à la fille du général Stanislas Lopez, doña Mercedes Lopez de C***, quelques détails assez intéressants sur Manuelita, qui était une de ses amies d'enfance. Elles sortaient souvent à cheval ensemble, Manuelita habillée en *gaucho*, pour obéir aux bizarres caprices de son père. Ce serait peut-être ici le moment de dire ce qu'est le gaucho et ce qu'il était sous Rosas. Le gaucho représente dans la Confédération Argentine l'élément rétrograde.⁷

En la mayoría de las narraciones de viaje de la época se muestra al gaucho como una fuente de peligro: una mancha amenazante en el horizonte. En *Le río Parana*, ser gaucho se presenta como una actuación. La paradoja que observa Beck-Bernard en la presencia de Manuelita “vestida de gaucho para satisfacer los extraños caprichos de su padre” es que, si bien los escritores unitarios argentinos utilizaban la representación que hace Manuelita de la masculinidad bárbara, con objeto de subrayar la crueldad de un régimen incapaz de proteger a las mujeres blancas, Beck-Bernard también recalca lo injusto del discurso unitario contra los que no eran blancos. De este modo, el texto de Beck-Bernard socava una de las premisas básicas del discurso del romanticismo en la que este texto se encuadra. Como señala Cora Kaplan, debemos recordar que el feminismo moderno y la teoría cultural “surgieron como respuestas independientes, aunque con vínculos en común, frente

⁷ “Le debo a la hija del general Estanislao López, doña Mercedes López de C***, algunos detalles muy interesantes acerca de Manuelita, quien fuera una de sus amigas de la infancia. Solían cabalgar juntas, Manuelita vestida de *gaucho* para satisfacer los extraños caprichos de su padre. Probablemente sea ahora el momento apropiado para explicar qué es un gaucho y qué significaba para Rosas. El gaucho representa el elemento retrógrado dentro de la Confederación Argentina.” Beck-Bernard, *Río*, 1864, p. 92.

a los eventos transformadores de la revolución francesa”⁸ Según Kaplan, “la autonomía de la vida interior, la psiquis dinámica cuyo triunfo moral habría de ser la base del gobierno republicano, se consideró un elemento absolutamente esencial del pensamiento político progresista”.⁹ Este énfasis en la vida interior que daba la bienvenida a las mujeres blancas de clase media al mundo de la escritura también excluía de posiciones importantes a otras mujeres por cuestiones de raza y clase social. Los vínculos entre estas múltiples exclusiones se encuentran en el trasfondo del texto de Beck-Bernard. El espacio privilegiado que ostentaban las mujeres criollas blancas, en su condición de receptáculos de los futuros ciudadanos blancos y creadoras de un espacio europeo en el exilio, se presenta en el contexto de sus diferencias con las indias, cuya situación precaria está metaforizada a través de su feminización. Las indígenas son los habitantes del desierto, mientras que las blancas son las reinas del interior: “A peu d’exceptions près, les femmes sont les reines de leur intérieur, et exercent cette royauté d’une façon peu constitutionnelle, ce qui faisait dire à un Gênois marié à une créole: ‘On peut penser de ce pays ce que Machiavel écrivait d’une ville républicaine de l’Italie: –‘C’est le paradis des femmes, le purgatoire des hommes, l’enfer des bêtes.’”¹⁰

Lo que Beck-Bernard describe aquí es una división de tareas y responsabilidades que le otorga a la mujer un espacio de poder, de realeza dentro del hogar. Por consiguiente, las mujeres gozan de un espacio sobre el que ejercen su poder en el seno familiar. En el caso de Beck-Bernard, este espacio lo constituye una edificación humilde en un pedacito de Santa Fe, pero la frase “reinas de lo interior/reinas del interior” puede abarcar otro significado de *intérieurité*, la idea romántica de los sentimientos y de la *vie intérieur*. El término *intérieur* adopta otros dos significados dentro del contexto del libro de Beck-Bernard: el “interior” del país, en contraposición al puerto de Buenos Aires, y el espacio de subjetividad romántica. La noción de las mujeres como reinas de su interior se basa en una ideología de mediados del siglo XIX que consideraba a la mujer burguesa como “el ángel del hogar”, la soberana absoluta del hogar burgués y poseedora de una sensatez tal que la hacía

⁸ Kaplan, *Sea*, 1986, p. 150.

⁹ *Ibid.*, p. 151.

¹⁰ “Con muy pocas excepciones, las mujeres son reinas y señoras de su interior, y ejercen este poder soberano de un modo poco constitucional. Esto llevó a un genovés casado con una criolla a decir: ‘De este país podría decirse lo que Maquiavelo escribió acerca de una ciudad republicana en Italia: –Es el paraíso de las mujeres, el purgatorio de los hombres y el infierno de las bestias.’” Beck-Bernard, *Río*, 1864, p. 132.

adecuada para desempeñar ese papel. La palabra *intérieur* en la Argentina de mediados de la década de 1850 reverberaba con imágenes del conflicto entre Buenos Aires y “el interior”, lo cual violaba lo sagrado de los espacios femeninos y acarrea la violencia de los campos de batalla a los dominios de la mujer burguesa.

No obstante, esta referencia al paraíso de las mujeres aparece deconstruida por la mismísima Beck-Bernard en el capítulo que trata sobre la celebración del aniversario de la Revolución de Mayo. Beck-Bernard describe lo que acontece ese día, desde muy temprano en la mañana, cuando repican las campanas, hasta la desorganizada presentación de armas por parte de la guardia nacional, la pelea de gallos y las carreras de caballos. Por la noche, hay un baile en el Cabildo. Beck-Bernard asiste puntualmente a las diez. Es la primera en llegar a la fiesta y observa, mientras el salón se atesta no sólo de invitados, sino también de intrusos, niños y hasta perros. La narradora se sienta junto a Mercedes de L., madre de una de las bellas jóvenes que aguardan su presentación en sociedad. Mientras Mercedes conversa sobre la fiesta, Beck-Bernard se percata de lo que será una historia aparte dentro de su narración, pero que es fundamental para nuestra comprensión del texto:

Doña Mercedes me parlait de la fête lorsque, tout à coup, derrière son fauteuil et le mien, j’entends le vagissement d’un très-petit enfant; je me retourne vivement et je vois une Indienne qui avait son nourrisson enveloppé dans son châle et couché sur son épaule, selon la coutume des femmes du désert. Cette Indienne avait le teint bronzé, la figure triste, la bouche entr’ouverte avec une sorte de dédain, les dents d’une blancheur éclatante, le regard mélancolique, les cheveux incultes tombant tout droits comme des crins; une couverture entortillé autour d’elle en guise de jupe, la tête de son petit enfant paraissant au-dessus de son épaule, elle se tenait droite et fière derrière le fauteuil de doña Mercedes, qui drapée dans une magnifique robe de brocart, resplendissait sous ses dentelles de perles et de brillants. C’était le luxe de la civilisation à côté de la barbarie, comme Santa Fé à côté du Chaco. Ces deux femmes personnifiaient, d’une manière saisissante, deux races que trois cents années de luttes ont laissées ennemies l’une vis-à-vis de l’autre, et qui resteront irréconciliables comme les peuples dépossédés et les peuples envahissants le seront toujours.¹¹

¹¹ “Doña Mercedes estaba conversando conmigo sobre la fiesta cuando, de pronto, detrás nuestro, escuchamos el llanto de un niño muy pequeño. Me vuelvo y veo a una india que cargaba a su

Aquí, Mercedes de L. y la mujer india son observadoras, pero también son objetos de observación de Beck-Bernard (quien, después de todo, como escritora europea, está ahí para presenciar la función). Estas mujeres entran en escena en el texto de Beck-Bernard como metáforas de las categorías más cargadas de significado de la historia argentina: civilización y barbarie. La mujer india representa a los despojados (mujeres y también gauchos e indios), quienes carecen de un interior sobre el cual reinar. Mercedes de L., por su parte, tiene dos reinos: el de su propia casa y el espacio abierto de las calles y las plazas, donde, como símbolo de la república y de sus héroes, puede pasear su realeza. Las mujeres de la clase social de Mercedes L. —y, probablemente, Mercedes L. misma— estaban creando otros territorios sobre los cuales reinar: sociedades de beneficencia, escuelas, hospitales para mujeres y niños. La mujer india, en cambio, estaba siendo desplazada y excluida de toda forma de interioridad. Sin embargo, en el texto aparece descrita en detalle, en su papel de madre, y, como tal, este papel femenino es comparable con el de Mercedes de L. e incluso con el de Beck-Bernard. Mercedes de L. trajo a su hija para que todos la vieran (ella era una de las atracciones principales de la fiesta); el niño indio (que no estaba invitado a la fiesta) interrumpe la conversación de Mercedes de L. sobre la fiesta, reafirma su propia presencia y capta la atención de la espectadora europea. El niño indio interrumpe, aunque sea momentáneamente, el relato de la nación y de sus ritos incipientes.

Más adelante en el texto, Beck-Bernard se topa con “indios verdaderos” que, a diferencia de la india sentada cerca de Mercedes de L., aún no habían sido incorporados a la “civilización”. En una casa semidestruida, Beck-Bernard ve a un grupo de indios, pero no puede distinguir de qué sexo son. Después de varios cambios de opinión, Beck-Bernard concluye que el grupo está formado por varios hombres y una sola mujer. Privada de un interior sobre el cual reinar, esa mujer india también está despojada de su femineidad, y su género se presenta de un modo ambiguo e inestable:

criaturita envuelta en una manta, en la espalda, como acostumbran las mujeres del desierto. Esta india tenía la tez oscura, una figura triste, la boca semiabierta con un gesto de desdén, los dientes de un blanco resplandeciente, la mirada melancólica, el cabello despeinado y lacio, semejante a las crines de un caballo; en vez de una falda, la envolvía una manta; la carita de su pequeño hijo se asomaba por encima de su hombro. Se mantenía erguida y fuerte detrás del sillón en el que doña Mercedes destumbraba, con su magnífico vestido ataviado con galones bordados con perlas. Representaban el lujo de la civilización al lado de la barbarie, como Santa Fe, que está al lado de Chaco. Estas dos mujeres personificaban, de manera sorprendente, dos razas a las que 300 años de luchas convirtieron en enemigas; y lo seguirán siendo, como siempre lo serán los pueblos vencidos frente a los vencedores.” *Ibid.*, p. 138.

Dans ce groupe il y a, en effet, *une femme*; mais nous ne la distinguons des hommes qu'à son jupon, fait d'une pièce d'étoffe entortillée autour d'elle; même costume, même physionomie, même taille, même mélancolie superbe, dans les gestes, les regards, l'attitude, comme tous les peuples destinés à mourir, et qui sentent instinctivement qu'ils assistent à l'agonie de leur race.¹²

En *Le rio Parana*, los gauchos y los indígenas siempre se presentan en una situación inestable. En el texto, los gauchos son viriles, aun cuando se los presente en conexión con Manuelita Rosas; los criollos heredaron algunas de las características del gaucho, barnizadas con un toque europeo. Solamente los indios aparecen en un limbo respecto al género, incluidos en el paradigma romántico como buenos salvajes. Si comparamos la escritura de Lina Beck-Bernard con la de su esposo, las contradicciones se hacen más evidentes. El libro escrito por él, *La république Argentine*, exalta la promesa que Argentina representaba para inmigrantes e inversores. Lina ubica a Argentina en un espacio aislado, dentro del contexto de la expansión colonial de Europa. Si tenemos en cuenta el papel central de su familia en el intento por construir una Argentina moderna, la creación de un espacio para la población indígena dentro de la narración es análoga a la creación de un espacio narrativo para sí misma como escritora. El espacio sobre el cual ella reina es su texto; el espacio que les asigna a los indios despojados para que reinen es un pequeño trozo de su texto: una reservación narrativa.

MANUELITA

La narradora de *Le rio Parana* es un personaje en una posición inestable y ambigua. Si, como escritora, Beck-Bernard necesitaba un arquetipo para su posición inestable y ambigua como narradora, lo encontró en el país que estaba visitando en la figura de Manuelita Rosas. Manuelita funciona como un eje alrededor del cual Beck-Bernard estructura su narración de la historia argentina, así como también su construcción antropológica del país. Se presenta a Manuelita como a un miembro de la "civilización" que vive

¹² "En este grupo hay, en realidad, *una mujer*, pero la distinguimos de los hombres sólo por su falda, hecha de una sola pieza de tela que lleva atada alrededor del cuerpo: todos tienen la misma vestimenta, la misma fisonomía, la misma contextura física, la misma espléndida melancolía en sus gestos, su apariencia, su porte; como todo pueblo destinado a la extinción, y que, instintivamente, siente que está siendo testigo de la agonía de su raza." *Ibid.*, p. 183.

—y reina— en el epicentro de la barbarie, y, como tal, es una ciudadana europea inmersa en la historia de Buenos Aires y del país. Beck-Bernard la utiliza como una especie de guía de turismo, el personaje europeo a través de cuyos ojos, nosotros, los lectores, tratamos de comprender la historia argentina reciente. Una vez que la familia Beck-Bernard llega a Santa Fe, Lina cambia de la tercera a la primera persona, y pasa de un estilo narrativo a uno descriptivo. En Santa Fe —espacio para los proyectos colonizadores de su esposo— Beck-Bernard produce estampas estáticas de un estilo de vida que se alteró drásticamente cuando llegaron los colonos del norte de Europa, con lo que la cultura y el carácter particulares de la región cambiaron para siempre.

El retrato de Beck-Bernard que aparece en la traducción al español realizada por Busaniche guarda un notable parecido con los retratos más famosos de Manuelita. Para la mayoría de los argentinos, Manuelita es la Manuelita retratada por Pridiliano Pueyrredón: una joven mujer de cabello oscuro, vestida de rojo, de pie junto a un escritorio, con la mano apoyada sobre una hoja de papel (¿una carta, un libro, tal vez?). El retrato de Lina Beck-Bernard muestra a una joven de cabello y ojos negros, parecida a Manuelita, con la cabeza también inclinada hacia la izquierda y la mirada dirigida hacia el frente. En el caso de Beck-Bernard, en lugar de vestir un atuendo federal de color rojo, luce un vestido blanco romántico, que se asocia más con la melancolía de la que escribe que con la determinación con que lo hace. Esa determinación fue la que seguramente la ayudó a afrontar los infortunios que padeció en su vida en el exilio, que incluyen la muerte de dos de sus hijos. El retrato de Manuelita fue pintado en la casa en la cual reinó después de la muerte de su madre. Si el espacio de la mujer de clase media del siglo XIX es su hogar, ¿qué mejor manera de presentar a una mujer que en el contexto de la casa que habita o que una vez habitó? Beck-Bernard menciona por primera vez a Manuelita como una parte esencial de su propia visita a Palermo. Describe Palermo como el horrible hogar del dictador; su estado es deplorable, puesto que nadie se atreve a acercarse demasiado a ese lugar de tanto y tan reciente sufrimiento. Pero la casa es “le souvenir d’une femme, de la bonne et gracieuse Manuelita, la fille de Rosas, [qui] adoucit, comme une ombre charmante, les légendes sinistres de Palermo”.¹³ A Manuelita se la presenta como un instrumento

¹³ “El recuerdo de una mujer, de la bondadosa y amable Manuelita, la hija de Rosas, quien, como una sombra encantadora, mitiga las siniestras leyendas de Palermo.” *Ibid.*, p. 83.

inocente de su padre; es el ángel que hizo que la tiranía y la dictadura fueran más soportables. La supervivencia moral de Manuelita, a pesar de las malas acciones de su padre, resuena con lo que Josefina Ludmer ha denominado las “tretas del débil”. La Manuelita de Beck-Bernard comparte con su autora la lealtad a un hombre que se erige como la autoridad, pero su autoridad se ve socavada, no por una rebelión abierta, sino mediante pequeñas insubordinaciones que no terminan completamente con la autoridad masculina, pero que, de algún modo, la desgastan. Beck-Bernard muestra a Manuelita aprovechando su espacio privilegiado para influir en el resultado de los acontecimientos: la vemos interviniendo en favor de prisioneros, convenciendo a su padre de que le conceda a una viuda el derecho de darle cristiana sepultura a su esposo. En su libro, Beck-Bernard parece hacer algo similar a lo que, según describe, hace Manuelita: crea un espacio sobre el cual reinar (en el caso de Beck-Bernard, su libro). En este aspecto, al igual que su Manuelita, ella no es una observadora pasiva, sino un agente que debilita la autoridad patriarcal.

Esta manera sutil de socavar una imagen está presente también en la descripción del gaucho, en el libro de Beck-Bernard. La primera frase que escribe sobre el gaucho evoca las caracterizaciones propias de los arquitectos de la consolidación nacional: “Le *gaucho* représente dans la Confédération Argentine l’élément rétrograde.”¹⁴ Pero en el desarrollo de esa descripción, se aleja de este tipo de representación:

Sa physionomie sauvage, mélancolique, est bronzée par le soleil et le vent des immenses Pampas où il dompte ses chevaux et se laisse emporter par eux rapide comme la foudre, volant sur la pointe des herbes, dévorant l’espace, ne faisant qu’un avec l’animal fougueux sur lequel il saute d’un bond, une vraie incarnation moderne du centaure de la fable grecque.¹⁵

Esta descripción romántica del gaucho se desvía de la descripción estereotipada del buen salvaje. En primer lugar, se compara al gaucho con un centauro griego; su espacio es la Grecia clásica —cuna de la cultura occidental— y no otros sitios típicos bárbaros, como por ejemplo, Palestina. El tema

¹⁴ “En la Confederación Argentina, el *gaucho* representa el elemento retrógrado.” *Ibid.*, p. 92.

¹⁵ “Las facciones de su rostro salvaje y melancólico están curtidas por el sol y el viento de la extensa llanura pampeana, donde doma sus caballos y deja que lo lleven lejos, veloz como un rayo, volando sobre los pastizales, devorando los espacios, ensamblándose con el brioso animal al que se sube de un salto; una verdadera encarnación moderna del centauro de la mitología griega.” *Ibid.*, p. 93.

de su sexualidad cobra énfasis con la imagen del centauro, pero se diluye más adelante en la descripción, cuando explícitamente se define al gaucho como un “caballero” en la oración “il est caballero”.

Para poder apreciar el carácter de oxímoron de este último párrafo, me gustaría contextualizar mi lectura de las actitudes que Beck-Bernard adopta respecto de los indios y los gauchos. Ante todo, debemos comprender que, tanto para los escritores europeos como para los escritores criollos de esa época, la figura del gaucho representa un híbrido con características de indígena y de blanco. El gaucho, definido universalmente como hombre, es la amalgama de las cualidades que lo crearon como prototipo. En el párrafo que cité anteriormente, la escritora comienza dando una serie de características del gaucho que lo asemejan al indio: su salvajismo y su melancolía, y termina describiendo sus cualidades más positivas (su parte blanca): el parecido con un elemento de un mito griego (es culto y civilizado). De esta manera, Beck-Bernard crea para el gaucho un ancestro glorioso, pero al trasladarlo a un pasado tan remoto también lo exilia de la Argentina moderna que su esposo y sus asociados estaban forjando.

En *Le rio Parana*, es posible ocultarse bajo la máscara de otro. Manuelita Rosas se disfraza de gaucho, aunque se deja puestos los aros para marcar su identidad sexual; Lina Beck-Bernard se adapta a Santa Fe y puede observar a los demás sin ser observada. La vestimenta es de suma importancia, tanto en la representación de la nación como en las representaciones de género. Pocos meses antes de que los Beck-Bernard se fueran de Argentina, Urquiza fue derrotado por Mitre en la batalla de Pavón. Ahora, la nación unificada estaba lista para poner en escena el sueño de un pueblo blanco y homogéneo que prometían las colonias agrícolas de Santa Fe. En *Le rio Parana* esta representación se lleva a cabo en el contexto de un desfile militar. Los soldados de las provincias, se queja la escritora, “ont encore un aspect bizarre”.¹⁶ Nuevamente, como ocurrió con la descripción de Mariquita Sánchez de las invasiones inglesas, los criollos están encantados con los soldados europeos que saben vestir sus uniformes. Se presenta al soldado europeo como un modelo deseable:

Mais les soldats des provinces ont encore un aspect bizarre, peu fait pour plaire aux Européens. En voici un exemple : Un jeune sous-officier des chas-

¹⁶ “Todavía conservan una apariencia extraña.” *Ibid.*, p. 259.

seurs de Vincennes en sèstre chez ses parents habitant la Confédération Argentine fut présenté au général ***, gouverneur de l'une des provinces. Le jeune sous-officier portait son uniforme avec la parfaite et gracieuse tenue qui caractérise nos soldats français. Le vieux général en fut charmé. "Restez avec moi, dit-il au jeune homme, je vous offre le grade de lieutenant-colonel dans mon état-major, avec 150 piastres de paye par mois." Le chasseur de Vincennes répondit sans hésiter et avec une franchise toute militaire : "Merci, mon général, j'apprécie votre offre; mais vous me permettez de la refuser. J'aime mieux être sergent dans mon pays que lieutenant-colonel de le vôtre."¹⁷

La promesa de una Argentina blanca, por la que Charles Beck-Bernard abogaba y que su esposa Lina apoyaba con tenue entusiasmo, se ve metafóricamente en la inclusión (aunque no se haya cumplido) del atractivo joven soldado francés en el ejército —y la ciudadanía— de la nación. La obsesiva asociación entre modernidad, cuerpo y moda que realizaba Mariquita Sánchez reaparece en este texto de Lina Beck-Bernard y será una presencia constante en los libros de viaje que analizo en el resto del libro.

¹⁷ "Pero los soldados de las provincias aún mantienen una apariencia extraña que no es agradable a los ojos de los europeos. He aquí un ejemplo: un joven suboficial del regimiento de Vincennes estaba con licencia en casa de sus padres, que vivían en la Confederación Argentina; el soldado fue presentado al general ***, gobernador de una de las provincias de la Confederación. El joven suboficial vestía su uniforme con el porte perfecto y con la elegancia característica de nuestros soldados franceses. El viejo general estaba encantado. 'Quédese aquí conmigo', le dijo al joven, 'le ofrezco el rango de teniente coronel en mi regimiento, con una paga de 150 piastres por mes'. El infante de Vincennes contestó sin vacilación, con franqueza netamente militar: 'Muchas gracias, general, aprecio su ofrecimiento, pero permítame rechazarlo. Prefiero ser sargento en mi propio país, antes que teniente coronel en el suyo.'" *Ibid.*, p. 259.

PARTE II

FRONTERAS CAMBIANTES (1880-1900)

3. “RECORDAR ES VIVIR”:¹ *RECUERDOS DE VIAJE*, DE EDUARDA MANSILLA

[...] tenemos que mendigar al extranjero para tener más población, y sin embargo, por otro lado, exterminamos a los de nuestra propia tierra [...] Si el territorio que han ocupado [...] siempre lo hemos considerado, en nuestras cuestiones diplomáticas, como parte integrante del territorio de la nación, todos los allí nacidos [...] son ciudadanos argentinos por ese hecho. Pero se dice que el indio es extranjero, quiere decir que no ha nacido en territorio argentino, luego ese territorio no debe pertenecernos.²

En uno de los debates parlamentarios posteriores a la expansión argentina hacia la Patagonia —más conocida como la Campaña del Desierto— debía decidirse el futuro de los habitantes de esa región. El hecho de que se considerara seriamente la posibilidad de declararlos extranjeros revela la inconsistencia del concepto de nación y de nacionalidad que existía en la Argentina de fines del siglo XIX. La misma elite que ideaba el modo de exhortar a los inmigrantes blancos a ser leales a la nación, simultáneamente tramaba la manera de despojar a la población indígena de sus derechos. Superpuesto a la ciudadanía blanca y masculina y a la degradación de la población indígena considerada “infrahumana”, las elites articulaban un discurso en el que se comparaba la nación con el orden jerárquico de las familias terratenientes: los nuevos inmigrantes podían vivir, trabajar y prosperar en el país, pero sólo un grupo selecto de familias gobernaría. Ahora que la expansión hacia el sur era un hecho y se había logrado la ocupación total de las tierras que Domingo Faustino Sarmiento había concebido como el territorio de la nación, se hacía más difícil y más urgente resolver el dilema

¹ “Recordar es vivir” es el epígrafe de la obra de Mansilla, *Recuerdos*, 1880.

² Barba *et al.*, “Campaña”, 1974, vol. III, pp. 235-236.

de cómo definir y circunscribir a la población. Los indios habían sido masacrados y desplazados, y las elites debían ocupar su lugar como “dueños de la tierra”, tanto en el sentido literal como en el sentido metafórico del concepto: mediante la posesión de las tierras habían logrado acceder a la creación del territorio/nación.³

De acuerdo con David Viñas, la llegada a la presidencia de Julio Argentino Roca marca la transformación de la nación romántica que imaginaron Sarmiento y Juan Bautista Alberdi en un estado liberal. Este estado hereda los modelos de colonización y distribución de tierras que Sarmiento y Alberdi tanto valoraban. La década de 1880 representa, por lo tanto, “el momento clásico de la elite liberal argentina”⁴ que impondrá, por escrito, un paradigma de legitimación para organizar el trabajo y la posesión de tierras. Los indios serán excluidos de esta legalidad, al igual que los gauchos, en la medida en que no acepten el nuevo paradigma.

Los debates sobre el futuro de los indios desplazados de la Patagonia y la creación de una nación moderna, con Buenos Aires como capital vanguardista del país, influyen en mi análisis del texto de Eduarda Mansilla, *Recuerdos de viaje*. Este libro se publicó 20 años después del viaje de Mansilla a los Estados Unidos de Norteamérica, sin embargo, la temática del libro es apropiada para los lectores argentinos de la década de 1880. Por una parte, ahonda en cuestiones de raza y nacionalidad y trata específicamente el tema del desplazamiento de las poblaciones nativas estadounidenses; por otra parte, elogia las ventajas de la vida en una sociedad laica moderna, como la que los positivistas argentinos se afanaban en crear.

CUANDO SE ES LA SOBRINA DE ROSAS...

En 1855, tres años después del derrocamiento de Juan Manuel de Rosas en Caseros, su sobrina de 17 años de edad, Eduarda Mansilla, quien alguna vez le había oficiado de intérprete, fue la protagonista de una historia de amor controvertida, descrita incesantemente en los diarios de Montevideo como la versión autóctona de Romeo y Julieta. Eduarda Mansilla –hija del héroe

³ Había otro paso que debían cumplir los viajeros británicos y estadounidenses: los dueños de la tierra también tenían que trabajarlas, hacerlas productivas; debían lograr que esas tierras y sus habitantes formaran parte del sistema de producción y de intercambio de capital. Este argumento se utilizó para justificar actos de apropiación y explotación.

⁴ Viñas, *Indios*, 1982, p. 21.

militar general Lucio Mansilla y la hermana de Rosas, Agustina— se casó con Manuel García, hijo de un acérrimo opositor a Rosas que cumplió funciones diplomáticas durante el gobierno de Justo José de Urquiza. Este matrimonio convierte en realidad lo que Doris Sommer considera el tropo literario necesario que reúne a *eros* y a *polis*.⁵ Si seguimos el argumento de Sommer, las novelas “nacionales” en Latinoamérica recurren a las historias de amor como metáforas de la necesidad de unificación nacional que habría de reunir los elementos principales de la sociedad, como si fueran miembros de una familia, unidos en el amor erótico con el fin de procrear. Mientras en Argentina se continuaba discutiendo activa y efusivamente cómo definir la nación, este casamiento histórico reunía a dos familias que se encontraban en las antípodas de la esfera política del país, y con la llegada de sus hijos, se hizo evidente que la alianza resultó fructífera.⁶

El viaje a los Estados Unidos de Norteamérica que narra Mansilla en su libro *Recuerdos de viaje* tuvo lugar cinco años después de su casamiento con García. El matrimonio pasó esos cinco años en París, donde García ocupaba un cargo en la embajada argentina y Eduarda llevaba una vida social muy activa. Mansilla, García y sus hijos viajaron por primera vez a Estados Unidos en 1860, en misión diplomática, y el libro *Recuerdos de viaje* se basa precisamente en este viaje. Con esta obra, Mansilla inaugura la literatura de viajes escrita por mujeres argentinas. En la época en que escribió y publicó su libro, la literatura de viajes tenía una larga tradición en el país como un género literario privativo de los hombres, para quienes el viaje a Europa (y en menor grado, a Estados Unidos) tenía un significado casi ritual.⁷ En un principio, el viaje a Europa había comenzado como parte de una tradición política relacionada con el exilio forzoso impuesto por Rosas, y luego pasó a ser el gesto iniciático de la elite que se preparaba en el exterior para gobernar. En el caso de Eduarda Mansilla, su libro de viajes cobró un significado diferente: ella jamás estuvo en el exilio, y jamás habría de gobernar. Por lo tanto, su libro aborda facetas que apenas se trataban en los relatos escritos por hombres: el hogar, los hijos, la servidumbre. Además, *Recuerdos de viaje*

⁵ Sommer, *Foundational*, 1991, pp. 30-51.

⁶ Sommer recurre a estas categorías para hablar de trabajos literarios; yo las utilizo para referirme a “personajes de la vida real”, pero considerando que las vidas de estas figuras históricas se entremezclaban con la vida política y literaria del país, considero que este análisis es también un recurso productivo para la discusión de las relaciones sociales.

⁷ Para un detallado análisis de la tradición de la literatura de viajes en Argentina, véase Viñas, *Sarmiento*, pp. 141-211, y la introducción de Jitrik, *Viajeros*, 1969.

asevera que, gracias a la pacificación del país, las mujeres burguesas pudieron disfrutar de las ventajas de la vida refinada sin verse forzadas al exilio. La frase “en touriste”, que la autora, al igual que su hermano Lucio, utiliza repetidamente en sus escritos es sintomática del nuevo espíritu que imperaba en esos tiempos. El lenguaje de Mansilla en *Recuerdos* está saturado de vocablos ingleses, que le recuerdan al lector que el libro es, esencialmente, una guía de viaje. Palabras como *confort* (*sic*) (bienestar), *home* (hogar), *laundry* (lavandería) y *waiter* (camarero) aparecen siempre en letra bastardilla y rara vez están traducidas al español. Este lenguaje de turismo y placer es apropiado para la imagen que la protagonista de *Recuerdos* crea para sí misma: una mujer moderna, que se siente cómoda en barcos, autobuses y hoteles. *Recuerdos*, más que cualquier otra obra de Mansilla, anticipa los relatos sobre viajes de placer al exterior de María Rosa Oliver y Victoria Ocampo.⁸ Los viajes y el turismo se convirtieron en los nuevos temas que las mujeres de clase alta exploraban en novelas, memorias, cuentos cortos y ensayos periodísticos. En los albores del siglo xx, la mayoría de las escritoras de clase alta dedicaban gran parte de sus trabajos a las vacaciones, destinos turísticos, viajes al exterior y los frecuentes retiros a la estancia.⁹

Recuerdos de viaje narra la estadía de Mansilla en Estados Unidos durante la guerra civil, mientras su esposo trabajaba en la embajada argentina, en la ciudad de Washington, con la encomienda de estudiar el sistema judicial. En las dos misiones diplomáticas que realizó en Estados Unidos, García estuvo bajo la supervisión de Sarmiento, cuyo libro *Viajes* también incluye la narración de su visita a ese país. *Recuerdos* comienza en el momento en que Mansilla emprende un viaje hacia Nueva York, acompañada por su esposo e hijos, y finaliza cuando parte de Estados Unidos rumbo a Europa, en una nueva misión diplomática. Aunque permanecen en Estados Unidos durante cuatro años, Mansilla nunca menciona fechas precisas y, aun habiendo vivido varios

⁸ De hecho, María Rosa Oliver escribió un libro sobre Estados Unidos llamado *América vista por una mujer argentina*, Buenos Aires, Salzman y Cía. 1945, que es semejante en tono al libro de Eduarda Mansilla, aun cuando aborda de manera más directa temas prácticos relacionados con ser una turista mujer.

⁹ En *Stella*, un *best seller* de comienzos del siglo xx analizado en detalle en el capítulo 6 del presente libro, Emma de la Barra describe la vida en la estancia en contraposición con la vida en la ciudad. La estancia es el escenario de elección en las obras de escritoras que pertenecen a esta clase social, como Beatriz Guido y Silvina Bullrich en las décadas de 1970 y 1980. El análisis de Arturo Jauretche *El medio pelo en la sociedad argentina*, sobre los libros de Beatriz Guido, *Fin de fiesta* y *El incendio y las vísperas*, se concentra en el tropo de la estancia y de las percepciones literarias de la clase alta acerca del espacio desde una perspectiva nacionalista.

años en Washington, no ahonda en los detalles mundanos de la vida diaria en la ciudad. Describe Nueva York, Washington, D. C., Filadelfia, las cataratas del Niágara y algunas partes del sudeste de Canadá, Staten Island y Boston, y menciona, de pasada, otras ciudades como Baltimore. En realidad, en su descripción de Washington, Mansilla incluye viñetas de la vida nocturna en la ciudad: la vida social de los diplomáticos y políticos estadounidenses. *Recuerdos de viaje* está escrito como una guía para los argentinos que viajen a Estados Unidos. Hay referencias prácticas acerca de opciones de alojamiento y restaurantes y lugares de interés turístico. Mansilla también incluye sus propias reflexiones sobre la modernización y sobre las relaciones entre razas y géneros. Menciona directamente a dos lectores: Barbosa, un médico que, en las propias palabras de Mansilla, “me ha impulsado a escribir mis *Recuerdos de viaje*”, y Santiago Arcos. Este último, autor de libros sobre las poblaciones indígenas de Sudamérica, también es el interlocutor de Lucio V. Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles*. Tanto Eduarda como Lucio Mansilla describen a Arcos como un iluminado del futuro, un compendio de los buenos elementos del liberalismo. Para Eduarda, él es también la figura paterna que aporta valores estéticos al contexto de los valores filosóficos y éticos. Mansilla tenía en mente una comunidad de lectores más amplia para su guía de viajes: la elite argentina. Si bien no la menciona en forma directa, la incluye a lo largo de todo el texto con el uso del adjetivo “nuestro/nuestra”.

En *Recuerdos*, más que en cualquiera otra de sus obras, se puede deducir lo que para Mansilla significaba ser argentina. La identidad precaria a la que me referí al comienzo de este capítulo está expresada en los trabajos de esta autora. Probablemente, ella sea la primera escritora argentina para la cual es esencial definir su identidad como argentina y no como “unitaria”, “federal” o “americana”, término este último anacrónico para la época. Al considerarse argentina renuncia al pasado conflictivo que, en su caso personal, era también la historia de su propia familia.¹⁰ No se usa nunca el adjetivo “argentino/argentina”; lo reemplaza el adjetivo posesivo “nuestro”, y no se menciona jamás a Argentina, excepto con las frases “la patria ausente”¹¹ o, irónicamente, “una república de nada”.¹²

¹⁰ Eduarda Mansilla logró exorcizar el pasado de una forma que su hermano Lucio V. no pudo. Prieto y Molloy estudiaron las distintas maneras en que los fantasmas del general Lucio Norberto Mansilla y Juan Manuel de Rosas acosaban a Lucio V. Mansilla e impedían las posibilidades de que lograra éxito político. Prieto, *Viajeros*, 1996; Molloy, “Imagen”, 1980, y *Face*, 1991.

¹¹ Mansilla, *Recuerdos*, 1880, p. 193.

¹² *Ibid.*, p. 93.

La preocupación por “lo nuestro” aparece en la mayoría de los escritos de Mansilla, y también en los escritos de sus seguidores masculinos. Está explícitamente articulada en la introducción a una colección de cuentos infantiles que escribió y publicó en Buenos Aires el mismo año en que publicó *Recuerdos de viaje*:

La acogida benévola que obtuvo Chinbrú, publicado en folletín, acentuó en mí la idea que desde Europa me atormentaba tiempo ha, cuando mis hijitos que adoran a Andersen, devoraban ávidos las obras de la condesa de Ségur, tan popular en Francia. Casi con envidia veía el entusiasmo con que esas inteligencias, esos corazones que eran míos, asimilaban sentimientos e ideas que yo no les sugería; y más de una vez traté de cautivar a mi turno con mis narraciones al grupo infantil.¹³

Los cuentos infantiles de Mansilla en esta colección incluyen, mayormente, temas cosmopolitas con algunas incursiones en temas americanos, como la Revolución de Mayo y la flora y la fauna americanas. Es difícil inferir a qué se refiere Mansilla cuando habla de “lo nuestro” en sus cuentos infantiles. En cambio, en *Recuerdos*, los elementos que circunscriben “lo nuestro” aparecen de un modo un poco más claro: “lo nuestro” es lo que comparten Mansilla, como narradora de libros de viaje, y sus lectores, e incluye dos idiomas (español y francés), una religión (el catolicismo) y un estilo de vida que refleja la vida de la clase alta en Francia y de parte de la oligarquía argentina y de ciertos elementos de la aristocracia argentina.

En sus preliminares a *Recuerdos*, Mansilla revela su sentimiento de lealtad cuando, tras una extensa discusión sobre las diferencias que existen entre los barcos franceses y los ingleses, dice: “Y aquí, para no ser ingrata ni olvidadiza con una nación que tanto quiero, diré, que personalmente, yo prefiero hasta naufragar con los franceses.”¹⁴

Francia, los franceses y París representan la vara con la que se mide todo lo demás. Francia y el francés como idioma no se presentan como elementos foráneos para el narrador y sus lectores. Lo “anglosajón” se presenta como opuesto a “lo nuestro”, mientras que lo francés se remarca como el elemento más deseable de “lo nuestro”. Se aprende francés con facilidad, como una lengua madre; en cambio, para aprender inglés, se debe estudiar, se

¹³ Mansilla, *Cuentos*, 1880, p. vii.

¹⁴ Mansilla, *Recuerdos*, 1880, p. 12.

requiere esfuerzo y no le resulta natural a la narradora. Para Mansilla, Argentina está más cerca de Francia que de Estados Unidos, aunque Estados Unidos y Argentina comparten la característica de ser americanos.¹⁵ Los elementos americanos se introducen en la cultura por ser novedosos, comparados con la cultura centenaria de las capitales europeas (la autora menciona Madrid, Londres, Viena y, por supuesto, París). Lo “americano” se describe como un elemento exótico, algo espectacular:

El cosmopolitismo hállase más acentuado en Nueva York; pero la raza sajona descuella allí sobre las demás e imprime a la metrópoli norteamericana, todo el carácter de una ciudad inglesa. Si se exceptúan los “tobacconish”, con sus colosales cigarros de madera chocolate o sus indias de lo mismo, adornadas con el clásico tocado y la cintura de plumas rojas y azules que tienen un sello puramente americano.¹⁶

La referencia a los indios, como en el párrafo anterior, y en particular, a las plumas, aparece una y otra vez con el correr de las páginas. Mansilla se conduce por el sufrimiento de los indios estadounidenses:

Dolorosa es la historia, que llamaré privada, de los Estados Unidos, en contacto con esas tribus salvajes, que poblaban los territorios de Nevada, Colorado, etc. Así que el *yankee* tuvo una existencia política asegurada, no se contentó ya con comprar, como en otro tiempo, tierras a los indígenas, decidió destruir la raza por todos los medios a su alcance. Muerte, traición y rapiña, han sido las armas con las cuales los han combatido; promesas y engaños, he ahí su política con los hijos del desierto.¹⁷

La denuncia que formula Mansilla del genocidio de los indios se sitúa en el marco de la leyenda blanca de la colonización de las Américas. A su entender, se debe buscar la raíz del maltrato a los indios por parte del gobierno de Estados Unidos en los antecedentes raciales de sus habitantes, ya que, según la autora, esta crueldad refleja “una similitud notable, que encuentro entre el sajón de Europa y el trasplantado al Nuevo Mundo”.¹⁸ Incluso cita al

¹⁵ Buenos Aires se convirtió en la capital del país en 1880, y desde que se desató la epidemia de fiebre amarilla en 1871, la ciudad, conocida como “la gran aldea”, se había transformado gradualmente en una metrópolis inspirada en el modelo parisino.

¹⁶ Mansilla, *Recuerdos*, 1880, p. 23.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 53-54.

¹⁸ *Ibid.*, p. 53.

London Times para sostener esta teoría con mayor fundamento. La apasionada defensa que hace de los indios, a quienes llama “los hijos del desierto” —una frase comúnmente usada en conexión con los indios argentinos— finaliza con muestras de solidaridad y de admiración por los “dueños de la tierra”.¹⁹ Creo que su condena al genocidio se refiere específicamente a la situación de Estados Unidos, pero lo que sucede en ese país es el reflejo de los asuntos políticos y sociales de Argentina. No debemos olvidar que el año de 1880 marca la asunción a la presidencia de Argentina de Julio Argentino Roca, el general que estuvo a cargo de la aniquilación de las poblaciones indígenas de la Patagonia argentina. El uso de la frase “hijos del desierto” tenía connotaciones inequívocas para los lectores de la época.

Aunque se solidariza con la situación de los nativos americanos, Mansilla se muestra totalmente ciega a los sufrimientos de los negros. Admite haber sido partidaria de los sureños en la guerra civil estadounidense; define al Sur con los calificativos simpático y elegante, y lamenta que la vida refinada sureña haya tenido que concluir cuando se abolió la esclavitud. Su defensa de la esclavitud se justifica en el contexto de la elegancia y los buenos modales:

En el comienzo de la guerra, la alta sociedad filadelfiana, era casi toda sudista; y aquellos que no tenían en realidad opinión decidida, no perdían ocasión, sin embargo, de decir a los extranjeros: “¡Oh! ¡Sólo en el Sud existe la verdadera elegancia!” Parecía este dicho ser como un exponente de buen gusto, de refinamiento, y quizá lo era: es decir que la moda consistía entonces, para los elegantes, en ser sudistas, o si se quiere, que los sudistas, habiendo hasta entonces empuñado el cetro de la elegancia, no lo habían cedido aún a esas nuevas capas sociales, que surgieron más tarde con su ruina.²⁰

En su libro, Mansilla trivializa la esclavitud con el uso de adjetivos como simpático, elegante, refinado y monopolizador de la cultura, cuando se refiere al orden que imperaba en el Sur. La esclavitud se presenta en el contexto de la vida refinada de las mujeres de clase media, y aunque elogia la república como sistema igualitario, siente nostalgia por las ventajas que las viejas sociedades monárquicas ofrecían a los acaudalados: “El oficio de sirviente, es más complicado de lo que en América se cree, y tanto nosotros como los yankees estamos servidos por *aficionados*.”²¹

¹⁹ *Ibid.*, p. 55.

²⁰ *Ibid.*, p. 108.

²¹ *Ibid.*, p. 123.

Cuando usa el pronombre “nosotros”, Mansilla incluye a los miembros de su propia clase social, quienes, también en Argentina, representaban el viejo orden. En su corta ficción que sitúa en Argentina, Mansilla contraponen a los negros y mestizos, como fieles servidores, con los sirvientes italianos y españoles recién llegados al país, que no resultaban nada confiables. Mansilla considera que las labores manuales son indignas de las mujeres de su estrato social, a quienes incluye en el “nosotros”. Por eso, su dramatización del fin de la esclavitud muestra la debacle de las mujeres de clase alta:

Cayó vencido, aniquilado ese Sud tan simpático a pesar de sus errores; y sus mujeres más hermosas, más educadas, más opulentas, tuvieron que vivir del trabajo de sus manos. Algunas damas de la mejor sociedad, de Nueva Orleans, se vieron reducidas a ser hasta cocineras. ¡Expiación horrenda! ¡Leción cruel, que llegó a entemecer a esos mismos esclavos, libertados por las llamas y el hierro del vencedor!²²

En este pasaje del penúltimo párrafo de *Recuerdos*, la escritora se vale de una estrategia con la que logra reunir los dos temas que le preocupan: la raza y el género. Describe la reforma social como una amenaza contra la posición social de las mujeres de clase alta. Debemos recordar que en el lapso entre su viaje a Estados Unidos, en la década de 1860, y la escritura de su relato de viaje, en los años setenta, tuvo lugar el levantamiento en Francia conocido como la Comuna de París y se proclamó la tercera república.²³ La insistencia de Mansilla en las ventajas de la monarquía debe leerse dentro de ese marco histórico. Es evidente que Mansilla cree fervientemente en una jerarquía social estricta que supera los límites de identidad nacional y religiosa. Por esta razón, sus debates sobre el catolicismo en Estados Unidos son bastante intrascendentes y están inmersos dentro de otra discusión sobre la servidumbre: “Quizá, con ese espíritu práctico, eminentemente utilitario de los americanos, la dama protestante se hacía este raciocinio, en extremo correcto: siendo católica, mi sirvienta no tendrá inconveniente en servirme el domingo, y de esa suerte podré utilizarla como los demás días de la semana.”²⁴

²² *Ibid.*, p. 196.

²³ El hijo de Mansilla, Daniel García Mansilla, dedica unas pocas líneas a las impresiones de su familia cuando regresaron a París, en 1873, después de su segundo viaje a Estados Unidos: “La capital de Francia presentaba todavía cicatrices de la derrota del 70 y de los graves incendios de la Commune. Las ruinas del Palacio de las Tullerías, con todas sus ventanas negras y quemadas, nos impresionaron hondamente.” García, *Visto*, 1950, p. 122.

²⁴ Mansilla, *Recuerdos*, 1880, pp. 132-133.

A diferencia de otras escritoras de viajes posteriores, como Delfina Bunge, quien le asigna un lugar importante a la religión (y quien, seguramente, se habría horrorizado al leer el párrafo anteriormente citado), Mansilla no da mucha importancia al catolicismo. Cuando describe las iglesias protestantes, es más crítica de las cuestiones estéticas que de las morales. Admira la tolerancia religiosa (incluso la tolerancia al judaísmo) que es *de rigueur* entre los miembros de la generación del ochenta, pero que sería ferozmente criticada por los nacionalistas católicos argentinos a comienzos del siglo XX.

Los temas que le preocupan a Mansilla —la raza, la esclavitud y la servidumbre— están presentes en la mayoría de sus obras. La librea como símbolo de clase social y la relación entre criados y amos son elementos predominantes en sus relatos europeos en los que la servidumbre se identifica por completo con los señores y les ofrece absoluta lealtad.²⁵ En *Recuerdos*, Mansilla incluye una anécdota muy ilustrativa:

No puedo prescindir de recordar aquí la respuesta que me dio algunos años después, un virginiano, cochero, a quien exigía se pusiera la librea con los colores de la república argentina; “Señora”, me dijo, “yo sé bien que eso no deshonra a nadie; pero soy tan joven... y quién sabe si llego algún día a ser presidente... pueden reprochármelo”. “Tiene usted, razón, John”, le contesté; y tomé un negro.²⁶

El modo en que la autora se presenta a sí misma en este pasaje es similar a la descripción que hace de las damas parisinas en sus cuentos europeos. A lo largo de *Recuerdos*, la autora se queja del mal servicio que ofrece la servidumbre de Estados Unidos, donde, lo que ella denomina “espíritu democrático”, interfiere, ya que infunde ideas de igualdad en los subalternos. En el pasaje que cito más arriba, podemos advertir que Mansilla considera que los derechos de igualdad no son atribuibles a los negros. La inclusión de esa anécdota en su relato demuestra que ella no es consciente, en lo absoluto, de su propio racismo.

Sus convicciones respecto a un sistema social jerárquico también se manifiestan en su discusión sobre la posición que ocupa la mujer blanca

²⁵ Véase Mansilla, *Un amor*, 1885, a modo de ejemplo.

²⁶ Mansilla, *Recuerdos*, 1880, p. 125.

estadunidense dentro de la sociedad:²⁷ “La mujer en la Unión Americana es soberana absoluta; el hombre vive, trabaja y se eleva por ella y para ella. Es ahí que debe buscarse y estudiarse la influencia femenina y no en sueños de emancipación política. ¿Qué ganarían las americanas con emanciparse? Más bien perderían, y bien lo saben.”²⁸

Esta imagen de la soberanía de la mujer, que comparten otras escritoras de viajes como Lina Beck-Bernard, es sumamente reveladora. Paradójicamente, Beck-Bernard recurre a esta imagen para describirle al lector francés cómo es la mujer argentina, y Eduarda Mansilla, para describir la mujer estadounidense a sus lectores argentinos. No obstante, Lina Beck-Bernard describe el poder que ostenta la mujer dentro de su hogar, mientras que Eduarda Mansilla extiende el poder de la mujer al espacio público: “las mujeres influyen en la cosa pública por medios que llamaré psicológicos e indirectos”.²⁹ Mansilla aprueba la participación indirecta de las mujeres en la vida pública, sin embargo, condena la emancipación. Aun así, utiliza el término “emancipación” dentro de un contexto positivo, algunos párrafos más adelante:

Reporters femeninos, son los que describen con amor el color de los trajes de las damas, su corte, sus bellezas, sus misterios, sus defectos; y a fe que lo hacen concienzuda y científicamente. Los *yankees* desdeñan, y con razón, ese reportismo que tiene por tema encajes y sedas; hallan sin duda la tarea poco varonil. Es una lástima que en los demás países no suceda otro tanto. En ello, además, las mujeres tienen un medio honrado intelectual para ganar su vida: y se emancipan así de la cruel servidumbre de la aguja, servidumbre terrible desde la invención de las máquinas de coser.³⁰

Mansilla considera que la emancipación de la mujer de clase media se traduce en términos de trabajo intelectual que se circunscribe a los “temas de interés femeninos”, en especial, el periodismo. La palabra “servidumbre” tiene una connotación negativa en el pasaje anteriormente citado, sin embargo, en la mayor parte del texto, la connotación es positiva para quienes

²⁷ Siempre que Mansilla escribe sobre las mujeres estadounidenses, insiste en su naturaleza blanca, natural, o bien, fruto del uso de cosméticos: “En ninguna parte existe mayor variedad de blanco de perla, blanco de lirio, blanco de cisne, blanco de Venus, y de cuantos blancos puedan ocurrir a la imaginación fertilísima de un químico poeta, que en el drug store de los Estados Unidos.” *Ibid.*, p. 122.

²⁸ Mansilla, *Recuerdos*, 1980, p. 114.

²⁹ *Ibid.*, p. 114.

³⁰ *Ibid.*, p. 115.

son servidos; aquellos que gozan del privilegio de contar con servidumbre para hacerles la vida más fácil y placentera. Mansilla no confía en ninguna forma de emancipación que implique una reforma política, ya sea la emancipación de las mujeres o los negros. El control de la natalidad y el aborto se presentan, en su relato de viaje, como hechos aberrantes, y por esta razón no sorprende que, por pudor, prefiera no tratar esos asuntos y remita a sus lectores a que consulten un libro escrito por un obstetra, en caso de que estuvieran interesados en el tema:

Como a mí me repugna por demás tratar esta cuestión, de una importancia vital, empero, para todas las sociedades, recomiendo al lector que guste de profundizarla, las obras del doctor T. Gaillard Thomas, célebre profesor de Nueva York, especialista de obstetricia, sumamente interiorizado en las costumbres de la sociedad *yankee*. Yo prefiero pasearme tranquilamente por la Quinta Avenida, esa espléndida calle de mansiones de mármol blanco, que parece pertenecer a ciudades de las *Mil y una noches*.³¹

Quizás esta última declaración sea la que mejor expresa la ideología de Eduarda Mansilla en *Recuerdos de viaje*. Su huida de los problemas que ella misma considera “de una importancia vital” a un mundo fantástico de lujos, definido por la blancura y frialdad del mármol, nos revela su postura como escritora de viajes. El relato de Mansilla nos seduce porque su lectura es fluida y su tono, informal, liviano y despreocupado. Sin embargo, bajo un encanto superficial se esconde una estructura compleja que deriva de los discursos más reaccionarios de la época, los que vuelven cosas naturales el poder, la discriminación, el racismo y la xenofobia.

³¹ *Ibid.*, p. 138.

4. INTERLUDIO EN LA FRONTERA: *ACROSS PATAGONIA*, DE LADY FLORENCE DIXIE

A lo largo del siglo XIX, algunos autores argentinos recurrieron a los relatos de los viajeros europeos para crear su propia versión de cómo era y cómo debía ser Argentina. La mirada británica, reescrita en español por escritores criollos, funcionó como un espejo poco confiable de la realidad argentina que, no obstante, los criollos utilizaron con objeto de crear un proyecto nacional destinado a la elite letrada. Para la época en que se llevó a cabo la Campaña del Desierto (1879-1880), Argentina ya había comenzado a “aparecer en el mapa”, por así decirlo, gracias a diversos relatos publicados en revistas, diarios de viajeros y relatos de viajes, tanto europeos como estadounidenses. El hecho de que el gobierno fomentara la inversión extranjera alentaba a toda clase de emprendedores extranjeros: mineros, empresarios, inversores, ganaderos. La disponibilidad de tierras y las posibilidades económicas que permitían a un europeo medianamente inteligente hacerse rico de un día a otro era incentivo suficiente para los visitantes. Esas experiencias proporcionaban bastante material para escribir informes dirigidos a la institución que había subvencionado el viaje, al empleador, a la familia, a la “posteridad”. Los hombres contaban el resultado que había tenido la visita: se habían hecho ricos, habían explorado las posibilidades económicas. La pregunta que la mayoría de los escritores de relatos de viajes se hacía era: “¿Puede llegar a hacerse rico aquí un europeo promedio?” La respuesta, en la mayoría de los casos, era “sí”.

En esa época no se publicaban muchos relatos de viajes sobre Argentina escritos por mujeres. Gran parte de los relatos de viajes sobre Argentina tenían un objetivo relativamente práctico que era el de abrir la zona a la explotación capitalista y este tipo de temas estaba reservado a los hombres.

Los relatos de viajes escritos por mujeres europeas en general trataban sobre África o sobre el “Oriente” (el norte de África, para las francesas; India, para las inglesas). Florence Dixie, la autora a quien está dedicado este capítulo, adquirió notoriedad en el ambiente literario de Gran Bretaña por sus relatos de viajes sobre Sudáfrica y su apasionada defensa de los zulúes. Antes de aventurarse a Sudáfrica, Dixie había viajado a la Patagonia, una región que ocupaba un lugar prominente en la literatura de relatos de viajes, en gran parte gracias a los aportes de Charles Darwin y de Thomas Graham. A diferencia de esos autores, Dixie no era ni exploradora ni científica ni empresaria. Era una turista en busca de distracción y divertimento.

DINNERTIME EN LA PATAGONIA

But whatever country one is in, whatever scenes one may be among—in one’s own cosy snuggerly in England, or in the bleak steppes of Patagonia— there is a peculiar sameness in the feeling that comes over one towards the hours of evening, and which inevitably calls up the thought. It must be getting near dinner-time.¹

Florence Dixie, *Across Patagonia*

“Una *lady* viajó a la Patagonia...”, así comenzaba un artículo que apareció en la publicación argentina *La Bandera Liberal*, en 1881, dos años después de terminada la Campaña del Desierto y un año después del viaje de *lady* Florence Dixie a la Patagonia. Dixie tenía 23 años, pertenecía a la aristocracia inglesa y había viajado a la Patagonia para huir del aburrimiento de su vida londinense. Era un viaje de placer en el que la sensibilidad política de la autora se despierta ante la población indígena, pues encuentra aspectos más positivos en las costumbres indígenas que en las victorianas. La cita que abre este apartado es muy significativa: lo que Dixie señala es una similitud entre su vida cotidiana de Inglaterra y en la Patagonia, una vida estructurada a través de ritos coordinados por un ejército de sirvientes y cocineros. En la obra de Dixie toda la narración es autorreferencial, en tanto protagonista,

¹ “Pero esté donde uno esté, cualquiera sea el país o la escena que lo rodee a uno —en la calidez y el confort del hogar en Inglaterra, o en la inhóspita estepa de la Patagonia— hay una cierta similitud en la sensación que uno tiene al anochecer, y que, inevitablemente, evoca el siguiente pensamiento: debe ser la hora de la cena.” Dixie, *Across*, 1881.

ojo-que-mira y sujeto que experimenta y se abre la posibilidad de vislumbrar la alteridad.

Nacida en 1857, criada en parte en Inglaterra y en parte en Francia, Dixie se casó en 1875 cuando ya había publicado su poesía. Su libro *A través de la Patagonia*, publicado en Nueva York en 1881, proporciona un material interesante para ser comparado el discurso hegemónico en los relatos de viajes de la época. Con la ilustración de un perro en la carátula, la humilde dedicatoria al príncipe de Gales (sin ninguna alusión a las posibilidades económicas de la región, tan característica en la época), el relato de Dixie sobre sus “aventuras en una tierra inexplorada y virgen” es, desde el principio, anómalo.

Me quiero hacer eco de la afirmación de Inderpal Grewal: “I take it as a given that various imperial, racist, and gendered narratives were art of the lives of all women who lived in England, and that these affected participation in Victorian imperial culture.”²

El aporte de Dixie al género de relatos de viajes en general, y a los relatos sobre la Patagonia en particular, está marcado por algunos elementos imperiales, racistas y sexistas de estas narrativas, al mismo tiempo que resiste otros. En *A través de la Patagonia* existe otro discurso, diferente del discurso hegemónico masculino sobre la conquista, el saqueo y la extinción. Dixie cuestiona el modo de describir la región, establecido por Darwin. Los hombres que escribieron relatos de viajes se mencionan y se citan entre sí, y comparten las ideas que tienen sobre la región. Dixie no cita a ninguno de ellos, con lo cual niega la autoridad y cuestiona el estatus hegemónico de estos personajes. Mi lectura de *A través de la Patagonia* indaga el modo en que Dixie se apropia de las convenciones de esta tradición y al mismo tiempo las desafía. La ubicación del relato es la frontera, un espacio que no está presentado por ella como un lugar peligroso, sino como un escenario paradisiaco donde las relaciones entre hombres y mujeres son fructíferas y armónicas.

Los espacios imaginarios coloniales se describían metafóricamente en fantasías eróticas masculinas: penetración, violación, mujeres indígenas desnudas y disponibles. La metáfora del esquema imperial se materializa en un acto de penetración y subyugación; poblaciones enteras reciben el mismo trato de las mujeres sobre cuyos cuerpos se lee y se escribe. A las

² “Considero que varios de los textos con elementos imperiales, racistas y sexistas formaban parte de la vida de todas las mujeres que vivían en Inglaterra y que dichos textos afectaron la forma en que las mujeres participaron en la cultura imperial victoriana.” Grewal, *Home*, 1996, p. 9.

mujeres escritoras les resulta difícil incorporar el vocabulario que utiliza el hombre en el relato de viajes tradicional, donde la mujer es una metáfora y un objeto, no un sujeto hablante. Los relatos de viajes sobre la Patagonia escritos por hombres siempre describían la región como si fuera una mujer, haciendo hincapié en lo vacío y lo estéril y enfatizando las posibilidades de penetración y fertilización. En un tono que toma prestado de esa forma narrativa tradicional, Dixie comienza su relato usando el tropo de la penetración, luego de aclarar que su viaje fue emprendido a raíz del desagrado que le causaba “la artificialidad de la experiencia moderna”, sumado a la ventaja que le proporcionaba la Patagonia para estar

safe from the persecutions of fevers, friends, savage tribes, obnoxious animals, telegrams, letters, and every other nuisance you are elsewhere liable to be exposed to. To these attractions was added the thought, always alluring to an active mind, that there too *I should be able to penetrate into vast wilds, virgin as yet to the foot of man.* Scenes of infinite beauty and grandeur might be lying hidden in the silent solitude of the mountains which bound the barren plains of the pampas, into whose mysterious recesses no one as yet had ever ventured. And *I was the first to behold them?*—an egotistical pleasure, it is true; but the idea had a great charm for me, as it had for many others.³

Si la mirada occidental ha sido teorizada como masculina, pocos discursos proporcionan tantos ejemplos de la determinación de la mirada como la narrativa de viajes. En estas narrativas, la mirada no es sólo masculina, sino también blanca y europea. Según Raymond Williams, toda descripción de un paisaje o ambiente se construye dentro del eje establecido por el ojo-que-ve y por lo que se ve. Las narrativas de viajes de fines del siglo XIX eliminan al ojo-que-ve de la descripción de lo visto. La descripción recurre a elementos que la convierten en objetiva y, por ende, generalizable y útil para fines científicos y/o mercantilistas. Los relatos de Dixie subvierten la convención de la mirada objetiva masculina y ubican la mirada del que

³ “A salvo de la persecución de fiebres, amigos, tribus salvajes, animales repugnantes, telegramas, cartas, y cualquier tipo de incordio al que uno pudiera llegar a estar expuesto en cualquier otro lugar. Además de todas estas cuestiones, puedo agregar la idea, siempre atrayente para una mente activa, que *yo también podría penetrar en terrenos vírgenes de presencia humana.* Encontraría escenas de infinita belleza y grandeza escondidas en la silenciosa soledad de las montañas que rodean las infértiles planicies de las pampas. Y *¿sería yo la primera en observarlos?* Un placer egotista, lo sé; sin embargo, la idea me atraía enormemente, así como había atraído a tantos otros.” Dixie, *Aross*, 1881, p. 3.

describe dentro de la descripción de lo que se mira, y, de ese modo, logran convertir los objetos más privilegiados de esa mirada –los indígenas y las mujeres– en sujetos.

La intervención de Dixie en el género y su diferente perspectiva es muy clara en las ilustraciones que acompañan el texto. Estas ilustraciones fueron hechas por Julius Beerbohm, un ingeniero que viajó con la comitiva de Dixie como guía y que ya había publicado un libro sobre la Patagonia llamado *Wanderings in Patagonia (Vagando por la Patagonia)*. Una comparación entre las ilustraciones que Beerbohm realizó para su propio libro y las que dibujó a pedido de Dixie para el libro de ella, ponen en evidencia las diferencias contrastantes entre las perspectivas sobre el viajar y la subjetividad europea en el viaje.

El contraste más interesante es el de las dos ilustraciones de una “toldería”. La toldería que aparece en el libro de Beerbohm (imagen p. 88) es el clásico cuadro de la época. Los indios no parecen percibir el ojo-que-ve, que los describe (ningún indígena está mirando a quien observa la ilustración), y todos están ocupados con sus actividades. La excesiva acumulación de actividades que desarrollan los indios simultáneamente podría indicar que el diseño cumple con una función ilustrativa de la vida cotidiana de los indios, incluso a expensas de la credibilidad y de la verosimilitud. En cambio, en la ilustración que aparece en el libro de Dixie (imagen p. 90), el suceso principal es la llegada de los extranjeros.

Según Mary Louise Pratt, la “escena de la llegada” es una escena típica en los relatos de viajes y un tropo en la “lengua de la conquista”.⁴ Los relatos de viajes de fines del siglo XIX hacen hincapié en la escena de llegada, aunque no la incorporan en las ilustraciones. En cambio, incluyen ilustraciones desde un lugar donde el ojo que describe no está. Una razón de esta ausencia podría ser el hecho de que la similitud visual que existe entre las ilustraciones de las escenas de conquista (por ejemplo, de la llegada de Colón a América) y las de la llegada del observador/científico es demasiado obvia, lo cual resulta más que perturbador para el científico del siglo XIX que se ve a sí mismo escribiendo en contra de la tradicional glorificación de la conquista.

En la imagen de la página 90, la mirada de los indios está puesta en Dixie y en sus compañeros de viaje. El foco más importante de la imagen

⁴ Pratt, “Scratches”, 1985, pp. 35-37.

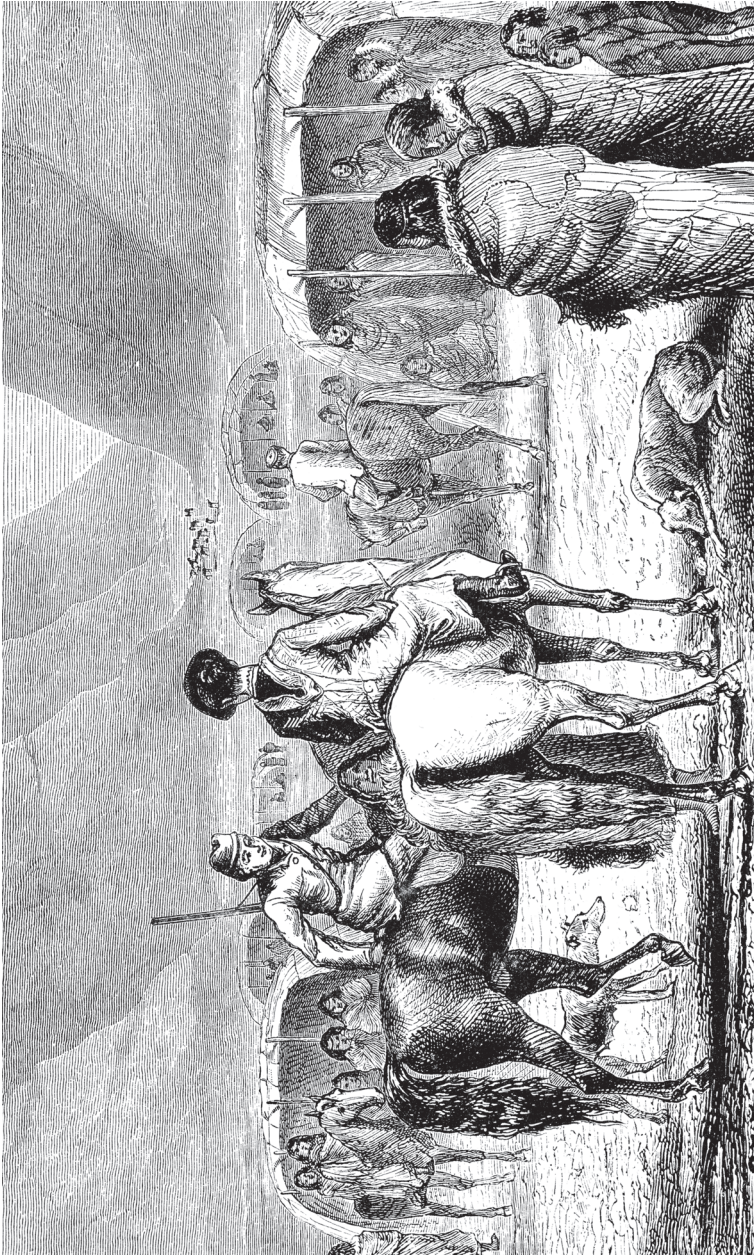


Julius Beerbohm, *An Indian Camp*.

se encuentra, sin embargo, en la mujer de la derecha que tiene a un bebé en sus brazos y nos está mirando fijo a *nosotros* (lectores, *voyeurs*, espectadores). La mirada ocupa un lugar privilegiado en el discurso imperial. La mirada garantiza credibilidad y autoridad. El viajero se reserva el privilegio de la mirada fija e inteligente y deja para el indio la mirada vacía o llena de pasión. En las ilustraciones gráficas, fotografías y dibujos, los ojos de los indígenas aparecen a menudo fuera de foco o mirando hacia otro lado.

¿Por qué nos mira esta mujer india? No sólo está rompiendo la regla de que los indios no deben devolver la mirada, sino que además mira con interés y curiosidad (atributos del hombre europeo). Este dibujo de Beerbohm representa la “curiosidad humana” recíproca a la “curiosidad humana” que traen Dixie y sus compañeros de viaje. Existen otros elementos interesantes en la imagen: la indígena aparece en la típica díada de madre e hijo, característica del arte occidental. Además, hay dos niños que la miran mientras ella mira hacia fuera, hacia nosotros, hasta cierto punto protegiendo y representando a toda la familia en este mirar y ser mirado. La representación de la mujer india en esta posición, característica de la díada conformada por la imagen de la virgen con el niño en los brazos, es una excepción en la iconografía de la época y rompe con la dicotomía de la mujer “buena” y “mala”. En este dibujo, la india —generalmente asociada al deseo y a la pasión— aparece en la representación más privilegiada para la mujer en la cultura occidental. En la ilustración que aparece en el libro de Beerbohm, el europeo no aparece y el dibujo intenta describirlo “otro” y lo ilustra apelando al exotismo. La artificialidad de la escena, de lo que se ve, aparece claramente cuando el observador intenta codificar la multiplicidad de actividades que se desarrollan al mismo tiempo. Es evidente que alguien tuvo que armar esta escena con posterioridad a su desarrollo (y que esto es un montaje preparado especialmente para el espectador británico).⁵ Existe una abrumadora simultaneidad de actividades que se corresponde más con la vida del Londres industrial que con la Patagonia, especialmente por cuanto lo que Beerbohm representa, a excepción de algunos casos (el hombre con las boleadoras en el extremo derecho; el joven corriendo a su lado, sin ningún propósito específico; en el fondo, el hombre galopando inexplicablemente detrás de los caballos), son diversas formas de indolencia que el ilustrador atribuye a los indígenas. Las re-

⁵ Otras ilustraciones típicas del género muestran distintas actividades en distintas ilustraciones. El observador europeo siempre está ausente. Véanse, por ejemplo, las ilustraciones en “Trois ans de captivité chez les Patagons”, de Auguste Guinnard, en *Le Tour du Monde*, 1856, pp. 241-268.



Julius Beerbohm, *Indian Camp*.

laciones interpersonales se dan solamente de a dos, y los indios, que en la narrativa aparecen agrupados en actividades comunitarias, aquí parecen sufrir una extraña cosificación. La falta de conexión y la falta de unidad en la comunidad indígena nos recuerda los términos que generalmente se utilizan para describir las lenguas indígenas: “gruñido”, “gutural”, “contrariada”. Lo que se muestra aquí es un microcosmos de seres inarticulados que no se comunican entre sí. El lector de la época probablemente haya relacionado esa falta de propósito en las actividades y holgazanería con la inminente desaparición de los indios. James Clifford describe esta técnica de “codificación ‘pastoral’” como “una incesante colocación del otro en un presente que se convierte en pasado. [...] Las sociedades indígenas ‘primitivas’, analfabetas, subdesarrolladas ceden constantemente ante el progreso, ‘pierden’ su propia tradición”.⁶

Una notable característica en Dixie, por la que se destaca entre sus pares, es que cuando se describe como espectadora a ella también la observan, la miran, la definen. Su primer encuentro con un “verdadero indio patagónico” está marcado por miradas mutuas y por el hecho de que tanto los indios como los europeos están montando a caballo, es decir, se encuentran al mismo nivel físico:

We reined in our horses when he got close to us, to have a good look at him, and he doing the same, for a few minutes we stared at him to our hearts' content, receiving in return as minute and careful a scrutiny from him. Whatever he may have thought of us, we thought him a singularly unprepossessing object, and, for the sake of his race, we hoped an unfavorable specimen of it.⁷

Esta descripción es típica de Dixie en varios aspectos, particularmente en la combinación de un discurso reaccionario de lo otro que privilegia la pureza racial (el énfasis en el indio pura sangre: “verdadero indio patagónico”) y las descripciones despectivas, todo esto aunado al reconocimiento transgresor de las diferencias mutuas y de la reciprocidad, donde el europeo también es “objeto de la mirada”. En la imagen también hay una gran presencia de la mirada, siendo los ejemplos más importantes la mujer de

⁶ Clifford y Marcus, *Writing*, 1986, pp. 114-115.

⁷ “Detuvimos los caballos para poder observarlo de cerca; él hizo lo mismo y la situación se prolongó por varios minutos. No sabemos qué habrá pensado de nosotros; por nuestra parte, pensamos que era un objeto poco atractivo, y por el bien de su raza tuvimos la esperanza de que no fuera representativo de ella.” *Ibid.*, p. 63.

la derecha que mira hacia fuera, y el intercambio de miradas entre el/la indígena (me resulta difícil determinar si se trata de un hombre o de una mujer) y Dixie. Ciertamente existe una diferencia cuando Dixie mira hacia abajo, desde su caballo, mientras que la indígena debe mirar hacia arriba. No obstante, el hecho de que exista una mirada mutua es significativo, ya que este elemento generalmente no aparece en el género y, además, incluye tanto al narrador/observador como a la persona narrada/observada.⁸ El capítulo en que Dixie describe la visita a la toldería es muy llamativo por su ruptura con la convención del género de relatos de viajes, tanto en lo que ella escribe como en lo que muestra la ilustración. El primer “indio patagónico verdadero” se retira y los europeos nuevamente son observados —esta vez por varios indios a caballo, desde el filo de una montaña— antes de que puedan devolver la mirada. Recién después de estas dos escenas, Dixie aborda el tropo de la escena de la llegada: los indios miran con “curiosidad holgazana” y los europeos responden con “observación serena”; la distribución de azúcar entre los niños indios; el intercambio de azúcar por carne; la inspección de las botas y las pulseras de Dixie por parte de los indios; la inspección mutua. Dixie también interpola descripciones físicas de los indios y compara la imagen previa que ella tenía de ellos con la impresión que tuvo al conocerlos.

Curiosamente, Dixie no hace referencia a ninguna fuente que haya influido en su lectura y mirada de los indios patagónicos. Esta falta de referencia llama particularmente la atención, ya que una de las importantes características del género consistía en ser muy versado en narraciones del lugar y en mantener un diálogo fluido con viajeros que habían visitado la región. Dixie sólo cita a Beerbohm. Éste, en cambio, cita a autores canónicos como Musters y Darwin. A pesar de esa falta de fuentes, Dixie muestra desde el principio el conocimiento de las representaciones míticas de la región, y el texto se puede comprender mejor a partir de sus semejanzas y sus diferencias con el texto de Beerbohm. *Wanderings* es el único libro que Dixie cita. Si bien Beerbohm es un compañero de expedición, su punto de vista difiere en gran medida del de Dixie. Él es un ingeniero en una expedición de reconocimiento; ella, en cambio, es una aristócrata “por el momento, cansada de la civilización y de todo lo que la rodea” que emprende este viaje para esca-

⁸ Gayatri Spivak observa que “una técnica básica para representar al subalterno como tal (de cualquier sexo) es como objeto de la mirada ‘desde arriba’”. Spivak, “Literary”, 1987, p. 264.

par de la “artificialidad trivial de la vida moderna”⁹ El libro de Dixie entrelaza de una manera fascinante lo hegemónico con lo no hegemónico. Por ejemplo, la actitud de la escritora hacia los sirvientes ingleses es tremendamente crítica y se corresponde con su pertenencia de clase. “We only took one servant with us, knowing that English servants inevitably prove a nuisance and hindrance in expeditions of the kind, when a great deal of ‘roughing it’ has to be gone through, as they have an unpleasant knack of falling ill at inopportune moments.”¹⁰

Sin embargo, Dixie no cae en la idealización o en la infantilización del indio que tanto caracteriza el trabajo de la mayoría de los escritores de la época. Ella dedica más espacio a la mujer que al hombre. Es más, su descripción de las mujeres indígenas es muy diferente –y mucho más tolerante de la diferencia– que cualquier otra descripción de la época.

La forma en que Dixie entrelaza la narrativa con información general sobre los indios es extraordinaria. La autora subordina las generalizaciones a la narrativa, y el uso del “presente etnográfico” (en términos de Johannes Fabian) está destinado a ciertos ámbitos que, por lo general, no aparecen en los relatos de viajes masculinos (matrimonio, relaciones de pareja, cuidado de los niños). Sin duda, Dixie obtuvo gran parte de la información de fondo de Beerbohm, pero al reescribirla, su interpretación hace que esa información difiera mucho de la de él. Si bien el texto revela la relación entre el ojo-que-ve, la descripción y la interpretación, Dixie elige no mencionar las fuentes que desafían las ideas predominantes. Este capítulo también se puede considerar como un ejemplo de una mujer que escribe desde lo marginal: en lugar de abordar temas típicamente “masculinos”, como los medios de producción y la organización económica del indio (con un guiño al lector que indica que los indios podrían utilizarse como fuentes de información o como mano de obra barata), la escritora se encarga de temas “femeninos” (habla sobre el hogar y la familia, no aparece la idea de la “aplicación práctica”). En la descripción de los indios tehuelches, Dixie incorpora características que los escritores habían negado a las indias de la Patagonia (laboriosidad, belleza, calidez, felicidad conyugal) y, de este modo, hace una comparación implícita entre las condiciones de vida de la mujer

⁹ Dixie, *Across*, 1881, p. 2.

¹⁰ “Llevamos solamente un sirviente, ya que los sirvientes ingleses resultan ser un incordio y un obstáculo en este tipo de expediciones, donde hay que soportar muchas incomodidades, y siempre se están enfermando en los momentos más inoportunos.” *Ibid.*, pp. 3-4.

británica y las condiciones de los grupos más “primitivos”. Esta comparación tal vez puede tomarse como precursora del trabajo de las antropólogas feministas de la “segunda ola”, que han venido utilizando los trabajos de campo para extraer conclusiones sobre los papeles masculinos y femeninos. Dixie no hace en ningún momento referencia explícita alguna a la razón por la que describe a las mujeres:

But it is only men who are cursed or blessed with this indolent spirit. The women are indefatigably industrious. All the work of Tehuelche existence is done by them except hunting. When not employed in ordinary household work they busy themselves in making guanaco capas, weaving gay-coloured garters and fillets for the hair, working silver ornaments, and so forth. Not one of their least arduous tasks is that of collecting firewood, which, always a scarce article, becomes doubly hard to find, except by going distances, when they camp long in one place. But though treated thus unfairly as regards the division of labour, the women can by no means complain of want of devotion to them on the part of the men. Marriages are matters of great solemnity with them, and the tie is strictly kept. Husband and wife show great affection for one another, and both agree in extravagant love of their offspring, which they pet and spoil to their heart's content.¹¹

El “pero” inicial en cada oración indica un contraste entre las ideas de Dixie y las de los otros autores que habían escrito sobre la región.¹² También hace referencia a la “vida cotidiana”. La comparación implícita entre la vida victoriana y la vida “primitiva” es asombrosa. Tomando este contraste como elemento principal, se podría leer el texto de la siguiente manera: la mujer trabaja el doble, porque no sólo trabaja para la comunidad en el sistema de

¹¹ “Pero solamente los hombres están maldecidos o bendecidos por este espíritu indolente. Las mujeres son trabajadoras incansables. Excepto la caza, todo el trabajo de los campamentos tehuelches es realizado por ellas. Cuando no están ocupadas en el trabajo ordinario de la casa, hacen capas de guanaco, tejen jarreteras y cintas multicolores para el pelo y moldean herramientas y utensilios de plata. Una de las labores más difíciles para ellas es conseguir leña, lo que se vuelve aún más dificultoso cuando acampan mucho tiempo en el mismo lugar. Aunque son tratadas injustamente en cuestiones de trabajo, las mujeres no pueden quejarse de ninguna manera de la devoción que les muestran sus hombres. Los matrimonios son ocasiones sumamente solemnes y el lazo matrimonial es muy respetado. Marido y mujer se muestran mucho afecto en público, y hacen exageradas demostraciones de amor a sus hijos, a quienes miman y malcrian por demás.” *Ibid.*, pp. 68-69.

¹² Incluso la utilización de términos como “esposos” y “matrimonio” es extraña. La mayoría de los escritores de relatos de viajes se refieren a este tipo de relación entre los indios como “macho y hembra” o “compañeros salvajes”.

producción, sino también trabaja en la casa; la mujer india al menos tiene como compensación un buen matrimonio (“el lazo matrimonial es muy respetado”, en comparación con las infidelidades británicas) y la posibilidad de mimar y malcriar a los hijos (comparado con la mano de obra infantil entre la clase trabajadora y la crianza estricta de la burguesía aristocrática, la idea de que los niños debían ser “vistos, pero no oídos”). Los elementos que incluyo en esta lectura eran materia de debate en la Gran Bretaña de la época, especialmente entre grupos feministas y reformistas.¹³ El trabajo asalariado de la mujer en Londres y en los centros urbanos industriales del norte se asemejaba al trabajo de las tehuelches (coser y tejer). La infidelidad masculina en Gran Bretaña, presente en todas las clases sociales, era el tema implícito en el debate por el control de la prostitución y la legislación de enfermedades venéreas. La observación que hace Dixie sobre la forma de criar a los niños es el único aspecto de la descripción que resulta un tanto ambiguo respecto a la moral, de ahí la elección de términos con una connotación negativa como “exagerado” y “malcriar”, incluso si los compensa con “cariño” y “amor”. Sin embargo, el resultado de esta crianza, con “exageradas demostraciones de amor”, no son niños malcriados. Dixie observa que los niños tehuelches se comportan extraordinariamente bien, y dedica el fragmento más pastoral de todos —que analizaré a continuación— a tres niños tehuelches.

Lo que sigue ejemplifica la tensión existente en un discurso que, si bien intenta huir de las restricciones hegemónicas, vuelve a ellas una y otra vez. Del plural “hombres” y “mujeres”, Dixie vuelve a “el tehuelche” y a utilizar el género masculino en contextos cuyos referentes es claro que no son solamente hombres. Dentro de este contexto, Dixie se hace eco de prejuicios típicos sobre los indios:

The most prominent characteristic of the Tehuelche is *his* easy-going good humour, for whereas most aboriginal races incline to silence and saturnine gravity, *he* is all smiles and chatter. The other good qualities of the race are fast disappearing under the influence of “aquadiente” [*sic*], to the use of which *they* are getting more and more addicted, and soon, it is to be feared, they will become nothing more than a pack of impoverished, dirty, thieving ragamuffins.¹⁴

¹³ Véase Newton, Ryan y Walkowicz, *Sex*, 1983.

¹⁴ “La característica más prominente *del* tehuelche es su buena disposición y buen humor, ya que si bien la mayoría de las razas aborígenes tienden a tener una actitud callada y taciturna, *el*

La resistencia de Dixie al discurso predominante es claramente problemática, pues no se concentra ni en un intento de reforma social ni en la creación de alternativas, sino en una clase de resistencia bastante escapistas: la creación de espacios utópicos. Al igual que William Henry Hudson, otro escritor sobre la Patagonia, Dixie hace una descripción utópica de esta región, que es básicamente un análisis de los problemas predominantes en Gran Bretaña (como el crimen relacionado con el abuso de bebidas alcohólicas descrito en el fragmento citado), y la invención de un espacio para el autodescubrimiento y la autorreflexión. Los problemas con esta utilización de lo “otro” son innumerables: este uso del espacio del “otro”, ya sea como autorreflexión o con fines metafóricos, parecería ser un elemento común a todos los discursos colonialistas. Mientras otros relatos contemporáneos, como *Días de ocio en la Patagonia*, de Hudson,¹⁵ veían que el “progreso” era inevitable, Dixie lo borra completamente de sus descripciones y dedica sus habilidades descriptivas a recalcar la “normalidad” de la vida del indio —y de la vida natural—, si se mantenía lejos de la intervención europea. Esta habilidad descriptiva se ve muy bien lograda en la escena donde describe a tres jóvenes dentro de un toldo:

At one of the tents we saw two remarkably clean and pretty girls, who were engaged on some kind of sewing work; and beside them —probably making love to one (or both)— stood an equally good-looking youth, who struck me by the peculiar neatness of his dress, and his general “tiré à quatre épingles” appearance. His hair was brushed and combed, and carefully parted —a *bright red silk handkerchief* keeping its glossy locks in due subjection. His handsome *guanaco capa* was new, and brilliantly painted on the outside, and being half opened, displayed a clean white chiripá, fastened at the waist by a silver belt of *curious workmanship*. A pair of neatly fitting horse-hide boots encased his feet, reaching up to the knees, where they were secured by a pair of *gay-coloured garters*, possibly the gift of one of the *fair maidens* at his side.¹⁶

tehuélche es todo sonrisas y cháchara. Las otras buenas cualidades de la raza están desapareciendo rápidamente ante la influencia de la ‘aquadiente’ [*sic*], de la cual se están haciendo cada vez más adictos, y pronto, lamentablemente, los tehuélches se convertirán en una manga de sinvergüenzas empobrecidos, sucios y ladrones.” Dixie, *Across*, 1881, p. 121.

¹⁵ Hudson, *Idle*, 1917.

¹⁶ En uno de los toldos vimos a dos preciosas jovencitas, muy pulcras, realizando algún tipo de tarea de costura; junto a ellas —probablemente cortejando a una de ellas (o a las dos)— se encon-

¿Por qué insiste Dixie en hacer una descripción de felicidad espiritual que, a excepción de algunos elementos que ubican la escena en un campamento indígena que parecen casi superimpuestos sobre el texto, parece haber salido de una novela de Thomas Hardy? Una vez más, lo que más me llama la atención en esta descripción es la capacidad de Dixie para representar lo otro como familiar. Pero, al elegir un tono pastoril, Dixie sitúa a los personajes en un tiempo pasado irrecuperable. Al igual que Hardy, la autora narra de un modo fatalista un presente que se convierte en pasado. La idea de Hardy de que “si un verdadero artista llora alguna vez, probablemente sea en el momento en el que descubre el precio que tiene que pagar por el privilegio de escribir en la lengua inglesa” también es válida para Dixie. La restricción de la lengua imperial y de los tropos literarios de escribir sobre el “otro” son, para ella, infranqueables. Pero, al contrario de Hardy, Dixie no es consciente de esa restricción. El libro termina con un comentario bastante trivial: “Taking it all in all, it was a very happy time, and a time on whose like I would gladly look again.”¹⁷

Este final trivial es bastante problemático, teniendo en cuenta la masacre que se estaba llevando a cabo en esa época. La visita de Dixie a la Patagonia tuvo lugar durante la Campaña del Desierto conducida por el general Julio Argentino Roca, la cual fue ampliamente comentada y aclamada por la prensa argentina y por las publicaciones geográficas europeas donde muchos escritores de relatos de viajes publicaron sus primeros trabajos. Mediante la omisión de todas las referencias a las campañas militares, Dixie crea, con mucho detalle, un espacio discursivo donde los indios pueden vivir, pero no les otorga un lugar histórico o geográfico verdadero donde puedan seguir viviendo. Sus descripciones románticas sobre la vida indígena no hacen otra cosa que garantizarle un lugar donde pueda escribir sobre sí misma.

traba un muchacho también muy buen mozo, quien me llamó mucho la atención dada la extrema pulcritud de su vestimenta y por su aspecto ‘tiré à quatre épingles’. Tenía el pelo cepillado y peinado, y una raya al medio bien prolija; un *pañuelo rojo de seda* le mantenía los mechones brillantes bien controlados. La hermosa *capa de guanaco* que tenía puesta era nueva y estaba pintada magistralmente por afuera. La capa estaba entreabierta y dejaba ver un chiripá blanco y limpio, ajustado a la cintura por un cinturón de plata *trabajado minuciosamente*. Tenía los pies prolijamente enfundados en unas botas de piel de caballo que le llegaban hasta la rodilla, donde las sostenían un par de *ligas de colores brillantes*, probablemente regalo de una de las *hermosas doncellas* que estaban ahí.” *Ibid.*, pp. 71-72.

¹⁷ “En líneas generales, puedo decir que fue un periodo muy feliz, y una época sobre la cual siempre tendré buenos recuerdos.” *Ibid.*, p. 251.

5. VIAJAR/ENSEÑAR/ESCRIBIR:
IN DISTANT CLIMES AND OTHER YEARS,
DE JENNIE HOWARD

Hacia fines del siglo XIX, las mujeres que viajaban solas a Argentina ya estaban advertidas de que corrían el riesgo de ser raptadas y obligadas a prostituirse. En el exterior se organizaron importantes campañas para poner fin a la trata de blancas. Si bien estas campañas no dieron buenos resultados, sirvieron para alertar a europeos y estadounidenses sobre el peligro que el país representaba para las jóvenes incautas. Donna Guy ha observado que las campañas contra la trata de blancas estaban teñidas de racismo por parte de los europeos, quienes se horrorizaban con sólo pensar que las mujeres europeas blancas tuvieran relaciones sexuales con hombres de otras razas. La prostitución legalizada en Argentina y las campañas en contra de la legalización, tanto en el país como en el exterior, sacaron a la luz las contradicciones intrínsecas en la construcción del nacionalismo en Argentina y en las construcciones de identidades europeas en las zonas de contacto: por un lado, el nacionalismo argentino siempre se percibía como amenazado por la interferencia extranjera; por el otro, el nacionalismo de los distintos países europeos corría el riesgo de ser contaminado por etnias “no blancas”.

Uno de los argumentos más enfáticos de Guy, en su análisis de la prostitución, es que el número de prostitutas extranjeras era ínfimo, comparado con el de las prostitutas oriundas de Argentina, y que el gran interés por controlar a las prostitutas y a los proxenetas extranjeros tenía otras motivaciones como, por ejemplo, la xenofobia que se originó como consecuencia de la inmigración masiva. El debate sobre la prostitución de la mujer derivó en un debate más amplio sobre el trabajo de la mujer en general y sobre las trabajadoras de origen extranjero. Las autoridades en los asuntos de la mujer eran las señoras de la Sociedad de Beneficencia, institución dedicada a obras

de caridad que había organizado Bernardino Rivadavia en 1823 y que, a partir de la unificación nacional, había acrecentado su poder e influencia. En un país que se estaba modernizando a gran velocidad, estas mujeres representaban la confluencia de los valores asociados al pasado colonial hispánico: se oponían a que la mujer trabajara y desconfiaban de los extranjeros. Sus áreas más fuertes –la educación y la salud de mujeres y niñas– les otorgaban un poder extraordinario sobre la vida de los habitantes, tanto de los nacidos en el país como en el exterior. Es interesante observar que la posición de poder que ostentaban estas mujeres apenas se vio afectada con la llegada de las prostitutas y, en cambio, se modificó drásticamente cuando llegaron esas otras mujeres que viajaban solas: las maestras normalistas de Estados Unidos.

En el prólogo a su libro *Motherteacher: The Feminization of American Education*, Redding S. Sugg establece una correlación entre la docencia y la prostitución como profesiones reservadas para las mujeres: “The first profession opened to women consisted of the sale of sexual love and was called prostitution; the second, an initiative of nineteenth-century Americans, was a traffic of maternal love and was called pedagogy.”¹

En esta cita se amplía el campo de discusión con el planteamiento de temas de gran relevancia sobre la medida que tomó Domingo Faustino Sarmiento de importar maestras para educar al país y sobre la definición del perfil de las maestras, en particular, y de las mujeres que trabajaban, en general. Sugg explica que la formación de escuelas normales en Estados Unidos requería un cambio de rumbo radical en la concepción de la educación y en las prácticas educativas diarias: cuando la mayoría de los docentes eran hombres, el castigo físico era parte integral de la educación; en cambio, cuando la escuela normal incorporó mujeres a la educación de adolescentes varones, se produjo una reforma en las prácticas pedagógicas que repudiaba el castigo físico y ponía énfasis en lo afectivo, lo que Sugg denomina “un tráfico de amor maternal”. Este modelo, que Sarmiento trasplantó a Argentina, le dio al sistema de educación la estructura de una familia: el administrador-paterfamilias era un hombre; la maestra, en contacto diario con los niños, era una mujer, y los padres patriarcales que encabezaban toda esta estructura eran “los padres de la educación”, es decir, Horace Mann,

¹ “La primera profesión que surgió para las mujeres consistía en la venta de amor sexual y se llamó prostitución; la segunda, una iniciativa de los estadounidenses del siglo XIX, fue el tráfico de amor maternal y se la denominó pedagogía.” Sugg, *Motherteacher*, 1978, p. 7.

en Estados Unidos, y Sarmiento, en Argentina. Sarmiento utiliza un gran número de metáforas de género cuando describe su programa para educar al país con maestras estadounidenses: “Está pues el terreno preparado para sembrar la semilla, la buena semilla que traen las maestras. Desde allí él extenderá sus ramas por toda la república y San Juan será por segunda vez el precursor de la nueva doctrina. En mi viaje he sentido, palpado, que la educación será en el ánimo del pueblo y que la tierra, el espíritu, serán igualmente cultivados.”²

Este fragmento desarrolla aún más el modo en que Sarmiento percibe la tierra en *Facundo*, donde establece una relación entre el paisaje y la población, y advierte que la ausencia de un analista social itinerante dificulta la posibilidad de prescribir el “remedio eficaz” para combatir el mal que aqueja al país; un “remedio” que sirva para disipar las dudas y superar las limitaciones del país en el contexto de lo que la nación necesita de acuerdo con su geografía. En la carta a Mary Mann, Sarmiento reconoce las ventajas que obtuvo hacia el final de su exilio: ahora puede recorrer el país, indagar, examinar sus señales y dar con el “remedio indicado” para curar los males de la nación: la educación. Sarmiento confía plenamente en lo que percibe, interpreta las señales y advierte que la tierra está lista para la siembra. Los agricultores –los maestros estadounidenses– se parecen mucho a los trabajadores rurales con quienes Sarmiento anhelaba contar para “cultivar la tierra”, en el sentido literal –no metafórico– de la frase, es decir, hombres blancos de origen anglosajón.³ Lo inusual de esta metáfora agrícola es que la siembra está a cargo de mujeres, “las maestras”. Además de mujeres, Sarmiento también contrató a hombres, pero deja bien en claro su postura cuando elige utilizar el sustantivo femenino “maestras”: su proyecto de educación estaría en manos de mujeres, parcialmente masculinizadas por la tarea profesional que desempeñaban y desprovistas del catolicismo que predominaba entre las mujeres argentinas de clase alta que integraban la Sociedad de Beneficencia, quienes aún conservaban un firme control sobre la educación. El hecho de que Sarmiento previera que su proyecto educativo redundaría en una cosecha provechosa de millones de maestras debe de haber resultado intolerable para las damas de la Sociedad de Beneficencia, que veían cómo el dominio

² Carta de Sarmiento a Mary Mann del 15 de febrero de 1870. Sarmiento, *Educación*, 1915.

³ Se puede argumentar que Sarmiento pudo haberse ahorrado muchos problemas si hubiera seleccionado maestras católicas en lugar de protestantes. Sólo había muy pocas maestras católicas en el grupo de docentes convocadas por Sarmiento, y varias de ellas terminaron trabajando para señoras de la clase alta con quienes Sarmiento tanto discrepaba.

que ejercían sobre las mentes de las jóvenes, hasta entonces indiscutible, se les escurría entre los dedos.

Con un sistema educativo despojado de religiosidad, Sarmiento pretendía atraer al país a los inmigrantes anglosajones, a quienes consideraba fundamentales para la construcción de la Argentina moderna. El viaje al que se refiere en la cita anterior, lo llevó a Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos. Sarmiento dedica gran parte de la carta a Mary Mann a describir las colonias suizas y alemanas en esas provincias, donde, según él, la gente estaba feliz y tenía dinero. Este manifiesto minúsculo que proclamaba la educación universal y laica está expresado en términos evangélicos: “el terreno preparado para sembrar la semilla”, “la buena semilla”, “el precursor de la nueva doctrina”. Todo el espíritu de este párrafo evoca imágenes religiosas, y Sarmiento asume el papel de un profeta moderno: un profeta del laicismo.

LAS MAESTRAS

Jennie Howard fue una de esas “agricultoras”. Ella jamás regresó a Estados Unidos y, como muchas otras de sus colegas y la mayoría de las prostitutas extranjeras, hizo de Argentina su hogar. Howard es la única de las tres mujeres sobre las que escribo en esta parte de mi análisis que le da prioridad a su profesión de maestra; la única que viaja por motivos profesionales y que se comporta de un modo absolutamente plebeyo, tanto en el desempeño de su trabajo como en sus escritos. La posición que ocupa en su propia sociedad y dentro de la sociedad argentina depende enteramente de su aptitud como docente, profesión para la cual se capacitó y que se convirtió en la razón de su vida. Howard no pretende escribir de manera personal, sino en representación de todo un grupo de hombres y, principalmente, de mujeres que, como ella, llevaban adelante los proyectos educativos de Sarmiento. En total, 65 maestras estadounidenses se encargaron de fundar o reorganizar 18 escuelas normales en el país, entre los años de 1869 y 1898. Aproximadamente un tercio de ellas se establecieron definitivamente en Argentina y continuaron enseñando tanto en escuelas públicas como en privadas.

En 1842, durante su exilio en Chile, Sarmiento creó una escuela normal, apenas dos años después de que Horace Mann fundara la primera escuela normal en Estados Unidos. En su libro *La educación popular*, publicado en 1849, Sarmiento propugnaba la ley de educación laica y universal. En los primeros años de la década de 1850, durante un prolongado viaje a

Estados Unidos, Sarmiento visitó escuelas, recolectó libros y materiales, y se entrevistó con educadores y maestros. Sarmiento ya había decidido que las escuelas argentinas seguirían el modelo de las estadounidenses. Lo que aún debía elegir era el sistema de educación específico y conseguir el potencial humano para llevarlo a la práctica. En cuanto al modelo, se inclinó por el de Chicago; en lo que respecta a los docentes, eligió mujeres. La razón por la que se elegían mujeres, tal como se lo había hecho notar Mann, era que a las mujeres se les pagaba un salario ínfimo comparado con el que recibían los hombres. Además, Sarmiento tenía en mente otros requisitos: para él, el tipo de maestra ideal debía ajustarse a la siguiente descripción: “The girls must be normal-trained, with considerable teaching experience. They must have irreproachable morals and manners. They must come from good families. They must be young and good-looking if possible.”⁴

Es evidente que el proyecto de Sarmiento compartía muchos de los elementos contenidos en el plan de educación de las mujeres de la élite, aunque, de hecho, se presentó como una contrapropuesta a éste. Las elites coincidían en que se debía poner énfasis en el aspecto físico y la moral de las “muchachas”; sin embargo, la diferencia radicaba en que, para las damas de la élite, esas cualidades provenían de la religión católica, mientras que para Sarmiento eran parte integral de la educación que recibían las maestras; una educación basada en la ética puritana del trabajo y en la ideología puritana de Nueva Inglaterra del comportamiento desapasionado, al que me referiré más adelante.

Tras varios comienzos fallidos e innumerables complicaciones, de las que Sarmiento se ocupó en persona, finalmente las maestras comenzaron a llegar y a ocupar sus cargos en las escuelas normales de todo el país. Se convocó a algunos maestros para dirigir colegios de varones, pero la gran mayoría de los docentes eran mujeres jóvenes que provenían de la costa este y de la región central de Estados Unidos. Jennie Howard era de Boston, una de las dos bostonianas que, de acuerdo con Alice Luiggi, fastidiaron a sus compatriotas en el largo viaje con sus diatribas sobre la superioridad académica de su ciudad de origen. Jennie Howard había estudiado en la Framingham Normal School y la vida que llevaba antes de emigrar a Argentina no era diferente de la de muchas otras maestras. Al quedar huérfana luego

⁴ “Las muchachas deben tener capacitación normalista y una experiencia considerable en la docencia. Deben tener una moral irreproachable y buenos modales. Deben provenir de buenas familias. Deben ser jóvenes y, en lo posible, bonitas.” Luiggi, *Sixty-five*, 1965, pp. 17-18.

de que su padre perdió toda su fortuna, Jennie se vio obligada a buscar los medios para costearle los estudios universitarios a su hermano, así como para mantener a su hermana y sustentarse a sí misma.

Cuando Howard llegó a Argentina, ya tenía 38 años y una vasta experiencia como maestra. Junto con otra bostoniana —Edith Howe— organizó la Escuela Normal de Señoritas de Corrientes. Continuó con la Escuela Normal de Córdoba y el colegio mixto de San Nicolás. Cuando se jubiló, era profesora de metodología, y el ministro de Educación, Juan Ramón Fernández, le otorgó una pensión especial.

“LOS CLIMAS DISTANTES”, DE HOWARD

El título que eligió Howard para su libro, *In Distant Climes and Other Years*, tiene claras conexiones con el título del libro *Far Away and Long Ago* (*Allá lejos y hace tiempo*) de William Henry Hudson, un compatriota de Howard y el escritor expatriado de mayor prestigio en Argentina. La ubicación deíctica desde la cual Hudson y Howard escriben es, sin embargo, muy distinta: Hudson escribe en Inglaterra, a una edad adulta, acerca del lugar donde pasó su infancia; Howard toma distancia de Argentina (“en climas distantes”), que es el país desde donde escribe su libro (¿son sus memorias? ¿Es un libro de viajes?). Para la época en que escribe su libro, Howard ya había pasado más de la mitad de su vida en Argentina y, aun así, elige escribir desde la perspectiva de una extranjera. El lugar que eligió para vivir su vida todavía le resulta ajeno. A pesar del progreso notable que se produjo en el país, Argentina sigue siendo una tierra habitada por gente para nada confiable que habla “jibberish” (*sic*) (una jerigonza).

Howard comienza su libro con un recurso convencional utilizado en la literatura de viajes: narra su llegada al país en el contexto histórico de la época, teniendo en cuenta lo que sus compatriotas estadounidenses sabían sobre Argentina:

In the United States forty-six years ago, a geographical knowledge of the Argentine Republic even among teachers, was confined mostly to the ancient name of Patagonia, seen on the maps of South America in the geographies of that time with the strange name of Buenos Aires, pronounced by them “Bonus Aires” stretching across the center of it, and to pictures in the same books of long lines of bullock carts crossing interminable plains. But so far away

seemed these distant, mythical lands, and so little information was aroused as to where these bullock carts were going or from whence they came.⁵

Esta descripción mítica y romántica del país no se parece en absoluto a las propias descripciones de Howard: ella no posee una visión romántica de la región y casi nunca encuentra algo hermoso que destacar. Por el contrario, su descripción señala el fin del orden imperante en las extensas pampas surcadas por carretas. Lo que ella ve es la decadencia y la barbarie del país, y su mayor logro es su propia participación en la tarea de terminar con esa barbarie a través de los esfuerzos civilizadores de la educación. A diferencia de Dixie y de Beck-Bernard, Howard no dedica ni un solo párrafo a describir a los indios o a los gauchos. Se identifica completamente con el proyecto de Sarmiento y considera que la educación es la herramienta que impulsará a Argentina hacia la modernización y la rescatará de la posición que ocupa como sitio “mítico” y “distante” (es decir, salvaje, bárbaro). En este proceso de modernización, las poblaciones indígenas no tenían cabida, y Howard no les dedica ni siquiera un comentario despectivo. En cambio, sí se ocupa de describir extensamente los insectos que se interponen en el camino de la civilización, a tal punto que devoran volúmenes enteros de novelas de Dickens.

No sorprende que, estando tan identificada con el capitalismo y la modernización, considere a Charles Dickens como su mentor literario. Camino a Buenos Aires —relata Howard— las maestras se detuvieron en “delightful London with its historical associations known to them only through books,” donde visitaron “some of the haunts of Dickens”.⁶ Howard capta, pondera y comparte la admiración de Dickens (y no su desprecio) por la modernidad, y su estilo literario imita el de Dickens. El capítulo 14 es el que mejor ilustra esta tendencia, cuando Howard narra, en tono triunfal, el cambio que se produjo en Argentina en los últimos 30 años. La autora

⁵ “Hace 46 años, el conocimiento geográfico que en los Estados Unidos de América se tenía de la república argentina, aun entre los maestros, se limitaba principalmente al antiguo nombre de la Patagonia. Éste aparecía verticalmente en los mapas de América del Sur de los libros de geografía de la época, atravesado por el extraño nombre de Buenos Aires, que ellos pronunciaban ‘Bonus Airs’. La otra referencia con que se contaba eran las ilustraciones que había en esos mismos libros, de largas filas de carretas que cruzaban planicies interminables. Tan distantes parecían esas remotas y fabulosas tierras y tan escasa la información que se podía conseguir respecto de ellas, que poco interesaba saber hacia dónde iban esas carretas o de qué lugar procedían.” Howard, *Distant*, 1931, p. 23.

⁶ “La encantadora Londres, con sus lugares históricos que sólo conocían a través de los libros”, donde visitaron “algunos de los lugares que frecuentaba Dickens”. *Ibid.*, p. 25.

recurre a una prosa ágil para elogiar a la nueva Argentina (en especial, a la nueva Buenos Aires), llena de grandes tiendas comerciales, con medios de transporte, modernos y rápidos, bulliciosa y activa. Celebra el hecho de que esta transformación haya traído aparejado un cambio en las costumbres, especialmente en el estilo de vida de las mujeres. A pesar de este cambio, que ella denomina un despertar al estilo de “Rip van Winkle”, no compara a Buenos Aires con Londres, sino con “gay Paris” (la “alegre París”). Se percibe aquí una contradicción intrínseca en el discurso de Howard: al negarse a equiparar Buenos Aires con Londres, la autora se aferra firmemente a la creencia de que el Londres que retratan los libros de Dickens coexiste con el Londres de la cultura, con el Londres del precapitalismo. Buenos Aires no alcanza el nivel de Londres, porque el nuevo orden no tiene un orden glorioso en el pasado con el cual coexistir:

The men in general dedicate themselves wholly to business and to the pleasures of life, and are materialists, neglecting the higher questions of soul and spirit; and lofty ideas have little attraction for them. Argentina has given birth to a poet now and then or a writer of spiritual thought, but they do not seem to have succeeded in impressing their standards upon the masses. In many literary and artistic societies, the spirit of materialism reigns as it also does in great educational institutions.⁷

LA MAESTRA Y EL DESAPASIONAMIENTO

Se podría decir que la mayor proeza de Jennie Howard es su capacidad de escribir un libro autobiográfico en el que se utilice una sola vez la primera persona que denote la presencia explícita de un “yo”. La narrativa de Howard tiene la característica de “borrar” a la autora/narradora, excepto en el único caso en que el texto expresa su nivel máximo de racismo y prejuicio. La única vez que Howard utiliza un pronombre de primera persona del singular es para expresar sus prejuicios, que, por alguna razón, considera que

⁷ “Los hombres, en general, se dedican por entero a los negocios y a los placeres de la vida; son materialistas, no se interesan por las inquietudes más elevadas del espíritu y del alma; no les atraen demasiado los pensamientos elevados. Argentina fue cuna de algún que otro poeta o escritor con pensamiento espiritual; sin embargo, parece que no han dejado huella en las masas. En muchas sociedades literarias y artísticas reina el espíritu materialista, como también ocurre en las grandes instituciones educacionales.” *Ibid.*, p. 119.

son más suyos que cualquiera de las experiencias y sentimientos que haya tenido en Argentina:

In general, the Argentine teachers are lacking in the matter of discipline and punctuality, and it is more difficult for the Latin race to speak the truth, *I am inclined to think*, than it is for others. They also put off 'til tomorrow all things that can, would, or should be done today, so there were deeply grounded faults to be eradicated in the young teacher's training which will still take some generations to eradicate.⁸

Mientras, por su lado, Beck-Bernard omite la existencia de un esposo, y en menor grado, de los hijos, la prosa de Jennie Howard silencia la propia voz que la engendró. Por consiguiente, narra su experiencia como si fuera un hecho común y generalizado. Para evitar escribir en primera persona, la autora se vale de una prosa recargada de todo tipo de construcciones pasivas e impersonales, además de la tercera persona del plural, en frases nominales como “las maestras” y “las maestras estadounidenses”. En el capítulo titulado “American Teachers Make Dreams, Realities”.⁹ Howard narra su propia experiencia camino a la ciudad de Paraná (donde asumió su primer cargo): “Once fairly settled, they set about absorbing as much of the Spanish language as possible in four months. The days were dedicated to hard study, visiting the Normal School frequently to accustom the ear to the sound of Spanish, and having two teachers, one for grammar and one for conversation.”¹⁰

En ocasiones, su estilo se torna pesado, por la insistencia en mantener el tono impersonal y general. Cuando habla sobre ella misma, por ejemplo, dice “one of the American teachers had the great honor and pleasure of being received in the home of the general Mitre”.¹¹ Al borrar la presencia de los otros, también se excluye a sí misma. Ninguno de los personajes de

⁸ “En general, las maestras argentinas no tienen un buen manejo de la disciplina y la puntualidad, y *yo me* inclino a pensar que es más difícil decir la verdad para la raza latina que para otras razas. También dejan para mañana todo lo que podrían o deberían hacer hoy, de modo que había serias fallas de base que debían ser erradicadas en la etapa de entrenamiento de las jóvenes maestras, y llevará algunas generaciones poder erradicarlas.” *Ibid.*, p. 82.

⁹ “Las maestras estadounidenses convierten los sueños en realidades.”

¹⁰ “Una vez establecidas, se dedicaron a aprender al máximo el idioma español, en cuatro meses. Dedicaban sus días a estudiar arduamente; visitaban la Escuela Normal con frecuencia para acostumbrar sus oídos al sonido del español y tenían dos profesores, uno de gramática y otro de conversación.” *Ibid.*, p. 40.

¹¹ “Una de las maestras estadounidenses tuvo el gran honor y el placer de ser recibida en la casa del general Mitre.” *Ibid.*, p. 97.

su narración tiene nombre, excepto los grandes “héroes” masculinos, como Sarmiento, Mann y Mitre. Las maestras salen del anonimato recién en el último capítulo, donde se las enumera y agrupa en diferentes categorías.

Se podría aducir que esta omisión de sí misma es parte de la educación en las escuelas normales; las maestras –tanto las estadounidenses como sus discípulas argentinas– debían construir una dualidad compleja de sus vidas pública y privada. La narrativa de Howard transfiere el rasgo pedagógico distintivo a su propia escritura y, probablemente, también a la esfera de su vida personal. Debe ocultar, incluso, sus malestares físicos. El modo en que ella misma se presenta está completamente desprovisto de sentimientos; es una profesional, una viajera con una misión que cumplir. La condición impersonal de la maestra, como profesional, es lo que va a protegerla de los peligros de ser contaminada por el mundo exterior.¹²

En el discurso de Jennie Howard subyace la ideología del desapasionamiento. Nancy F. Cott indica que esta ideología, predominante en Nueva Inglaterra desde fines del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX, se extendió entre las mujeres de clase media y les permitió emprender tareas profesionales más allá de sus familias y decidir qué dimensión tendría el grupo familiar y cuál sería su estructura. De acuerdo con Cott:

The ideology of passionlessness, conceived as self-preservation and social advancement for women, created its own contradictions: on the one hand, by exaggerating sexual propriety so far as to immobilize women and, on the other, by allowing claims of women’s moral influence to obfuscate the need for other sources of power. The assertion of moral integrity within passionlessness had allowed women to retrieve their identity from sexual vulnerability and dependence.¹³

¹² Se consideraba peligroso que las mujeres trabajaran fuera del hogar, incluso bien entrado el siglo XX. A las mujeres que trabajaban fuera de sus casas se las veía casi con el mismo recelo que a las prostitutas, cuya actividad también se definía como “sexo fuera del matrimonio”.

¹³ “La ideología del desapasionamiento, concebida como el modo que tenían las mujeres de autopreservarse y avanzar socialmente, creó sus propias contradicciones: por una parte, se exageraba el decoro sexual al punto de inmovilizar a las mujeres, y por otra parte, los reclamos de la influencia moral de las mujeres ocultaban la necesidad de buscar otras fuentes de poder. La afirmación de la integridad moral en el marco del comportamiento desapasionado permitió que las mujeres recuperaran su identidad y dejaran de ser sexualmente vulnerables y dependientes.” Cott, “Passionlessness”, 1978, p. 236.

El artículo de Cott resalta la función instrumental del protestantismo en la formación de esta ideología, al describir a la mujer como un ser más espiritual que el hombre, en la medida en que renuncie a su sexualidad. Esta nueva perspectiva en la manera de ver a las mujeres hizo posible la reforma educativa que se llevó a cabo a mediados del siglo XVIII en Estados Unidos y, tiempo después, propició la importación de maestras estadounidenses a Argentina. Es aquí donde estas mujeres, a quienes Sarmiento describe como poseedoras de “una moral irreprochable”, encuentran oposición, especialmente por parte de los grupos católicos tradicionales que no admitían otras fuentes de moralidad que no fueran las que provenían de la Iglesia católica. A su vez, las maestras tenían la obligación de educar a sus alumnas en esta ideología del desapasionamiento, considerada como el elemento esencial para lograr una educación exitosa que les permitiría emanciparse del hogar paterno y les garantizaría la independencia económica.

LA FAMILIA

El texto establece una relación filial entre Sarmiento, las maestras y los estudiantes. A Sarmiento se lo veía como “el padre de la educación argentina”, una imagen que, para la década de 1930, cuando se publicó el libro de Howard, ya estaba muy difundida. Pero veamos de qué otra manera lo describe la autora: “Perhaps those who may read these chronicles, while passing by this statue thinking of the splendid heroic figure for which it stands, may give a thought to the band of self-sacrificing American women who answered his call and followed his lead into his own far land, and ably seconded and made practical his enthusiasm.”¹⁴

Howard se refiere a la estatua de Sarmiento ubicada en Boston (su Boston natal). Si en este extracto reemplazáramos la frase “el grupo de abnegadas mujeres” por la misma frase en singular, “la abnegada mujer”, nos remitiría indudablemente a “su esposa”. La alusión a las maestras como un grupo de esposas que siguen a Sarmiento y llevan sus planes a la práctica es notable: después de todo, es Howard quien declara que la primera maestra

¹⁴ “Quizá, quienes lean estas crónicas, cuando pasen por su monumento y piensen en la grandiosa figura heroica que representa, puedan detenerse a recordar a ese grupo de abnegadas mujeres estadounidenses que respondieron a su llamado y lo siguieron hasta su lejana patria, y lo secundaron con gran aptitud, llevando a la práctica su entusiasmo.” Howard, *Distant*, 1931, p. 42.

que viajó a Argentina y regresó a Estados Unidos para reclutar más docentes irradiaba un “brillo inconmensurable” e inspirador; una gravidez simbólica. La estructura familiar de las instituciones educativas y la ideología subyacente del desapasionamiento habrían de perdurar en el siglo xx, pasando de generación en generación a los hombres y, en especial, a las mujeres de las escuelas normales.

El texto de Jennie Howard sobre sus experiencias personales recién se publicó en 1931, pero, en lo que respecta a sus experiencias, es una precursora de las mujeres escritoras a las que me refiero en la tercera parte de este libro. Howard es una profesional, una mujer soltera que viaja sola con un proyecto personal que trasciende el matrimonio y la maternidad. La función que cumple como empleada del gobierno la coloca en una posición privilegiada en el país adonde llega, sin tener conocimientos previos respecto de su idiosincrasia o su idioma.¹⁵ El tipo de subjetividad femenina que despliega en su escritura fue una de las piedras angulares de la educación de las mujeres a principios del siglo xx. El compromiso de la elite liberal con la educación de las mujeres garantizaría, eventualmente, la inclusión de millones de mujeres inmigrantes en la cultura letrada.

¹⁵ En realidad, no sabemos con certeza si esto es así, ya que Howard nunca se refiere específicamente a su situación personal, sino a las de las maestras estadounidenses en general.

PARTE III

IDENTIDADES EN TRANSICIÓN (1900-1930)

6. VIAJERA/INSTITUTRIZ/EXPATRIADA: *STELLA*, DE EMMA DE LA BARRA

En la escritora gentil hay una “brava” ciudadana.
Prólogo a *Stella*, por Edmundo D’Amicis

En 1905, la novela *Stella*, que publicó Emma de la Barra con el seudónimo de César Duayen, se convirtió en el primer *best seller* argentino. La protagonista de la novela es Alejandra Fussel, hija de una mujer perteneciente a la elite argentina y de un científico noruego. Después de la muerte de su padre, Alejandra (o Alex, como se la llama en la novela) viaja a Argentina con su hermana menor, Stella, una joven inválida a quien Alex crió después de la muerte de su madre. Las hermanas cumplen la voluntad del padre y se van a vivir a la casa del tío materno y su familia. Alex, que es una joven inteligente y educada, se convierte en la institutriz de sus primos y despierta sentimientos encontrados de admiración y envidia. Aunque varios hombres exitosos la pretenden, Alex se enamora del hermano de su tía, llamado Máximo Quirós, un heredero de fortuna que pasa su vida viajando. La pareja de enamorados llega a concretar su unión sólo después de que Máximo asume responsabilidades cívicas en la tarea de construir la nación.

En *Stella*, Emma de la Barra dedica tiempo y espacio a asuntos relacionados con debates sobre género y civismo en el país. Aunque la novela está narrada desde el punto de vista de una tercera persona omnisciente, el lector se ve estimulado a simpatizar con Alex y a compartir con ella la crítica profunda que descarga contra la vida de la clase alta de Buenos Aires. El blanco principal de su censura es la ignorancia que se cierne sobre las mujeres de la elite. De la Barra establece una distinción entre educación e instrucción y, a diferencia del resto de las mujeres de la novela, Alex, la protagonista, posee tanto el conocimiento de su padre, un científico europeo, como la moral y los principios religiosos de su madre, de nacionalidad argentina. Alex es una

mestiza cultural¹ y por esta razón es, a la vez, local y visitante en la cultura argentina. En su calidad de mujer educada e “instruida” es ella quien promueve el cambio. Los hombres que se enamoran de Alex son conscientes de que, para merecerla, deben superarse como hombres (y como ciudadanos).

La autora parece señalar que es sumamente difícil sintetizar lo europeo y lo autóctono como lo hace Alex. De hecho, la acción de viajar, por sí sola, no contribuye a lograr esta combinación, ya que sólo conduce a “esa instrucción superficial de los que han viajado mucho”.² A Ana María, la madre de Alex, se la retrata como una mujer que nunca sacó provecho de los conocimientos que su esposo, y Europa, le ofrecían. Su ignorancia se ve atenuada por su fervor religioso. Alex adopta la religiosidad de su madre, pero descarta su incultura. Su identidad es la combinación de las identidades de sus padres, y el viaje a Argentina representa la realización de los deseos de sus progenitores de que sus hijas regresaran al país de la familia materna, voluntad que su padre dejó por escrito, y su madre pronunció antes de morir.

Alex cierra el círculo del exilio de su madre: el texto explica que la mamá siempre añoraba volver, pero fueron sus hijas quienes regresaron a Buenos Aires; Stella regresó para morir, Alex para vivir. El primer viaje de la protagonista a Argentina se completa con la muerte de su hermana; en el segundo viaje, Alex viaja de Noruega (donde había trabajado como maestra) hacia la estancia, para trasladar los restos de su hermana a Europa, pero el viaje queda inconcluso porque se une a Máximo, quien, para ese entonces, se había convertido en un ciudadano responsable. El texto no revela cómo evoluciona esta historia de amor. La novela concluye cuando Alex visita el sanatorio para niños indigentes que Máximo construyó en honor a Stella y que abrirá sus puertas sólo si Alex aceptaba dirigirlo.

El viaje es un tropo recurrente en la novela: Máximo y Alex son viajeros expertos que, además de viajar, escriben. Ella recopila el trabajo inédito de su padre, para publicarlo como un tratado científico. Antes de conocer a Alex, Máximo es un viajero libertino de quien abundan referencias en la literatura argentina de la época. Alex, en cambio, viaja con su padre para estudiar y aprender. Si bien su escritura le brota del corazón, no es un relato sentimental, sino de naturaleza científica y didáctica; su objetivo fundamental es honrar a su padre y dejar constancia de su voz: “Mi trabajo es material

¹ Se presenta a Alex como miembro de otra raza: se describe el altercado con sus primos como “conflicto sin salida, porque se establecía entre personas que, siendo de la misma sangre, no eran de la misma raza”. Barra, *Stella*, 1985, p. 161.

² *Ibid.*, p. 96.

únicamente; interpreto lo que tan sólo Él podía concebir... Enhebro sus perlas de Oriente en el miserable hilo de que yo dispongo.”³

La fascinación de la protagonista por la autoridad patriarcal impregna toda la novela y también se manifiesta de otras maneras: se presenta a Argentina como un país carente de la autoridad moral de una figura paterna, y Máximo aparece como un candidato indicado para Alex recién cuando utiliza su dinero en beneficio de los necesitados y hace uso de su posición de privilegio y de su educación para convertirse en “el jefe y guía de la numerosa y selecta agrupación que ayudaba con desinterés y patriotismo a su país, en la evolución que él muchos años antes profetizara”.⁴

La preocupación por la autoridad, la educación y la identidad nacional que organizan la narrativa en *Stella* indican el espíritu de la época. La crisis que Alex advierte refleja una transformación mayor en la nación, a la que Máximo se refiere en estos términos:

Avanzamos por agregación y adopción, lo que nos va quitando todo lo nuestro. La nómina de los concurrentes a cualquier fiesta le dice a usted cómo nos eliminamos. Los nietos de las grandes familias, que no han sabido mantener el rango de sus ascendientes, se substituyen por los inmigrantes, enérgicos y luchadores pero sin alma nacional, con el patriotismo estrecho vinculado a la prosperidad material únicamente. De ahí la indiferencia que permite todos los abusos y las tiranías solapadas, y la relajación moral.⁵

De la Barra sugiere de un modo bastante ingenuo y ambivalente las actividades que los hombres deberían realizar; en cambio, cuando recomienda cómo mejorar la posición social, es sumamente categórica. Básicamente, las mujeres deberían parecerse a Alex: deberían ser educadas, instruidas, tener acceso a profesiones liberales, despreciar los lujos y el ocio. Deberían gozar de la libertad en la esfera pública y ser las reinas del hogar. Deberían ser como Alex: un compendio de los adelantos tecnológicos europeos y de las virtudes espirituales que existían en Argentina antes de la inmigración.⁶

³ *Ibid.*, p. 226.

⁴ *Ibid.*, p. 388.

⁵ *Ibid.*, p. 234.

⁶ No queda claro de dónde se supone que estas virtudes y valores provienen. Entre ellos se encuentran la moral cristiana, el principio del trabajo arduo y una visión romántica de la vida austera de campo.

Como pareja, Máximo y Alex simbolizan la posibilidad de un futuro auspicioso para el país. Ella, que representa lo mejor de la burguesía de Europa septentrional (la ciencia, la tecnología y el trabajo arduo) y lo mejor de la feminidad argentina (la religiosidad y la caridad), se casa con Máximo, quien, hacia el final de la novela, agrega las características de un buen ciudadano a las cualidades materiales con las que ya contaba, fundamentalmente, el dinero “heredado” y las tierras. En la figura de Alex se cierra el viaje a Europa que había iniciado su madre, ya que es Alex la que regresa a “una casa como en la que nació mamá”. El matrimonio con Máximo representa la característica endogámica de los terratenientes argentinos en su máxima expresión, pues ese enlace reúne a las mismas familias que la tía de Alex y su esposo habían unido en el pasado.

Stella surge del espíritu de la época, porque trata las problemáticas de esos tiempos con gran vehemencia y ofrece posibles soluciones. Dado que resultó un gran éxito editorial, *Stella* fue indudablemente el punto de partida para otros textos. En un estudio que abarca el periodo de 1917 a 1927 sobre la ficción periodística semanal –género que comparte muchas de las convenciones de la novela realista, como *Stella*– Beatriz Sarlo señaló:

la ficción y también la poesía no sólo se construyen con materiales ideológico-experienciales que, de algún modo, forman parte de un patrimonio común transformado estéticamente, sino que los textos mismos funcionan como formadores activos de fantasías sociales. Identificaciones morales y psicológicas se suscitan en el proceso de lectura y es posible pensar que tengan una permanencia más duradera que la del momento del consumo y el placer. Huellas de la literatura en sus lectores y también marcas de los lectores en la literatura.⁷

La principal contribución de *Stella* a la literatura argentina es haber incluido como protagonista a una mujer independiente, de gran fuerza de voluntad. La responsabilidad que asume Alex de registrar, por escrito, las palabras de su padre y llevar las finanzas de su familia adoptiva inaugura una era en que las mujeres de todas las clases sociales están presentes en la esfera pública. La novela de Emma de la Barra se ocupa, además, del debate candente sobre la viabilidad de la modernización en el país. El texto de De la Barra incluye un modelo de modernización que no se limita a impor-

⁷ Sarlo, *Imperio*, 1985, p. 23.

tar modelos europeos, sino que, además, los adapta al contexto del país. Los protagonistas, Máximo y Alex, encarnan al hombre y a la mujer modernos que pueden llevar a cabo este plan: un político y terrateniente ético y un ángel del hogar, educado y moderno; una mujer capaz de vivir por sus propios medios, pero tan virtuosa que utiliza toda su ciencia y sabiduría en el seno del hogar.

7. MUJERES SOLAS POR EL MUNDO

Para el escritor latinoamericano de fin de siglo, el viaje alrededor del mundo es símbolo de modernidad.

Sylvia Molloy, *At Face Value: Autobiographical Writing in Latin America*

Es el año 1910. Argentina se prepara para festejar los 100 años de la Revolución de Mayo y 100 años de independencia. Este festejo, que se conocería en Argentina como el “Año del Centenario”, le sirvió al país para evaluar el pasado, pensar el presente e imaginar el futuro. También sirvió como excusa para comparar los logros del país con los logros de sus pares europeos. Se organizó una larga serie de celebraciones para festejar el aniversario y para elogiar a la joven república y sus logros. La escena del Centenario estaba dominada por el espíritu internacionalista, cuyo objetivo era demostrar cómo Argentina podía interactuar de igual a igual con las naciones europeas y con Estados Unidos.¹

El Centenario no fue sólo una vidriera que mostró los logros de la república oligarca, sino también una ocasión en la que algunos problemas salieron a la luz. Gracias a la ideología positivista de la generación del ochenta, Argentina había progresado y se había expandido: había extendido el ferrocarril, había logrado una balanza comercial favorable y había construido un sistema educativo moderno. Argentina también había definido su territorio mediante campañas masivas que habían desplazado a la población indígena y se encontraba en el proceso de cambiar las características de la población, con el ingreso de miles de inmigrantes

¹ Una excepción al espíritu internacionalista de los festejos fue el Congreso Patriótico de Señoras presidido por Alvina Van Praet de Sala. Este congreso, organizado por miembros del Consejo Nacional de Mujeres, reunió ante todo a mujeres de clase alta pertenecientes a las familias tradicionales que participaban activamente en organizaciones de beneficencia. El discurso hegemónico del congreso era nacionalista y hacía amplias referencias al pasado hispánico, a los próceres de la independencia y a la necesidad de revitalizar los valores espirituales de la nación.

Europeos.² Las grietas del sistema (que logró perdurar hasta 1916, gracias a repetidas elecciones fraudulentas) emergían bajo la forma de malestar entre los trabajadores, huelgas e inestabilidad política. Un grupo de intelectuales interpretaba ese malestar como sintomático de una crisis de identidad y buscaba formas de resolverlo. Reunidos por la publicación *Ideas*, estos intelectuales buscaban reemplazar la ideología positivista, laica y cosmopolita de la época por una que devolviera a Argentina la riqueza del pasado hispánico. Dos de los miembros más activos del grupo, Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, pensaron en cómo “argentinar” a los niños inmigrantes y cómo hacer que una cultura típicamente argentina funcionara como lenguaje unificador que sirviera de vía de comunicación dentro de la nación.

Rojas (1882-1957) diseñó un programa para llevar a cabo lo que él llamó “la restauración nacionalista”. Consideraba que el problema espiritual de la nación, causado por la modernización y por la inmigración, podía resolverse con valores democráticos liberales que la educación pública debía imponer. Según Rojas, la escuela pública debía ser la iniciadora de este proceso de “restauración”, el cual debía producir una nueva síntesis histórica que incluyera a los inmigrantes y a sus hijos. Los intelectuales deberían crear una historia nacional y una literatura nacional que proporcionara los materiales mediante los cuales los inmigrantes fueran incluidos dentro de la identidad nacional. En este plan maestro, los inmigrantes debían abandonar su idiosincrasia y su cultura, para poder integrarse a la nación. Había que “fundar” una historia y una literatura argentina para proporcionar los contenidos curriculares canónicos.³ Durante la década de 1910, Rojas actuó como primer profesor titular de la cátedra Literatura Argentina en la Universidad de Buenos Aires y escribió la extensa *Historia de la literatura argentina*. En *La restauración nacionalista* (1909), Rojas también aconsejó la creación de una historia nacional y diseñó programas de estudios para la enseñanza de “ciencias sociales modernas” (historia, geografía, literatura, castellano,⁴ “moral cívica”) en los diferentes niveles de la educación. Para Rojas, que aún conservaba las categorías sarmientinas de civilización y barbarie, el

² Desde la mitad del siglo XIX hasta la mitad del siglo XX, Argentina fue el país que recibió el mayor impacto de inmigración europea. En 1910, la mitad de la población de Buenos Aires había nacido en el extranjero. Véanse *INDEC Población*, y Korn, *Buenos*, 1989.

³ Estoy haciendo referencia al uso que hace Carlos Altamirano del término “fundación”. Véase Altamirano, “Fundación”, 1983.

⁴ El uso del término “castellano”, en lugar de “español”, fue una decisión política. Véase Alonso, *Castellano*, 1938, para mayores detalles sobre el debate.

cambio tenía que ser espiritual y totalmente independiente de los modos de producción. La restauración podía lograrse en conjunción con el sistema económico impuesto por el gobierno liberal: “Pero esta restauración del propio pasado histórico debe hacerse para definir nuestra personalidad y vislumbrar su destino. Restaurar el ‘espíritu tradicional’, no significa, desde luego, restaurar sus ‘formas’ económicas o políticas o sociales, abolidas por el proceso implacable y lógico de la civilización.”⁵

Rojas, que no se oponía a la inmigración, creía que la educación pública era la institución fundamental para lograr la unificación nacional, y un elemento fundamental para la creación de una nueva síntesis dentro de una población cosmopolita culturalmente acriollada. A diferencia de Rojas, Manuel Gálvez (1882-1962) invirtió las categorías sarmientinas de civilización y barbarie: trasladó la barbarie a las ciudades y la civilización a las provincias, que eran el bastión del pasado hispano. Gálvez expone esta idea en *El diario de Gabriel Quiroga* (1910), una obra ambientada dentro del marco del Centenario. En *El diario*, un joven escritor, inspirado en Gálvez mismo, reflexiona sobre la crisis en el país causada por la inmigración. Buenos Aires y las provincias ricas del litoral —que, según Quiroga/Gálvez, son feas, libertinas y carentes de fisionomía propia— están corrompiendo al país. Las provincias del interior representan todo lo positivo, es decir, la espiritualidad, la religión, la desconfianza al extranjero: “Pero las provincias interiores, libres aún del desborde inmigratorio, ignoran las llagas que nutre con sus vicios la cosmopolita Buenos Aires, y precisamente de las provincias proceden los contados espíritus democráticos que mitigan, con sus prestigios, el descrédito moral de la hora presente.”⁶

Los 40 años de barbarie son reinterpretados por Quiroga/Gálvez como la rebelión “del espíritu americano contra el espíritu europeo”.⁷ En medio de los festejos (el libro termina el 25 de mayo de 1910), Quiroga toma distancia para señalar lo despreciable de la situación que se estaba viviendo y para ofrecer una posibilidad de reivindicación en el hispanismo, en el catolicismo y en el espiritualismo.

⁵ Rojas, *Restauración*, 1909, p. 235.

⁶ Gálvez, *Diario*, 1910, p. 109. Rojas y Gálvez eran del interior, al igual que la mayoría de los intelectuales de la “generación de las Ideas”. Véase Cárdenas y Payá, *Primer*, 1978, para un análisis acerca de la influencia de las familias y las provincias de origen sobre la construcción de la ideología de Rojas y Gálvez.

⁷ En la década de 1940, Gálvez profundizó aún más esa idea, con la reivindicación de Rosas y los caudillos.

Tanto en el trabajo de Rojas como en el de Gálvez, la figura de la mujer actúa como una importante metáfora de la crisis moral de la nación y de sus posibles soluciones. Rojas consideraba que era necesario crear una identidad cultural americana nueva, una amalgama de las tradiciones europeas y de las locales. Describía el proceso del nacimiento de esta nueva cultura con metáforas que contenían una carga de género muy marcada. La mujer era el instrumento de la nación, el lugar donde el hombre americano podía inscribir su propia historia.⁸

Gálvez indagó temas relacionados con la mujer en varios de sus trabajos. En su tesis *La trata de blancas* (1905) explora el tema de la prostitución, un aspecto que retomará en la ficción con *Nacha Regules* (1918).⁹ Gálvez habla sobre la escuela normal y el papel de la mujer en la educación en *La maestra normal* (1914). La protagonista de esta obra, que se desarrolla en La Rioja, es Raselda, una riojana sencilla que es seducida por un colega del litoral. Raselda queda embarazada, se hace un aborto ilegal, es separada de su cargo en la capital, y la envían a trabajar a una escuela rural. ¿Quién es el culpable de las desgracias de Raselda? Lejos de dejar que el lector saque sus propias conclusiones, Gálvez lo pone claramente en la voz de Raselda: “Aquella tarde que se confesara había comprendido que la religión era la única defensa contra el pecado. Ahora pensaba que si ella hubiera sido verdadera creyente se habría salvado. Pero en la escuela nunca le hablaron de Dios, y algunos profesores hasta le enseñaron a despreciar la religión.”¹⁰

La maestra normal engloba varios de los temas polémicos de la época, como la educación laica, la educación de la mujer, la decadencia moral del país. El hecho de que Gálvez haya elegido a dos mujeres como Nacha Regules y Raselda para describir los problemas de Argentina muestra claramente su ideología. Para Gálvez, la inestabilidad del papel de la mujer era un ejemplo (y tal vez la causa) de la inestabilidad en el país. La prostituta y la maestra normal “que dio el mal paso” representaban para Gálvez el surgimiento de ciertos elementos en una sociedad que había tratado con

⁸ Tomo el análisis de Masiello sobre *Eurindia*, de Rojas. Según Masiello, la representación de Rojas sobre la mujer “se remonta a los valores previos a la industrialización, a una época en que la mujer era considerada la protectora eterna y silenciosa de la virtud del estado. El cuerpo femenino, una inspiración y una recompensa para el hombre, funciona como vía de escape ante la amenaza de la modernidad”. Masiello, “Between”, 1992, pp. 140-141.

⁹ En el capítulo 5 hice un breve comentario sobre la problemática de la prostitución en la época.

¹⁰ Gálvez, *Maestra*, 1914, p. 227.

desdén los ideales y los valores. El interés de Gálvez en el tema del control espacial de la mujer también aparece en las escritoras que analizaré en este capítulo. Gálvez temía que determinados espacios sociales contribuyeran a la degeneración de la mujer. Emma de la Barra, Cecilia Grierson y Ada María Elflein, por otro lado, consideraban que el papel de la mujer como creadora de espacios propicios para el desarrollo de la mujer independiente era fundamental. No es raro que el campo de batalla donde luchan las dos ideologías sea el cuerpo de la mujer y cuatro espacios diferentes: el hogar burgués, el prostíbulo, la escuela normal y el paisaje controlado –aunque aún no modernizado– de las provincias cuyanas.

Los debates sobre valores, nacionalismo y educación enmarcan mi análisis sobre relatos de viajes y mujeres viajeras en este capítulo. Puesto que lo que constituía lo nacional debía ser definido en contraste con lo “otro” (que difería según quién estuviera hablando), el relato de viajes como género del encuentro con el “otro” continuaba siendo un territorio muy frecuentado por los hombres de la elite. En el periodo de 1900 a 1930, especialmente en el Año del Centenario, una gran cantidad de relatos de viajes sobre Argentina fueron escritos por extranjeros. Luego de la revolución rusa, los escritores argentinos de izquierda agregaron al corpus sus relatos de viajes sobre la Unión Soviética.

Durante ese mismo periodo, también floreció la literatura escrita por mujeres. Por un lado, gracias a una prosperidad económica general –que permitió la proliferación de manifestaciones culturales por parte de los hombres–, y por otro lado, gracias a las reformas en el sistema educativo de fines del siglo XIX –especialmente la implementación de la escuela normal–, que proporcionaron herramientas a las escritoras y generaron nuevos lectores. La escuela normal, instituida por Sarmiento, logró la educación y la formación profesional de cientos de mujeres de clase media-baja. Para 1910, alrededor de 70% del cuerpo docente era del sexo femenino. Muchas de las escritoras de la época, incluso Alfonsina Storni, eran maestras normales.¹¹ La mayoría de las mujeres que participaron en los movimientos feministas de principios de siglo también se habían formado en escuelas normales.¹²

¹¹ Alfonsina Storni tradujo la poesía de Delfina Bunge de Gálvez del francés al español y fue amiga de Bunge y de su esposo, Manuel Gálvez. Storni, al igual que Raselda, el personaje de Gálvez, tuvo un hijo fuera del matrimonio, y demostró cómo una mujer económicamente independiente podía superar problemas de ese tipo. A diferencia de Raselda, Storni no abortó, sino que tuvo a su hijo, lo crió y lo mantuvo.

¹² Véase Tedesco, *Educación*, 1986, cap. 8, para más información sobre el desarrollo de la escuela normal como una opción profesional. Para un análisis sobre los movimientos feministas de principios del siglo XX, véase Carlson, *Feminismo!*, 1988, caps. 4-7.

La mujer también obtuvo una movilidad mayor, gracias al ingreso masivo en el sistema laboral y a la modernización del país. Excepto entre las familias tradicionales más adineradas, la costumbre de que las mujeres fueran acompañadas por una “chaperona” estaba desapareciendo.¹³ La mujer inmigrante o hija de inmigrantes gozaba de una libertad de movimiento y de perspectivas educativas y laborales sin precedentes. Gina Lombroso Ferrero, una italiana que viajó a Argentina en 1907, escribió en su diario de viaje:

En Buenos Aires he conocido unas 40 doctoras que practican la medicina, cirugía, odontología, antropología y obstetricia. He presenciado una clase en la Academia de Medicina dictada por una mujer. También he visitado una escuela de masajes y enfermería fundada y dirigida por una mujer; y, en más de una ocasión, he escuchado discursos pronunciados públicamente por mujeres de gran prestigio.¹⁴

Dentro de este contexto, la mujer también comenzó a viajar cada vez más y a escribir sobre viajes. Cecilia Grierson y Julieta Lanteri, ambas maestras normales y médicas, viajaron a Europa para investigar sobre la educación y la salud de la mujer, respectivamente. El primer texto que analizo en este capítulo, *Educación técnica de la mujer*, de Grierson, es el resultado de su experiencia europea. Al igual que Jennie Howard, Grierson viajó bajo contrato y escribió el libro bajo pedido, inaugurando, así, en Argentina, la escritura profesional femenina de relatos de viajes. Ada María Elflein, maestra y escritora y periodista profesional, también escribió relatos de viajes bajo pedido. Su viaje al oeste de Argentina fue financiado por el diario *La Prensa*, donde se publicó el texto. Estas autoras buscaban desesperadamente respuestas satisfactorias a preguntas que ya se había hecho Emma de la Barra en *Stella*: ¿cómo puede Argentina como nación construir un discurso que incluya y excluya a grupos de personas que son o no son bienvenidos a la nación? ¿Qué tipo de educación se puede implantar para que este discurso

¹³ Victoria Ocampo es la escritora argentina que más ha escrito sobre este tema. Véase Ocampo, *Autobiografía*, 1991, partes 1, 2 y 3. La falta de movilidad para la mujer porteña que Ocampo describe detalladamente, parece estar determinada por la clase a la que pertenece. Quienes desarrollaron trabajos de investigación sobre la época hacen hincapié en la gran movilidad de la mujer de clase trabajadora y la mujer de clase media-baja de esa época. Véanse Korn, *Buenos*, 1989, caps. 3 y 5; Sarlo, *Imperio*, 1985, intr., y *Modernidad*, 1988, cap. 3.

¹⁴ Lombroso, *Soul*, 1923, p. 23.

predomine en la población? ¿Cuál es el papel de la mujer en este discurso y en el plan educativo para poder difundirlo?

A EUROPA IDA Y VUELTA: EL VIAJE PROFESIONAL DE CECILIA GRIERSON

John y William Parish Robertson, quienes visitaron Río de la Plata en la década de 1820 y escribieron uno de los más conocidos relatos de viajes sobre la región, obtuvieron de Bernardino Rivadavia una extensión de tierra para fundar la primera colonia escocesa de Argentina. Una de las primeras familias en establecerse en la colonia fue la de los abuelos de Cecilia Grierson, William y Katherine Grierson. El padre de Cecilia Grierson, llamado John Parish Robertson en honor al viajero, nació en la colonia, en 1827. Educado en Buenos Aires y en Gran Bretaña, John Parish Robertson Grierson se casó con una hija de inmigrantes irlandeses y se instaló en una estancia en Entre Ríos, donde nació su hija Cecilia.

La trayectoria de Cecilia Grierson es paradigmática de lo que la escuela normal podía dar a la mujer. Luego de la muerte de su padre, Cecilia trabajó primero como institutriz y después como maestra rural en Entre Ríos. Ingresó en la Escuela Normal de Buenos Aires a los quince años, se graduó a los 17, y mantuvo a su familia con el sueldo de maestra mientras estudiaba medicina. Grierson fue la primera médica argentina y una activa militante feminista, fundó escuelas para ciegos, para sordos y varias escuelas profesionales para mujeres. También enseñó en la Universidad de Buenos Aires, organizó la Asociación de Mujeres Universitarias, participó en la Federación Internacional de Mujeres Universitarias y presidió el Congreso Femenino Internacional que se celebró en Buenos Aires en 1910.

En 1899, Grierson estaba organizando un viaje a Europa para representar a diversas organizaciones femeninas de Argentina, Chile y Brasil, cuando el ministro de educación le encargó un estudio sobre la educación profesional y técnica de la mujer. El libro *Educación técnica de la mujer* (1902) fue el informe que Grierson elaboró, a partir de ese viaje, para el Ministerio de Educación. Grierson fue la segunda mujer a quien el gobierno le encargó una tarea así y la primera en escribir un libro que informaba sobre un viaje.¹⁵

¹⁵ Juana Paula Manso también había llevado a cabo viajes profesionales para investigar temas relacionados con la educación. Julieta Lanteri, contemporánea de Grierson, realizó un estudio sobre la salud de la mujer en Europa, entre los años de 1907 y 1920.

El viaje la llevó a escuelas profesionales para mujeres en Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza, el imperio austrohúngaro, Francia, Inglaterra y Suecia. Los nombres de los países son utilizados como título para cada capítulo del libro. En la introducción se enumeran los trabajos que realizó Grierson durante los dos años que van desde el momento en que viajó a Europa hasta el momento en que dio a conocer el informe. El cuerpo del texto consiste en un capítulo dedicado a cada país que visitó; un capítulo de dos páginas con el título “Otros países”, donde hace una breve referencia a Dinamarca, Polonia, Rusia e Italia; y un capítulo que habla sobre Estados Unidos de América, donde Grierson no estuvo. El último capítulo del libro, “República argentina”, es el más largo. En este capítulo, Grierson elabora un plan para la educación técnica de la mujer en Argentina. En un apéndice incluye programas de estudios de varias escuelas.

La similitud entre este informe y *Educación popular*, de Domingo Faustino Sarmiento, es notable. *Educación popular*, cuya primera edición fue publicada en Santiago en 1849, era un informe que realizó Sarmiento a pedido del gobierno chileno. El libro había sido reimpresso en Argentina como parte de las obras completas de Sarmiento, en 1895. Al igual que Sarmiento, Grierson incluye programas de las escuelas que había visitado en el exterior, para que sirvieran de modelo y mostraran cómo se podía mejorar la educación argentina. A diferencia de Sarmiento, quien había utilizado las experiencias de esos viajes para escribir sus relatos, Grierson hace un uso restringido de sus propias experiencias en el exterior para escribir este libro técnico que se usó como libro de texto para la instrucción de maestras. Grierson también publicó libros de texto para la instrucción de enfermeras y masajistas, así como informes sobre diversos aspectos del cuidado de la salud, e historias de la enfermería, de la colonia escocesa donde nació su padre, y de la municipalidad de Buenos Aires. En este análisis, me concentraré en *Educación técnica* y en un discurso que Grierson escribió cuando dejó la enseñanza, en 1916.¹⁶ Como mostraré más adelante, este discurso explica la forma en que lo personal y lo público interactúan en *Educación técnica*.

Cecilia Grierson es la primera profesional que escribe relatos de viajes en Argentina. Como tal, su trabajo comparte muchas características con el de Jennie Howard. Si bien la experiencia de Howard tuvo lugar un par de décadas antes que la de Grierson, el libro de Grierson fue el primero

¹⁶ Este ensayo, que Grierson leyó en el Liceo de Señoritas núm. 1, se puede leer completo en Taboada, *Vida*, 1983, pp. 127-140.

en ser publicado. No obstante, Grierson escribe desde su lugar como mujer profesional, un tipo de subjetividad que había sido inaugurado en el país por maestras normales estadounidenses como Howard. De hecho, Grierson alaba a las maestras estadounidenses en su texto, calificándolas de “inteligentes, emprendedoras e independientes”.¹⁷ Estos tres adjetivos describen el modelo de feminidad que Grierson defiende, y los utiliza para exponer el producto final de su misión educadora. También representan los mejores atributos que una viajera y profesional como Grierson podía llegar a tener.

En lo que resta de esta sección analizaré el modo en que Grierson escribe un relato de viaje en el cual las características narrativas del género pasan a un segundo término, ante la necesidad de elaborar una propuesta coherente para mejorar el sistema educativo. El viaje aparece de fondo; en ningún momento se mencionan detalles, con lo cual Grierson deja en claro su objetivo de eliminar el artificio y los pormenores de su vida privada, para dar lugar a la construcción de un proyecto global que la autora resume de la siguiente manera: “Desearía ver implantado el amor a la *verdad* y *combatir* nuestra nefasta tendencia al *lujo*, *la mentira* y *falsas apariencias*.”¹⁸

El objetivo, entonces, no es sólo construir un modelo educativo, sino también modificar una identidad que aquí aparece referida solamente como lo que es “nuestro”. La austeridad por la que el libro aboga se refleja en el estilo simple y directo con el que escribe Grierson. La mujer ideal, inspirada en el modelo de feminidad de la burguesía del norte de Europa, se define por oposición a la mujer argentina de clase alta. La identidad de Grierson como viajera se define por oposición a la de las mujeres que viajan por placer. En esta obra sí existen ciertos elementos característicos de los relatos de viajes, y Grierson se presenta como un modelo de viajera y profesional. A diferencia del viajero por placer que recomienda restaurantes y hoteles, Grierson da instrucciones prácticas de cómo sacar el mejor provecho de un viaje de investigación: “Por eso, mucho tiempo he perdido y mucho trabajo me ha costado encontrar en cada ciudad las instituciones del hogar y eso conociendo el idioma de cada país, sin lo cual no puede darse un paso adelante.”¹⁹

Una característica de su estilo es que se describa como una mujer capaz y que hable del problema ya resuelto, en lugar de cómo fue el proceso

¹⁷ Grierson, *Educación*, 1902, p. 167.

¹⁸ *Ibid.*, p. 207.

¹⁹ *Ibid.*, p. 13.

de resolución. Grierson da consejos en forma indirecta (estudiar una lengua extranjera), explicando cómo se preparó para obtener buenos resultados. Acorde con el espíritu emprendedor, nunca expresa cómo logró superar las dificultades. La referencia a los idiomas también es indirecta. Incluso en su discurso, nunca cuenta cómo aprendió las otras lenguas, además del inglés, que era su lengua materna (“Fui al examen con una base un poco errática: tres idiomas, siendo el castellano el que menos sabía.”²⁰). A lo largo del texto, Grierson insiste en que las maestras deben aprender varios idiomas para poder viajar a Europa a fin de perfeccionarse. El aprendizaje de varias lenguas es una herramienta para alcanzar la modernidad y nunca se lo pone en duda desde una perspectiva nacionalista.

¿Por qué Grierson incluye referencias al viaje en el texto? El texto no hubiera perdido cohesión si se hubiera organizado sólo en función de la investigación. No obstante, las escasas referencias al viaje colocan a Grierson en un lugar muy diferente en relación con el tema que desarrolla. El estar ahí, como bien sabemos, es clave para autorizar el relato sobre la otredad en la narrativa de viajes, y Grierson utiliza esas pocas referencias al viaje para legitimar su autoridad: “Como he estado algún tiempo en Amsterdam”,²¹ “uno necesita que lo presenten o, si no, escribir a la dirección”,²² “Frau Anna Hierta-Retzius, a quien conocí en el Congreso de Mujeres en Londres”.²³ Estas frases hacen hincapié en la autoridad de Grierson y, además, la incluyen en el proyecto de proporcionar un modelo para la mujer argentina moderna y emprendedora. A diferencia de Jennie Howard, quien no utiliza en ningún momento la primera persona del singular, Grierson utiliza el “yo” constantemente, no lo intercala nunca con un “nosotros” impersonal. Tampoco se priva de hablar sobre sus logros y elogiar sus hazañas como pionera.

A lo largo del texto, Grierson muestra la influencia de modelos europeos. Su propia identidad se construye en torno de las feministas europeas a las que admira y que contrastan con las mujeres argentinas de clase alta con quienes Grierson se disputa el control del Consejo Nacional de Mujeres (y a quienes critica implacablemente en su trabajo). En la época en que estaba escribiendo *Educación técnica*, Grierson y otras mujeres profesionales se encontraban en plena batalla por el dominio del Consejo Nacional de Muje-

²⁰ *Ibid.*, p. 129.

²¹ *Ibid.*, p. 69.

²² *Ibid.*, p. 123.

²³ *Ibid.*, p. 155.

res, el cual incluía tanto a organizaciones feministas como a organizaciones de caridad tradicionales, como la Sociedad de Beneficencia. La disputa provenía de las diferencias entre ambos grupos, relacionadas con la adhesión de Argentina a la lucha sufragista internacional, la defensa de los derechos civiles y la lucha por el sufragio femenino en el país. Los desacuerdos entre ambos grupos llevaron a una ruptura, y en 1910 cada grupo organizó su propio congreso de mujeres en conmemoración del centenario. Grierson presidió el congreso patrocinado por la Asociación de Mujeres Universitarias, un encuentro de carácter internacional al que concurrieron mayormente mujeres profesionales que abogaban por reformas legales que permitieran el sufragio femenino, por el mejoramiento de las condiciones legales para la mujer, y por una mayor igualdad dentro del núcleo familiar. Elflein asistió a este congreso, pero también concurrió al congreso oficial de mujeres: el Congreso Patriótico de Señoras de la República Argentina. Este congreso, organizado por las señoras de la alta sociedad, cuya mayoría participaba activamente en la Sociedad de Beneficencia, fue un encuentro nacionalista cuyo objetivo era alabar a las patricias de la clase alta y a los lazos con el pasado hispano. En este congreso se alentaba a la mujer a quedarse en su casa, a respetar el statu quo y a repudiar las campañas en defensa del sufragio femenino y de los derechos civiles.

La Sociedad de Beneficencia tenía entre sus miembros a varias escritoras, entre ellas, a su fundadora, Mariquita Sánchez. La Argentina de principios del siglo XX fue testigo de un auge de escritoras de la clase alta que escribían sobre su vida privada; eran autobiografías que estaban pensadas para ser leídas por otros, y que hablaban sobre cuestiones personales, tiempo libre, arte y literatura, funciones sociales y matrimonio. Grierson, en cambio, escribía sobre su vida privada desde un lugar ubicado estratégicamente en oposición a esas mujeres. En lugar de enquistarse en la inmovilidad y las lecturas, los textos de Grierson están llenos de acción; las calles, los hospitales y las escuelas son el marco de sus “aventuras”. No hay referencia alguna a sentimientos o sensaciones; lo personal en Grierson está completamente sublimado por lo profesional. Es característica la presencia de movimiento, nuevos esfuerzos, nuevas actividades en la narrativa personal de Grierson. En su discurso, ella se refiere a sí misma como una trabajadora, un término que la coloca en oposición a la mujer indolente de la clase alta.

Para la autora, la inclusión en la nación argentina es una cuestión de ser civilizado. La identidad nacional no se pone nunca en tela de juicio, ya

que es un presupuesto geográfico, al que se refiere en forma implícita como “lo nuestro”, “nuestro”, “nosotros”; se define a Argentina como un país en el proceso de europeización (es decir, en el proceso de convertirse en un país civilizado). La adhesión de Grierson a la narrativa de la europeización incluye la creencia de un orden en el cual las naciones más privilegiadas son los países civilizados. El imperialismo y la posesión de colonias forman parte de esta idea de progreso. El trabajo de Grierson refleja el funcionamiento de una ideología hegemónica que se muestra en las relaciones de clase, raza y género. Si bien es progresista en materia de género, muestra, en última instancia, la influencia de ese discurso hegemónico en lo que respecta a las relaciones de clase y raza. Esto se ve claramente si comparamos los siguientes fragmentos de su trabajo:

Madame van Treyler y *mademoiselle* Haighton tomaron a su cargo los trabajos industriales de las mujeres de las colonias y especialmente de las indígenas de las Indias Occidentales.²⁴

Esta enseñanza ha influido muchísimo en Inglaterra y sus colonias y hay muchísimas mujeres que han hecho su fortuna con el cultivo de flores y huerta, agricultura, la cría del gusano de seda en Australia; la del avestruz en Nueva Zelanda; cabañas en el Canadá.²⁵

La jerarquía racial entre las mujeres de estos fragmentos aparece en todo el trabajo de Grierson. En el primero, se describe a las mujeres indígenas como personas que necesitan que las guíen en su trabajo, que realizan tareas industriales bajo tutela. Sin embargo, las mujeres trasplantadas del segundo fragmento ponen en práctica sus conocimientos para convertirse en empresarias. El ideal de mujer al que aspira Grierson está representado por la mujer burguesa europea. La violenta crítica de la escritora hacia la mujer argentina de clase alta ridiculiza la convicción propia de la elite de su superioridad moral y de su valor como guía para la clase trabajadora: “Toca a nuestro ‘high-life’ dar el ejemplo que siempre debe venir de lo alto y tener en cuenta nuestras filantrópicas damas que por la limosna sólo se ayuda a medias; mientras la caridad es completa, enseñando a los pobres a bastarse a sí mismos, dándoles hábitos que los eleven moral e individualmente.”²⁶

²⁴ *Ibid.*, p. 78.

²⁵ *Ibid.*, p. 154.

²⁶ *Ibid.*, p. 190.

El tono irónico de la cita va dirigido claramente a las señoras de la Sociedad de Beneficencia. La presencia del verbo “elevar” demuestra el uso sin reservas que Grierson hace de las metáforas de clase que predominan entre las mujeres de oligarquía. La crítica a las damas de la sociedad filantrópica no es una crítica al estatus social, sino a cómo estas damas definen ese estatus. Como contraste, Grierson incluye varios ejemplos sobre mujeres aristócratas europeas que estudian en escuelas técnicas y trabajan. El trabajo en el hogar se define como una actividad natural para la mujer de cualquier clase, y la ética protestante de la dignidad del trabajo es una constante en sus textos. Cuando Grierson se presenta, lo hace refiriéndose a ella misma como una profesional, y utiliza la palabra “trabajadora”, lo cual establece cierta intimidad entre ella y la mujer de la clase trabajadora, y la distancia con la mujer de clase alta a quien Grierson describe como indolente. Esta autodefinición es una crítica absoluta al modo en que la mujer de clase alta se define a sí misma. Grierson opone la inactividad de la mujer de esta clase a la actividad de la mujer profesional, y contrasta, también, los lazos de sangre que unen a la mujer de alta sociedad y a los próceres de la independencia con los logros propios de la mujer profesional. En este punto, Grierson recibe la clara influencia de Jennie Howard, una influencia de la que está muy orgullosa, tanto en *Educación* como en su discurso autobiográfico:

Me hubiera llenado de satisfacción el haber llevado a la meta la primitiva escuela de Buenos Aires (Escuela de Enfermeras y Masajistas), donde se preparaban hombres y mujeres, que creo que se han empleado en todas las reparticiones y hogares de nuestro país y que llamo “mi obra”; pero los obstáculos que encuentra toda “pioner” [sic] en su camino han sido insuperables; dos veces que fui a Europa; al volver, encontré la escuela deshecha, y hoy continúa en tal estado. Nuestra manía por la reorganización es fatal para las instituciones; pero la semilla está sembrada y otros recogerán más tarde los frutos, reconociendo que la base en que se fundó la institución es la única verdadera, pues se amolda a nuestras costumbres, a pesar de haber sido copiada de los mejores institutos extranjeros, y sobre la cual espero se afirmen todas las instituciones que surgen, como es actualmente la escuela de la asociación que lleva mi nombre.²⁷

²⁷ *Ibid.*, p. 133.

Este párrafo deja entrever la relación que Grierson entabla entre las dos identidades. Por un lado, el uso de la palabra “pionera” para referirse a ella misma es típico de cómo la autora se describe, sin avergonzarse de parecer engreída si de hablar de su trabajo se trata. Es más, hasta utiliza el término en idioma inglés, un término que en la Argentina de principios de siglo connotaba las campañas al oeste de Estados Unidos. La descripción de Grierson sobre su trabajo remite a la imagen creada por Sarmiento: la siembra de la semilla. En su caso, al igual que en el de Sarmiento, la semilla es extranjera, pero ella sostiene que esta semilla concuerda con lo “nuestro”. Esta imagen arroja luz sobre el modelo de identidad de la escritora. Las escuelas extranjeras que Grierson imitaba actúan como modelos en los que la argentinidad esquivada, a la que ella hace referencia, encaja perfectamente. El modelo de feminidad de Grierson es el de la burguesía del norte de Europa. En su infatigable tarea de docente, fundadora de escuelas, viajera y escritora de libros de texto, Grierson busca producir mujeres argentinas que sigan el modelo europeo.

Esta falta de preocupación por lo idiosincrásico distingue el trabajo de Cecilia Grierson del de Ada María Elflein, la siguiente escritora que analizaré. La obra de Elflein está comprometida con el debate sobre nacionalidad y nacionalismo, que fue crucial durante el Año del Centenario. Tanto Grierson como Elflein participaron de los festejos. Grierson, como ya se ha mencionado, presidió el congreso feminista; Elflein asistió a ambos, aunque sólo leyó un trabajo en el Congreso Nacional. Nada distingue más a Ada Elflein y a Cecilia Grierson que el tema sobre el que la primera habló: la importancia de lucir la escarapela en los actos patrióticos. Cuando Grierson viajó a principios de siglo a Europa en busca de modelos de feminidad y de educación para la mujer, nunca se imaginó que diez años más tarde sus opositoras del Consejo Nacional de Mujeres, bien ancladas en el pasado y en la tradición, estarían al frente del debate político. Nada podía estar más alejado de su imaginación, podríamos pensar, que el hecho de que mujeres profesionales, hijas de inmigrantes y educadas según el modelo europeo, como Ada María Elflein, podrían llegar a formar parte del proyecto de definición nacionalista. Los relatos de viajes de Elflein deben leerse teniendo en cuenta el contexto de la nueva definición de nación y de identidad nacional que surgió durante el Año del Centenario y que fue hegemónica durante la década de 1930. En el trabajo de Elflein observamos un cambio hacia el interior, hacia las provincias, hacia lo criollo. Por primera vez, una escritora argentina de relatos de viajes hablará enérgicamente sobre la nacionalidad y le dará forma a la

definición de lo argentino. Sin embargo, incluso en esta obra cuyo interés principal es la constitución de una nación, existe también un embrión de un nuevo modelo de feminidad que permite una mayor libertad sexual y física para la mujer.

ADA MARÍA ELFLEIN VIAJA AL INTERIOR

Cuando Ada María Elflein nació, en 1880, Cecilia Grierson ya tenía 21 años, era directora de una escuela normal, profesora de biología en una escuela secundaria y estaba pensando en la posibilidad de estudiar medicina. Lejos de ser un dato anecdótico, la diferencia de edad ayuda a comprender la diferente perspectiva que cada autora tenía en materia de nacionalismo. Elflein es la primera autora incluida en este análisis para quien la definición de argentinidad era importante. Nacida después de la Campaña del Desierto en un país cuyo territorio ya había sido circunscrito, Elflein llegó a la mayoría de edad en una época en que el ferrocarril estaba uniando el país por primera vez y en que el sueño de una educación pública y laica para todos se estaba haciendo realidad. De la mano de estos logros, surgió la interrogante de qué cambios estaban operando estas medidas de progreso para el país y cómo se podía hacer para que los inmigrantes formaran parte de la nación.

Las primeras escuelas normales fundadas por Sarmiento, como en la que Grierson estudió, casi no tenían elementos típicos “argentinos”. La Escuela de Paraná, modelo de todas las escuelas normales argentinas, ofrecía sólo dos materias sobre historia argentina, de un total de 120 materias obligatorias. Aún en el año de 1877, 85.4% de los alumnos que concurrían a las escuelas del litoral no estudiaban historia argentina, y 77.1% no estudiaba geografía. Esto comenzó a cambiar en la década de 1880, cuando la incorporación del modo de producción capitalista en Argentina y la llegada de la masa inmigratoria obligaron a la creación de una comunidad imaginaria en la cual se incluyera tanto a los inmigrantes como a los provincianos más conservadores. La nueva nación argentina, con el estado como entidad política y la educación como fuerza de interpelación, creó una narrativa de argentinidad que puso en juego otras identidades (regionales, étnicas, y de origen nacional). Con este fin, en 1883 se promulgó la ley 1420 de educación laica, gratuita y obligatoria. Se reformaron los planes educativos: en la escuela estatal se aumentó la carga horaria de historia argentina y americana. En

1874 se dictaban cuatro horas semanales de historia argentina y americana, y ocho horas de historia general; en 1888 se dictaban siete horas y media, y seis horas y media, respectivamente.²⁸ Más aún, la carga horaria de lenguas extranjeras había descendido de 24 a 14%, entre 1874 y 1888.²⁹

El proyecto literario de Ada María Elflein fue puesto en primer plano por la reforma educativa y la preocupación por la educación argentina (en lugar de la cosmopolita, moderna y europea). Hija de inmigrantes alemanes y escritora profesional de cuentos para niños y de textos criollistas sobre el paisaje y sus pobladores, Elflein se había recibido de maestra, pero había dejado la enseñanza cuando, recomendada por el presidente Bartolomé Mitre, obtuvo un puesto de periodista en el diario *La Prensa*. La mayoría de sus textos fueron publicados en este diario como relatos de viajes, cuentos, o “tradiciones”. Elflein era una escritora prolífica. Su obra estuvo dedicada por completo a la búsqueda de una definición de nacionalidad que le sirviera a ella —una hija de inmigrantes— y, en este sentido, su definición de nacionalidad difiere en gran medida de lo expresado por la mayoría de las mujeres del Consejo Nacional de Mujeres. A diferencia de la mayor parte de ellas, Elflein no tenía lazos históricos que la unieran al país, pero trataba de crearlos en sus textos, de ahí su insistencia en describir el elemento argentino del paisaje y sus personajes. Elflein es también la primera argentina que podemos incluir en la lista de aventureras.³⁰ Viajó a Uruguay, Chile y los Andes, entró en minas, viajó a caballo, se atrevió a adentrarse en la selva misionera y escaló el Cerro Pelado. Su originalidad como viajera se manifiesta tanto a través de sus exploraciones como en la elección de los destinos, los cuales reflejan un compromiso cada vez mayor con la definición de nación.

El trabajo que analizaré está compuesto por una serie de artículos semanales sobre viajes, que Elflein escribió para *La Prensa* entre abril y mayo de 1918. En el año en que la muerte la sorprendió, en 1919, tenía planeado

²⁸ Tedesco, *Educación*, 1986, p. 97.

²⁹ *Ibid.*, p. 70. El espíritu nuevo puede apreciarse en el memorándum que el ministro de Educación, Eduardo Mansilla, presenta en el Congreso, en 1883, y envía a los directores de las escuelas nacionales, en 1884: “Se enseña en la república argentina y para la república argentina y es ella y todo lo que a ella interesa físicamente y moralmente, lo que debe predominar en la enseñanza.”

³⁰ Esta categoría de aventurera —una mujer soltera que viaja sin la compañía de ningún hombre y se divierte en busca de expediciones desafiantes— contaba con una larga tradición entre las escritoras británicas de relatos de viajes. Muchos de los estudiosos sobre estos escritores británicos recalcan la calidad excepcional de las mujeres viajeras y de sus logros.

compilar estos artículos en un libro titulado *Por campos serranos*.³¹ El objetivo de esta serie era “divulgar los conocimientos sobre diversas regiones de nuestro país, interesantes por su belleza, por sus recuerdos históricos, riquezas naturales o por cualquier otro atractivo” (8 de abril).

Otros objetivos de estos textos eran atraer a turistas extranjeros a regiones de difícil acceso por ferrocarril y animar a las mujeres a viajar solas. La siguiente cita, que analizaré en mayor detalle más adelante, muestra cómo la feminidad y la independencia de Elflein están ligadas a la idea de una nación moderna y están postuladas en oposición al pasado hispánico:

Aparte de los propósitos ya expresados, me guiaba en este viaje –como en los anteriores– el interés de animar a nuestras mujeres a deponer sus temores y lanzarse a viajar, no diré solas, pero de dos, o tres, o cuatro, independientes y movedizas, olvidadas de prejuicios y falsos escrúpulos, valientes, briosas y alegres. ¡Cuántas señoras y niñas pasan el verano tristemente en sus casas por no tener un padre, un hermano o un esposo para acompañarlas! Pienso que si se reuniesen, formarían grupos pequeños o grandes comitivas, prescindieran de las tradiciones moriscas y salieran a gozar de las bellezas de nuestra tierra, pronto adquirirían la convicción de que en todo momento las rodeaba y protegía la exquisita cultura argentina. (8 de abril.)

La definición de identidad nacional que subyace en este fragmento es una fusión de la idea de nación, propugnada por las participantes en los dos congresos de mujeres a los que Elflein asistió en 1910. Por una parte, se hace eco del interés del Congreso Nacional en los temas relativos al interior y a la vuelta a la nación; por otra parte, defiende un modelo de mujer que era bien visto por el congreso feminista. El “otro” en el texto de Elflein es el moro, un elemento que se refiere tanto al pasado hispánico como al “otro” del pasado hispánico. De ese modo, puede conciliar ambas ideologías (del mismo modo que las concilió asistiendo a los dos congresos) e incorporar a la mujer moderna –hija de inmigrantes, que viaja sola– a la idea de nación.

³¹ Todos los artículos citados fueron publicados en *La Prensa* durante el año 1918. Por esa razón, solamente incluiré las fechas. Estos artículos también fueron publicados en Szurmuk, *Mujeres*, 2000, pp. 221-275.

La mujer moderna, a quien Elflein imagina también como la mujer patriota, toma elementos del pasado hispánico (un sistema de valores, un apego a la nación) y los integra a los elementos positivos del feminismo del norte de Europa (libertad de movimiento, inteligencia). Esta mujer patriota moderna tiene toda la libertad de movimiento que desee para viajar, aunque no busca imitar modelos europeos, sino “argentinos”. Elflein utiliza el adjetivo “argentino”, incluso en contextos en que es absolutamente redundante, para hacer hincapié en la existencia de una entidad unificadora nacional.

EL GÉNERO EN DISPUTA

Ada María Elflein resulta una figura interesante para analizar el cruce entre género y nación en Argentina durante las dos primeras décadas del siglo xx. Se la considera tradicionalmente como una mujer protonacionalista, incluso si, mediante un análisis detallado de su obra, observamos varios puntos de conflicto con el ideal de nacionalismo de la época, en especial en lo que a género se refiere. Lo que quisiera señalar es que Elflein construyó una imagen de sí misma como maestra de escuela rural, rodeada de niños, con el fin de crear un intersticio en la sociedad de la época que le permitiera llevar una vida independiente. Joan Rivière definió la femineidad como una farsa que la mujer elige para revelarse y presentarse a sí misma dentro de los límites impuestos por la sociedad patriarcal. En el análisis sobre Gabriela Mistral, Licia Fiol-Mata indaga el modo en que Mistral utiliza el discurso patriarcal para crearse un espacio en el que esté libre de las demandas impuestas por las convenciones patriarcales. Según Fiol-Mata, Mistral se hace eco de las ideologías “heterosexistas” y “procreacionistas”, con objeto de presentarse en público como la maestra de América y la madre del continente y, de ese modo, eludir el matrimonio y la maternidad y poder ser lesbiana en privado. En ese sentido, sostiene Fiol-Mata, el género funciona como un “clóset” para Mistral. Elflein utiliza estrategias similares. Al igual que Mistral, se define como maestra; aunque, en lugar de enseñar, utiliza la educación para ingresar al mundo de la literatura. En su vida privada, Elflein se presenta como una mujer soltera que vive durante muchos años con su mejor amiga. Julieta Gómez Paz, la biógrafa de Elflein, describe esta relación como la unión de dos huérfanas, aunque muy probablemente se tratara de una relación homosexual. Elflein, por supuesto, jamás hace ninguna referencia a su sexualidad; no obstante, da ánimos a las mujeres para que viajen solas, “con coraje, con entusiasmo

y felices!” (28 de abril). Elflein viajará siempre con su compañera y será guía de expediciones de náutica y andinismo, exclusivas para mujeres.³²

Leyendo la obra de Elflein, es difícil asociarla con hombres de su generación, como Gálvez, Rojas y Lugones, si bien comparte con ellos las mismas inquietudes sobre la problemática de la nacionalidad. En los libros de texto y los cuentos para niños, lucha por contribuir a un proyecto educativo que asimile a los niños inmigrantes a la argentinidad. Por otro lado, cuando uno lee sus textos nacionalistas, es difícil asociarla con feministas de la primera ola, como Cecilia Grierson y Julieta Lanteri. Únicamente en el cruce entre los libros de texto y los relatos de viajes podemos observar esta doble preocupación por la nación y por el papel de la mujer en la historia. Elflein hace su aporte al discurso nacionalista mediante incontables leyendas, tradiciones y cuentos para niños. No obstante, se aparta de los nacionalistas de la época en lo que respecta al papel de la mujer. En ese campo, su compromiso con la escuela normal es sumamente decidido. Lo que presenta en su obra es, por lo tanto, un modo de quitar del discurso nacionalista los elementos reaccionarios y sexistas que limitan la participación de la mujer en la vida pública.

MÁRGENES DE LECTURA/ESCRITURA

Tanto las descripciones de Elflein como las de Grierson remiten a las de Sarmiento; en ocasiones incluso utilizan las mismas palabras para describir las mismas regiones. La serie de artículos que componen *Por campos serranos*, de Elflein, está organizada alrededor del contraste entre la civilización y la barbarie, la ciudad y el campo. Incluso el título de otro de sus libros —*De tierra adentro*— ejemplifica la organización económica de las regiones protagonistas: Buenos Aires se presenta como el centro, y las provincias, como “tierra adentro”, es decir, las regiones de difícil acceso desde Buenos Aires (incluso en 1918). Mientras más largo sea el viaje desde Buenos Aires y desde las ciudades del litoral, más se describe a las regiones como áreas encerradas, como flores cerradas que florecerán una vez que las fuerzas civilizadoras de Buenos Aires (especialmente la escuela normal y el ferrocarril) las abran. El viaje de Elflein siempre se describe como un viaje desde las

³² Sobre este aspecto de la vida de Elflein, véase Szurmuk, “Ada”, 1996.

ciudades hacia el “interior”, y las pocas ciudades, como el punto desde el cual un interior menos civilizado (“adentro”) puede visitarse. La ciudad posee “una atracción atávica”. A la inversa de la descripción de Sarmiento —donde lo que es atávico en *Facundo* es el impulso hacia la barbarie—, en Elflein la civilización ya ha triunfado y se ha naturalizado. Alertando a sus lectores sobre la posibilidad de una recaída en la barbarie, Elflein hace una referencia al desierto como el lugar que ejerció una influencia primitiva sobre ella. Esto recuerda la idea de Sarmiento de que el poder del desierto era tal que hasta podía corromper a una mujer culta, de origen europeo:

Pronto dejamos atrás los pésimos caminos del ejido y nos hallamos en la campaña, donde según histórica frase política, todo suele ser camino. Atravesábamos la región mediterránea argentina típica: esa zona arenosa, espinosa, seca, en cuyo suelo podría caer el diluvio sin dejar huellas, donde el viento se calienta y el sol arde furioso, zona que en mí ha ejercido siempre una fascinación quizá atávica. (21 de abril.)

En *Literatura autobiográfica argentina*, Adolfo Prieto señala que el interés por describir el paisaje argentino recién surge en el país luego de la llegada de la masa inmigratoria. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, el interés de Elflein en el paisaje y sus habitantes se ve socavado por la necesidad de ver ese paisaje drásticamente modificado por la fuerza de la civilización. Si bien coincide con los escritores criollistas sobre la importancia del paisaje en la definición de lo nacional, Elflein lo reproduce en el proceso de modificación, de intervención. A diferencia de otros escritores, cuyos trabajos describen un paisaje intacto, anterior al desarrollo de la industria, Elflein escribe acerca de un paisaje que ansía ser desdibujado e incluido dentro de la explotación capitalista. La narrativa de viajes de Elflein interrumpe el discurso de la vida campestre en vías de extinción, pues la presenta como algo que todavía existe pero que está desapareciendo rápidamente. Elflein articula esta fusión de lo existente y lo que está por desaparecer mediante el uso de convenciones tomadas de formas antiguas del género, así como de las apropiaciones de Sarmiento respecto a esas convenciones. Las características del viaje —de la ciudad hacia el interior, de la civilización hacia la barbarie— es paradigmática. Algunos fragmentos de su texto reflejan la influencia de viajeros anteriores: “Por siglos ha caminado a través de nuestros campos la tropa de carretas y por siglos más caminará lenta, serena y pintoresca hasta que la vía férrea triunfe sobre ella” (17 de abril).

Elflein también coloca al criollo en una situación que resulta anacrónica en comparación con el resto del país: “La franqueza y generosidad con que los criollos de hace cien años recibían al forastero desconocido, allí subsisten, allí florecen hoy como hace un siglo” (21 de abril).

Si recordamos el debate posterior a la Campaña del Desierto sobre la nacionalidad de las poblaciones indígenas, en el cual algunos congresistas propusieron considerar extranjeros a los indígenas,³³ esta definición de los criollos remite a aquellos elementos del debate. Los criollos son argentinos de nacimiento, pero son considerados extranjeros en tanto representan un orden anterior. El discurso de los viajeros (en Elflein, el del viajero británico, a quien se refiere indirectamente como el “forastero desconocido”) es considerado más válido que el de los criollos, pues representa la modernidad y el progreso. Como embajadores de la metrópolis (Europa, Buenos Aires), esos viajeros tienen autoridad para describir a estos seres anacrónicos. Podemos ver esa autoridad en el uso del tropo de los nombres, otra convención característica del género que le permite al viajero o a la viajera hacer uso de su autoridad para asignarle nombres a las cosas, para codificar el mundo. Aquí vemos cómo Elflein muestra la falta de interés que tienen los criollos en codificar su propio mundo:

—¿Cómo se llama esta planta?

—No sé *io*.

—¿Y aquel árbol?

—Árbol no más es el nombre” (13 de mayo).

Mediante una estrategia similar, Elflein se apropia de frases y expresiones campestres y las incorpora a su discurso: “El clima (según la expresión de una criollita que nos informó al respecto, en la región ‘llueve más mucho que poco’) es sano y agradable sin extremos de calor ni de frío” (19 de mayo).

La lengua del interior se convierte, de ese modo, en símbolo de nacionalidad, así como los paisajes se incorporaron al repertorio simbólico como marcas de argentinidad.

El papel del hombre y de la mujer ejemplifican con mayor profundidad la distancia temporal entre el momento de la narración y el anacronismo del orden narrado: “Parecíamos a veces estar en un hogar colonial como lo describen los viajeros de otras épocas” (21 de abril), escribe Elflein. La autora narra con gran detalle cómo se sintió mimada y cuidada, y termina el frag-

³³ Véase la parte 3 del presente libro.

mento con un comentario sobre la siesta, la casa cerrada, todos adentro, en un abandono indolente. No obstante, llama la atención la nostalgia que se deja entrever en esta parte del texto, por lo anómalo de la situación. El fragmento que sigue a esa descripción, sobre el mismo pueblo –San Francisco del Monte–, traza la otra cara de la escena plácida de la siesta: la escuela normal, “en la que tantas esperanzas cifran los habitantes de San Francisco y de toda la campaña” (28 de abril). Se vuelve a hacer hincapié en lo anómalo de la siesta plácida, en uno de los pocos apartados en que Elflein le da información turística al lector y describe la región como un buen sitio para pasar “una temporada agradable” (28 de abril). El quiebre en el tono se expresa en una prosa modernista que se distancia aún más de San Francisco: “No se la tragó [el lobo Fenris] aquella noche, pues el disco luminoso [la luna] brillaba plácidamente sobre San Francisco, cuando nuestros caballos cruzaron al galope sus calles olfateando la querencia” (28 de abril).

La combinación de una leyenda germánica clásica con la querencia criolla sirve para distanciar a San Francisco aún más del presente en el que se sitúa Elflein. Los caballos, que reemplazan el automóvil con el que su amiga y ella realizan la mayor parte del viaje, funcionan como referencia metonímica a ellas dos, que utilizan la virilidad y la energía de los corceles para distanciarse del pueblo donde se encontraban, dentro de un orden familiar colonial, muy limitado por cierto, en comparación con el espacio de la ciudad moderna. El uso del término *querencia* ubica la narración en un ambiente auténticamente criollo, pero también aumenta la distancia entre los parámetros. La *querencia*, palabra que representa la melancolía para el criollo, se convierte en un elemento que los caballos perciben. Se trata de una nueva expresión del estado melancólico en el cual las zonas subdesarrolladas sumergen a Elflein. De este modo, *querencia* significa *melancolía* en Argentina, pero también es el símbolo idiosincrásico de pertenencia a la nación.

Para huir de la melancolía, las ciudades del interior deben seguir el ejemplo de Buenos Aires. El interior siempre se presenta como un lugar melancólico, sin la energía y la vitalidad que tiene Buenos Aires. Las descripciones de estas ciudades enfatizan la falta de modernidad:

Pasada la primera impresión de interés que despierta todo lo nuevo, nos sentimos en la ciudad capital de la provincia, *invadidos por la melancolía*. La edificación chata, las calles flanqueadas de tapias de adobe y sin aceras a dos pasos del centro, escasos y pobres los sitios de recreo, la catedral en el mismo estado semiconcluido en que dicen se hallaba hace 20 años, las calles vacías de gente,

sin tranvías, y el conjunto dormido silencioso... tal es San Luis. —¿No tiene vida esta ciudad? —preguntamos a amables vecinos y todos nos responden con la cohibición del enfermo que confiesa su mal—: No tiene... (8 de abril, las cursivas son mías.)

Ya he hablado sobre la melancolía como uno de los problemas de la zona de contacto. En las zonas no metropolitanas, el viajero metropolitano es esclavo de la indolencia y de la falta de actividad propia de la región. La melancolía y la indolencia se presentan como algo absorbente, de lo que el escritor tiene que huir, a fin de no correr el riesgo de quedar inmerso en ello para siempre. Esta connotación de la palabra *melancolía* se combina en el fragmento citado con otra definición de este estado que también coincide con el colonialismo: el *mal du siècle*. En el análisis de Lina Beck-Bernard mostré cómo la autora asocia esa enfermedad con las poblaciones indígenas, cómo los indígenas se convirtieron en múltiples metáforas del colonialismo, la expansión y la desaparición. La parte del texto de Elflein mencionada se encuentra entre las dos definiciones de melancolía: la ciudad de San Luis es descrita como una ciudad que, por un lado, provoca melancolía en sus visitantes y, por otro, ansía salir de ese estado melancólico. En lugar de recetar de manera explícita una solución, Elflein la expresa mediante las opiniones de los mismos habitantes (a los que la autora siempre se refiere como “criollos”):

Pero otros decían:

Por eso el puntano, en general —aparte de ser, como todos los criollos, muy sobrio y de pocas necesidades—, no siente estímulo ni acicate. Que vengan obras de irrigación, que vengan ferrocarriles... —Y que vengan muchos extranjeros —agregó otro caballero que se hallaba en la rueda. Y todos, al unísono repitieron: —¡Ah, sí! Que vengan muchos extranjeros, sobre todo con capital, que es la fuente de las iniciativas. (8 de abril.)

Esta última oración resume lo que ella prioriza como modelo de argentinidad: el mito del paisaje escarpado y desértico del interior, al que Sarmiento había culpado por ser fuente de barbarie, se combinaba con la modificación de esta geografía por las fuerzas transformadoras del litoral. Elflein da a entender claramente que el ferrocarril, la escuela normal y la industrialización pondrán fin a esos elementos del paisaje que producen malestar. Sin embargo, recupera esos elementos en sus textos; los codifica

y les reserva un lugar en la construcción imaginaria de la nación, en la que participó con tanto ahínco.

El relato de viajes de Elflein, al igual que el resto de su obra, tiene como objetivo didáctico enseñar a los argentinos las glorias de la historia y la belleza del país. Por esa razón, no es extraño el hecho de que gran parte de sus textos fuera producida específicamente para proporcionar a los jóvenes lectores un código de paisajes y figuras históricas, con el cual crear una identidad nacional propia. El proyecto de Elflein difiere en cuanto a tono y a contenido, aunque se asemeja en su objetivo, al de la autora que analizaré en el próximo capítulo: Delfina Bunge de Gálvez, quien también escribía libros de texto y cuentos para niños (además de ser poeta y ensayista, y de escribir su autobiografía). Su obra, al igual que la de Elflein, es militantemente didáctica. Sin embargo, la causa que Bunge defiende difiere en gran medida de la de Elflein. Bunge critica la educación laica y la modernización, y su obra expresa la necesidad de reintegrar el catolicismo al país como un elemento de definición. No resulta extraño, entonces, que si bien la autora había viajado a Europa en varias ocasiones, escriba un relato de viajes sobre su experiencia en Oriente Medio. En contraste con judíos y árabes, a quien llama los “otros”, Bunge alaba los logros del catolicismo y se refiere a la Iglesia católica como su “patria”, el ámbito donde la definición de su propia identidad no necesita incluir a los no católicos, incluso a los no cristianos. Escrito en la segunda mitad de la década de 1920, el relato de viajes de Bunge anticipa un discurso reaccionario y racista que se encontraba en el centro del movimiento militar insurrecto que en 1930 derrocó al presidente Hipólito Irigoyen, iniciando así el ciclo de dictaduras militares que marcarían la vida civil argentina durante los próximos 50 años.

8. EL VIAJE ESPIRITUAL: *TIERRAS DEL MAR AZUL*, DE DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ

En *Viaje alrededor de mi infancia* –probablemente, el libro más leído de Delfina Bunge– hay un episodio muy revelador en el contexto de este trabajo. La maestra le pide a la pequeña Delfina que escriba un informe sobre un viaje. Desconcertada por la tarea que debía realizar, la niña decide plagiar uno de los libros de viajes que su padre había escrito y publicado. Se descubre el ardid y Delfina es castigada. Lo interesante de esta anécdota es que señala varios elementos muy sugerentes para un análisis de su obra y de la época. El tipo de tarea asignada demuestra que la maestra solía enseñar a alumnos que estaban en condiciones de realizar viajes *en touriste*.¹ La reacción de Delfina –“¿Cómo he de escribir sobre viajes yo que nunca he viajado?”– es paradigmática de lo que significaban el viaje y la actividad de viajar en esos tiempos. En realidad, Delfina había viajado antes de que se le asignara esa tarea: había pasado su infancia entre Buenos Aires y la estancia de la familia, pero no considera que recorrer ese trayecto fuese realizar un viaje. Para ella, viajar es ir a Europa, como lee en los libros que su padre y su tío escribieron; según la autora, los traslados desde la casona de la familia en Buenos Aires hasta la estancia en Córdoba son solamente otra forma de inmanencia, de inmovilidad; la inmovilidad que iba a elogiar enfáticamente en *Viaje alrededor de mi infancia*, tema al que me voy a referir al final de este capítulo. Hacia el término de su carrera literaria, Bunge no sólo

¹ La maestra es nada más y nada menos que la institutriz omnipresente de los niños de las familias de clase alta. Esta misma institutriz es la que se menciona en el libro escrito por Julia, la hermana de Delfina, y también en la autobiografía de Victoria Ocampo. A partir de los textos de Bunge y de Ocampo se puede reconstruir una lista de estudiantes educados por la institutriz, que incluye a la hija del presidente Roca. Bunge, *Vida*, 1965, y Ocampo, *Autobiografía*, 1991.

escribió en contra del estilo tradicional de autobiografía en el que se encuadra su libro *Viaje alrededor de mi infancia*, sino que, además, con *Tierras del mar azul*, introdujo un cambio importante en la manera de escribir literatura de viajes en Argentina.

Tierras del mar azul es un libro de viajes en el que Delfina Bunge desafía el modelo en el que las mujeres de la clase alta argentina se representaban a sí mismas. Además, con este texto, la autora agrega un nuevo destino a los viajes al extranjero: el Mediterráneo y Tierra Santa. Mediante este detalle sumamente deliberado, Bunge incluye la religión en la literatura de viajes (es la primera mujer en hacerlo) y muestra un panorama en el que la inquietud que provoca la inmigración aparece como un estudio etnográfico sobre las costumbres árabes y judías. El libro que Delfina Bunge publicó durante la década de 1920 sobre un viaje que realizó con su esposo y sus tres hijos (*Tierras del mar azul*) es una descripción del peregrinaje a Jerusalén, a través de Brasil y de países africanos y árabes, que concluye en Roma. En *Memoorias de la vida literaria*, Manuel Gálvez relata que su esposa y él vendieron su casa para realizar ese viaje, porque necesitaban tomarse un respiro de la vida de Buenos Aires. Tanto a Bunge como a Gálvez se les encomendó que escribieran acerca de ese viaje; Gálvez escribió un informe para la revista *Caras y Caretas* y Bunge, para el periódico *La Prensa*. Si bien ambos autores tenían previsto dar a conocer sus trabajos en forma de libro, sólo Delfina Bunge logró su objetivo. Se puede especular sobre los motivos por los cuales únicamente ella pudo publicar su libro: a mi entender, el compromiso que muestran ambos autores con temas espirituales tenía más aceptación entre las mujeres que entre los hombres. En su obra *Visto, oído, recordado*, Daniel García Mansilla —el hijo de Eduarda Mansilla— aduce que él nunca podría convertirse en una figura prominente en Argentina por ser familiar de Rosas y por profesar la religión católica. Dice, además, que el discurso de espiritualidad no era bien recibido entre los hombres, aunque hacia los años veinte comenzaba a ser un discurso privilegiado para las mujeres. La mayoría de los otros trabajos en prosa de Delfina Bunge también defienden la religiosidad y el crecimiento espiritual de las personas, y condenan movimientos sociales como el socialismo y el feminismo, porque revierten el orden de la vida familiar y conducen a la depravación espiritual de las mujeres y de los jóvenes.

A comienzos de su carrera, Manuel Gálvez publicó un libro de viajes titulado *El solar de la raza* (1913). Al igual que *Tierras del mar azul*, el texto de Gálvez es poco convencional, pues está dedicado a su viaje a España y a

glorificar tanto lo hispano como la cultura castellana, su espiritualidad y su fe religiosa. Una de las características más notables de esta guía de viajes es que coloca a España como el destino principal del viaje a Europa de las elites argentinas. Al igual que el libro *El alma española*, de Ricardo Rojas, *El solar de la raza* reevalúa el papel que cumple España en la definición de Argentina.

El trabajo de Delfina Bunge va más allá: reevalúa el papel que tienen Europa y el Oriente Medio como modelos alternativos que deben tomarse en cuenta para construir a Argentina como una comunidad imaginada. El corpus del trabajo de Bunge es muy variado: incluye poesía escrita en francés, libros de texto, ensayos sobre temas espirituales, su libro autobiográfico *Viaje alrededor de mi infancia* y su libro de viajes *Tierras del mar azul*. Estos dos últimos trabajos son autobiográficos, aunque de distinto modo. La comparación entre ambos puede ser útil para teorizar sobre el tipo de subjetividad que Bunge imprime en el segundo de ellos. *Viaje alrededor de mi infancia* puede leerse junto con otros trabajos escritos por mujeres de clase alta de la época. Este tipo de libros idealiza la niñez y narra la vida de las mujeres de la clase privilegiada como una eterna e ininterrumpida sucesión de fiestas, visitas sociales y pasatiempos culturales.

En estos libros, la vida personal es un tema que merece explicarse extensamente y narrarse con minuciosidad. Tales relatos siempre incluyen una travesía meticulosa a través de las complejas relaciones familiares e interfamiliares. En *Tierras del mar azul*, en cambio, Bunge se aleja de las convenciones comunes a estas autobiografías y produce un texto que privilegia las ideas y las ideologías y, al hacerlo, excluye lo personal. De este modo, Delfina Bunge comparte con otras escritoras de narrativas de viajes del siglo xx el discurso impersonal donde lo personal y lo interior, características por excelencia de la literatura de viajes escrita por mujeres, están completamente ausentes. En el caso de Bunge, esta anomalía no marca solamente el alejamiento de las convenciones del género, sino, además, un distanciamiento del estatus de su propia clase social y del estilo de escritura que las escritoras de su tiempo y condición social producían en la época. Su relato sobre este viaje es mucho más impersonal que el de su esposo, y es ella quien logra que su informe de viaje se publique como un libro. Su trabajo no se limita a borrar los temas personales en lo que respecta a las relaciones interfamiliares y las cuestiones de alojamiento; también omite todo lo referente a los éxitos literarios de su esposo. Mientras que Gálvez se ocupa exhaustivamente de sus encuentros con figuras literarias famosas de la talla de Marinetti, Bunge se presenta como una viajera anónima sumamente comprometida con la

experiencia religiosa que le ofrece el viajar a través de tierras no católicas, aunque sí bíblicas.

El libro de Delfina Bunge también sugiere la premisa de que el viaje tradicional que realizan las elites argentinas a Europa es imperfecto, porque apela a las necesidades estéticas de los viajeros y no a las espirituales: “¡Cuántos hay que van a Europa, cinco, seis veces, y no piensan jamás en ir a Jerusalén! Cristianos que no sueñan sino con Londres y París. Son, sin duda, intensas las impresiones de arte que París o Londres pueden darnos. Pero, ¿es esto comparable con lo que en Palestina nos espera?”²

Con la estructura de la narración de un peregrinaje, el viaje que Bunge relata comienza en Brasil, la lleva a través del Mediterráneo y el Oriente Medio, y culmina en Roma con la combinación de los dos elementos que —según la cita anterior— la autora considera antitéticos: lo artístico y lo espiritual. No sorprende lo que Bunge opina de Roma: “Yo sólo quise dar esta impresión de patria que en Roma nos aguarda. Esta alegría de ser recibido como un hijo en el abrazo de las columnatas de San Pedro.”³

Este “abrazo” es particularmente sugerente si lo relacionamos con otro “abrazo” al que Bunge se había referido anteriormente. Cuando describe “al viejo Cairo” —así es como llama a la ciudad de El Cairo— menciona una mezquita con características especiales: “Esto pasa cerca de la entrada, en una especie de patio que precede a la mezquita o forma parte de ella, y no lejos de dos columnas cercadas por alambres. Entre estas columnas, dice la leyenda, sólo puede pasar un hombre honrado, y han tenido que cercarlas por los muchos que, queriendo hacer alarde de honradez, han muerto apresados por ellas.”⁴

Resulta interesante el contraste que existe entre las columnas del catolicismo, que prodigan amor y contención, y las columnas peligrosas y crueles del Islam. Durante su viaje, la autora se coloca a sí misma y a lo que ella considera argentino en oposición a dos pueblos que define como extranjeros: el musulmán y el judío. El modo en que retrata a ambos grupos responde a prejuicios muy diferentes. Cuando describe a los musulmanes, refleja la visión que sobre ellos prevalecía en Europa —y que se reconstruía en Argentina—, visión que siempre los asociaba con la barbarie. Cuando describe a los judíos, su discurso está imbuido del antisemitismo del discurso naciona-

² Bunge, *Viaje*, 1938, p. 195.

³ *Ibid.*, p. 214.

⁴ *Ibid.*, p. 106.

lista contemporáneo del país. Los musulmanes se presentan como metáforas de la barbarie en Argentina; los judíos, como un peligro inminente contra el espíritu argentino.

La escritura de Bunge define una jerarquía en que la condición de ser argentino está asociada con el pasado, los ancestros y la tierra, pero por encima de todo, con el catolicismo. Bunge utiliza reiteradamente la palabra *patria* para referirse a la madre patria de la Iglesia católica. La inmigración se presenta como el elemento que desencadena la crisis espiritual del país en ese momento. Por lo tanto, es importante que se recuperen los elementos espirituales, y eso es exactamente lo que Bunge hace en su viaje a Jerusalén. Para ella, Europa y el Oriente Medio no representan un placer estético, sino un crecimiento espiritual. El contraste entre la riqueza y la indigencia, lo económico y lo espiritual, aparece en la primera página de sus escritos. Analicemos su opinión sobre posibles inmigrantes:

Pienso que quizá alguno de estos pequeñuelos que ahora chapotean en el barro, con los pies descalzos se irá a probar fortuna a aquella ciudad que bien conozco... ¿Qué le ofrecemos allí? El conventillo horrendo y la fábrica, con el solo respiradero del cinematógrafo norteamericano de deshecho (ladrones y “vampiresas”). Y cuando se haya civilizado tanto que sepa ya leer, se le venderán, por pocos centavos, revistas de un lodo más pernicioso, por cierto, que el de estas callejuelas. Y me entra una gran pena y el deseo de gritarle: “Quédate, pequeñuelo, aunque sea en las cercanías del Templo de Serapis; si en estas ruinas se oculta algún demonio adverso, mil otros te esperan en la gran ciudad... No dejes que por un poquito menos de miseria material —y aun ¡quién sabe!— tanta riqueza como estas tierras ofrecen a tu espíritu.”⁵

En esta descripción de la vida de los nuevos inmigrantes a Buenos Aires abundan las imágenes que utilizaba el incipiente movimiento nacionalista: el conventillo, la cultura laica, la educación pública. La referencia irónica a las fuerzas de la civilización que imaginaba la generación del 80, especialmente la educación pública y sus masivas campañas literarias, le permite compararlas con el lodo de las calles de Nápoles. La espiritualidad que Bunge encuentra en su viaje a Europa contrasta con lo mundano y la pobreza de espíritu que halla en Buenos Aires. La pobreza se presenta digni-

⁵ *Ibid.*, pp. 78-79.

ficada en Italia, próxima a los orígenes de la civilización occidental, pero es vista como la fuente del mal y de la corrupción del espíritu en una sociedad laica –y sacrílega– como la de la Argentina urbana.

Escritores como Sarmiento habían utilizado a los musulmanes en comparaciones con los gauchos. Comparaban a los gauchos y a su cultura con los grupos islámicos nómades de Palestina en un retrato que, sin duda, habían tomado prestado del romanticismo francés. En la descripción de Bunge, sin embargo, los musulmanes representan la barbarie porque no son cristianos, y no los compara con los gauchos porque, para la época en que ella escribe, éstos ya se habían convertido en personajes canonizados, símbolos de lo argentino, en contraposición con la extranjería de los inmigrantes.

En el texto de Bunge, la narrativa de lo individual ocupa un lugar secundario respecto a la de la nacionalidad, que se reinterpreta como una narrativa espiritual. Ella usa el orientalismo en los términos de Lisa Lowe, como “un tema de cita cultural o la repetición de signos culturales”.⁶ Su bagaje cultural incluye las novelas románticas francesas y las citas argentinas de los orientalismos de los románticos franceses. Sin embargo, se concentra muy específicamente en las actividades que los árabes realizan a espacio abierto, dejando de lado el discurso de lo interior que parecía resultar muy atractivo para otras viajeras. No hay ninguna referencia a las relaciones familiares y a cuestiones domésticas en su propio mundo y tampoco en los lugares que visitó. *Tierras del mar azul* menoscaba la relevancia de su propia vida pública en un intento de realzar su misión como proselitista del catolicismo. Sin embargo, el libro no podría leerse como un compendio de chismes y sugerencias turísticas, como muchos otros relatos de viajes publicados en la época, sino como una invitación a adherirse a la búsqueda espiritual de la autora.

Como hemos visto, las tres escritoras de viajes que he analizado en esta parte del libro –Cecilia Grierson, Ada María Elflein y Delfina Bunge– no encuadran dentro de las delimitaciones del estereotipo de las escritoras de viajes. No escriben sobre temas privados ni femeninos; su caracterización personal no se basa en el ser individual, sino en su calidad de profesional o miembro de una colectividad. La mera existencia de estos textos demuestra el cambio de actitud en Argentina en lo que respecta a la profesionalización

⁶ Lowe, *Critical*, 1991, p. 2.

de la mujer y a la distinción entre las esferas pública y privada de hombres y mujeres. Cecilia Grierson se esforzó por construir espacios públicos destinados a las mujeres. Ada Elflein dio un sentido nacional a estos nuevos espacios. Delfina Bunge agregó el elemento religioso para definir a la nación y creó un discurso racista y reaccionario a fin de resistir la secularización y el cosmopolitismo de la nueva Argentina. Aunque esta ideología ganó ímpetu en la década de los treinta del siglo pasado, algunos de sus presupuestos ideológicos subsisten lamentablemente aún hoy.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Johann Moritz Rugendas, <i>Retrato de María Sánchez de Mendeville</i> , 1815. Óleo sobre tela, 61.5 x 51.7 cm. Reproducción autorizada por el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires	32
Johann Moritz Rugendas, <i>El rapto de la cautiva</i> , 1848. Óleo sobre tela, 44.5 x 53.5 cm. Colección particular	33
Julius Beerbohm, <i>An Indian Camp</i> en Julius Beerbohm, <i>Wanderings in Pata- gonia</i> , 1881	88
Julius Beerbohm, <i>Indian Camp</i> en Florence Dixie, <i>Across Patagonia</i> , 1881	90

BIBLIOGRAFÍA

- Actas del II Congreso de Historia Argentina y Regional*, celebrado en Comodoro Rivadavia del 12 al 15 de enero de 1973, Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1974.
- Aitken, M., *A Girdle Round the Earth*, Londres, Constable, 1987.
- Alexander, Sally, "Women, Class and Sexual Difference", *History Workshop*, Oxford University Press, núm. 17, 1984, Oxford, pp. 125-149.
- Alonso, Amado, *Castellano, español, idioma nacional*, Buenos Aires, Coni, 1938.
- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, "La Argentina del centenario: Campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", *Hispanérica*, Universidad de Maryland, vol. 9, núms. 25-26, 1980, pp.35-39.
- , "¿Somos nación?" en *Ensayos argentinos de Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- , "La fundación de la literatura argentina" en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (eds.), *Ensayos argentinos de Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- , *Literatura/sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.
- , "Una vida ejemplar: la estrategia en Recuerdos de Provincia" en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Literatura/sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983, pp. 163-209.
- Althusser, Louis, "Ideology and Ideological State Apparatuses", *Lenin and Philosophy and Other Essays*, Nueva York, Monthly Review Press, 1971.
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities*, Londres, Verso, 1983.
- Anzoátegui, Ignacio B., *Manuel Gálvez*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961.
- Areán, Carlos, *La pintura en Buenos Aires*, Buenos Aires, Abel Resnik, 1981.

- Armstrong, Nancy, "Literature as Women's History", *Genre*, University of Illinois, núm. 20, 1987, Chicago, pp. 101-110.
- Auza, Néstor Tomás, *Periodismo y feminismo en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1988.
- , "Eduarda Mansilla: Escritora y mujer de su tiempo" en Mempo Giardinelli (ed.), *Mujeres y escritura*, Buenos Aires, Puro Cuento, 1989.
- Balderston, Daniel, "Introducción" en Daniel Balderston (ed.), *The Historical Novel in Latin America*, Gaithersburg Maryland, Hispamérica, 1986.
- Barba, Enrique *et al.*, "La Campaña del Desierto y el problema de la tierra. La ley de premios militares de 1885" en *Actas*, 1974, vol. III.
- Barra, Emma de la, *Stella*, Madrid, Hispamérica, 1985.
- Barthes, Roland, *Camera Lucida: Reflections on Photography*, Nueva York, Hill and Wang, 1981.
- Bayer, Osvaldo, *La Patagonia trágica*, México, Nueva Imagen, 1980.
- Beck-Bernard, Lina, *Le rio Parana: cinq années de séjour dans la république argentine*, París, Gressart, 1864.
- , *La estancia de Santa Rosa*, Santa Fe, Alianza Francesa/Universidad Nacional del Litoral, 1990.
- Berbohm, Julius, *Wanderings in Patagonia*, Londres, Chatto and Windus, 1981.
- Benstock, Shari, *The Private Self: Theory and Practice of Women's Autobiographical Writing*, Chapel Hill, Universidad de Carolina del Norte, 1988.
- Birkett, D., *Spinsters Abroad: Victorian Lady Explorers*, Oxford, Oxford University Press, 1989.
- Bosch, Beatriz, "Patagonia y la cuestión de las tierras públicas en la Confederación Argentina" en *Actas*, 1974, vol. I.
- Brintrup, Lilianet, *Viaje y escritura: Viajeros románticos chilenos*, Nueva York, Peter Lang, 1992.
- Bullrich, Francisco, "La arquitectura de Buenos Aires" en Ezequiel Gallo y Gustavo Ferrari (eds.), *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.
- Bunge, Julia Valentina, *Vida: Época maravillosa 1903-1911*, Buenos Aires, Emecé, 1965.
- Bunge de Gálvez, Delfina, *Viaje alrededor de mi infancia*, Buenos Aires, López, 1938.
- , *En torno a León Bloy*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1944.
- , *Tierras del mar azul*, Buenos Aires, Editorial América Unida, s. a.

- Busaniche, José Luis, *Cinco años en la Confederación Argentina 1857-1862*, Buenos Aires, El Ateneo, 1935.
- Butler, Judith, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York, Routledge, 1990.
- , *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of "Sex"*, Nueva York, Routledge, 1993.
- Cárdenas, Eduardo José y Carlos Manuel Payá, *El primer nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Pena Lillo, 1978.
- Carlson, Marifran, *Feminismo! The Women's Movement in Argentina from its Beginnings to Eva Perón*, Chicago, Academia de Chicago, 1988.
- Chauduri, Nupur y Margaret Strobel, *Western Women and Imperialism: Complicity and Resistance*, Bloomington, Indiana University Press, 1992.
- Cirigliano, Gustavo, *Las maestras norteamericanas*, San Juan, Universidad Nacional de San Juan, 1988.
- Clementi, Hebe, "La maestra normal, Raselda" en Mempo Giardinelli (eds.), *Mujeres y escritura*, Buenos Aires, Puro Cuento, 1989.
- Clifford, James, *The Predicament of Culture*, Cambridge, Londres, Oxford University Press, 1988.
- , *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century*, Cambridge, Harvard University Press, 1997.
- y G. E. Marcus, *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986.
- Colombi, Beatriz, *Viaje intelectual: Migraciones y desplazamientos en América Latina 1880-1910*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2004.
- Cott, Nancy, "Passionlessness: An Interpretation of Victorian Sexual Ideology", *Signs*, Universidad de Chicago, núm. 4, 1978, pp. 219-236.
- Dixie, Florence, *Across Patagonia*, Nueva York, R. Worthington, 1881.
- Du Bois, Page, *Sowing the Body*, Chicago, University of Chicago Press, 1988.
- Durnford, W., "Exploration of Central Patagonia", *Proceedings of the Royal Geographical Society of London*, 1883, pp.84-89.
- Elflein, Ada María, *De tierra adentro*, Buenos Aires, Hachette, 1961.
- , *Historias de luz y sombra*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1984.
- , *Leyendas argentinas*, Buenos Aires, Huemul, 1986.
- Fabian, Johannes, *Time and the Other: How Anthropology Makes its Object*, Nueva York, Columbia University Press, 1983.
- Feijóo, María del Carmen, *Las feministas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1975.

- , “La mujer en la historia argentina”, *Todo es Historia*, núm. 183, agosto de 1982, pp. 8-16.
- Ferrari, Gustavo y Ezequiel Gallo (eds.), *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.
- Fiol-Mata, Licia, “The ‘School-Teacher of America’: Gender, Sexuality, and Nation in Gabriela Mistral” en Emilie Bergmann y Paul Julian Smith (eds.), *Queer Readings, Hispanic Writings*, Durham, Duke University Press, 1995.
- Fletcher, Lea, *Una mujer llamada Herminia*, Buenos Aires, Catálogos, 1987.
- (ed.), *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Feminaria, 1994.
- Foucault, Michel, *The Archaeology of Knowledge*, Nueva York, Pantheon Books, 1972.
- Franco, Jean, “Un viaje poco romántico: viajeros británicos hacia Sudamérica: 1818-1828”, *Escritura: Revista de Teoría y Crítica Literaria*, vol. 4, núm. 7, 1979, pp. 129-142.
- , prolog. en William Henry Hudson, *La tierra púrpura y allá lejos y hace tiempo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.
- , “Trends and Priorities for Research on Latin American Literature”, *Ideologies and Literature*, vol. 4, núm. 16, mayo-junio de 1983, pp. 107-120.
- , “Self-Destructing Heroines”, *Minnesota Review*, núm. 22, 1984, pp. 105-115.
- , “Killing Nuns, Priests, Women and Children” en Marshall Blonsky (ed.), *On Signs*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1985.
- , “Beyond Ethnocentrism: Gender, Power and the Third World Intelligentsia” en Lawrence Grossberd y Cary Nelson (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Champaign-Urbana, University of Illinois Press, 1988.
- Furlong, Guillermo, “La Patagonia en la cartografía antigua y moderna” en *Actas*, 1974, vol. II.
- Gallo, Ezequiel, *La Pampa gringa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.
- Gálvez, Lucía, *Mujeres de la conquista*, Buenos Aires, Planeta, 1990.
- Gálvez, Manuel, “La trata de blancas”, tesis de doctorado, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Imprenta de José Tragant, 1905.
- , *El diario de Gabriel Quiroga*, Buenos Aires, Moen, 1910.
- , *El solar de la raza*, Madrid, Saturnino Calleja, 1913.

- , *La maestra normal*, Buenos Aires, Tor, 1914.
- , *Nacha Regules*, Buenos Aires, Losada, 1950 (1a. ed. 1918).
- García Mansilla, Daniel, *Visto, oído y recordado*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1950.
- Garrels, Elizabeth, “El ‘espíritu de la familia’ en *La novia del hereje* de Vicente Fidel López”, *Hispanamérica*, vol. 16, núms. 46-47, 1987, pp. 3-24.
- , “Sarmiento and the Question of Woman: From 1839 to *Facundo*” en Tulio Halperin Donghi, Gwen Kirkpatrick, Francine Masiello (eds.), *Sarmiento Author of a Nation*, Berkeley, University of California Press, 1994.
- Gates, Henry Louis Jr., “Introducción: Writing ‘Race’ and the Difference It Makes” en Henry Louis Gates, Jr. (ed.), “*Race*”, *Writing and Difference*, Chicago, University of Chicago Press, 1985.
- Gorriti, Juana Manuela, *Sueños y realidades*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo de C. Casavalle, 1865.
- , *Panorama de la vida*, Buenos Aires, Librería e Imprenta de Mayo, 1876.
- , *Oasis en la vida*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1888.
- , *La tierra natal*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1889.
- , *Las veladas literarias de Lima, 1876-1877*, Buenos Aires, Imprenta Europea, 1892.
- , *La cocina ecléctica*, Buenos Aires, Librería Sarmiento, 1977 (1a. ed. 1877).
- , “Un año en California”, *La Revista de Buenos Aires*, núm. 18, 1986, pp. 106-116, 228-241, 356-398.
- Greenstein, Susan, “Sarah Lee: The Woman Traveller and the Literature of Empire” en Dorsey, Egeruju y Arnold (eds.), *Design and Intent in African Literature*, Washington, Three Continents Press, 1979.
- Grewal, Inderpal, *Home and Harem. Nation, Gender, Empire, and the Cultures of Travel*, Durham y Londres, Duke University Press, 1996.
- y Caren Kaplan (eds.), *Scattered Hegemonies: Postmodernism and Transnational Feminist Practices*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1994.
- Grierson, Cecilia, *Educación técnica de la mujer*, Buenos Aires, Tipografía de la Penitenciaría, 1902.
- Guerra, Rosa, *Lucía Miranda*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1956.
- Guinnard, Auguste, *Trois années d’esclavage chez les patagons: Récit de ma captivité*, París, E. Brunet, 1864.

- , “Trois années de captivité chez les patagons”, *Le Tour du Monde*, 1856, pp. 241-268.
- Gunn, J., “Recent Explorations in Tierra del Fuego”, *Scottish Geographical Magazine*, núm. 4, 1888, pp. 310-326.
- Guy, Donna, *Sex and Danger in Buenos Aires*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1991.
- Halperin Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Capítulo, 1982.
- Hamalian, Leo, *Ladies on the Loose: Women Travellers of the Eighteenth and Nineteenth Centuries*, Nueva York, Dodd/Mead, 1981.
- Hernando, Diana, “*Casa y familia: Spatial Biographies in Nineteenth Century Buenos Aires*”, tesis de doctorado, Los Ángeles, Universidad de California, 1973.
- Howard, Jennie, *In Distant Climes and Other Years*, Buenos Aires, American Press, 1931.
- Hudson, William Henry, *The Purple Land*, Nueva York, The Modern Library, 1884.
- , *Idle Days in Patagonia*, Nueva York, Dutton & Co., 1917 (1a. ed. 1893).
- , *La tierra púrpura y Allá lejos y hace tiempo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.
- Iglesia, Cristina y Julio Schwartzman, *Cautivas y misioneros: mitos blancos de la conquista*, Buenos Aires, Catálogos, 1987.
- INDEC, *La población no nativa de la Argentina*, Buenos Aires, Serie Análisis Demográfico, núm. 6.
- Jauretche, Arturo, *El medio pelo en la sociedad argentina: apuntes para una sociología nacional*, Buenos Aires, Corregidor, 1991.
- Jitrik, Noé, *El 80 y su mundo*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968.
- , *Los viajeros*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969.
- , “De la historia a la escritura: predomios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana” en Daniel Balderston (ed.), *The Historical Novel in Latin America*, Gaithersburg, Hispamérica, 1986.
- Kaplan, Cora, *Sea Changes: Culture and Feminism*, Londres, Verso, 1986.
- Katra, William H., “Re-reading *Viajes*: Race, Identity, and National Destiny” en Halperin Donghi, Jaksic, Kirkpatrick, Masiello (eds.) *Sarmiento. Author of a Nation*, Berkeley, University of California Press, 1994.
- Kirkpatrick, Gwen, “The Journalism of Alfonsina Storni: A New Approach to Women’s History in Argentina” en Seminario sobre Feminismo en

- América Latina, *Women, Politics and Culture in Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1990.
- Kirkpatrick, Susan, *Las Románticas: Women Writers and Subjectivity in Spain, 1835-1850*, Berkeley, University of California Press, 1989.
- Korn, Francis, *Buenos Aires: los huéspedes del 20*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1989.
- Kristeva, Julia, *Strangers to Ourselves*, Nueva York, Columbia University Press, 1991.
- Kupchik, Christian, *La ruta argentina: el país contado por viajeros y escritores*, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Ladaga, Liliana R., "Contribución al estudio de la actividad parlamentaria en torno a los ferrocarriles patagónicos" en *Actas*, 1974, vol. III.
- Lafleur, Héctor René y Sergio Provenzano, *Las revistas literarias argentinas (1893-1960)*, Buenos Aires, Editoriales Culturales Argentinas, 1962.
- Laiseca, Clara V., *Cartas de Mariquita Sánchez*, Buenos Aires, Peuser, 1952.
- Lauretis, Teresa de, *Alice Doesn't*, Bloomington, Universidad de Indiana, 1984.
- Levy, Jim, *Juana Manso, Argentine Feminist*, Boondora, La Trobe University Press-La Trobe University Institute of Latin American Studies, 1977 (Occasional Papers, núm. 1).
- Little, Cynthia, "Education, Philanthropy, and Feminism: Components of Argentine Womanhood, 1860-1926" en Asunción Lavrín (ed.), *Latin American Women: Historical Perspectives*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1978, pp. 235-253.
- , "The Society of Beneficence in Buenos Aires, 1823-1900", tesis de doctorado, Filadelfia, Temple University, 1980.
- Lombroso, Gina, *The Soul of Woman*, Nueva York, Dutton & Co., 1923.
- Lowe, Lisa, *Critical Terrains: French and British Orientalisms*, Ithaca, Cornell University Press, 1991.
- Ludmer, Josefina, "Tretas del débil" en Patricia Elena González y Eliana Ortega (eds.), *La sartén por el mango: encuentro de escritoras latinoamericanas*, Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1984.
- , *El género gauchesco: un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- Lugones, María, "Playfulness: 'World'-Traveling, and Loving Perception" en Gloria Anzaldúa (ed.), *Haciendo caras/Making Face, Making Soul*, San Francisco, Aunt Lute, 1990.

- Luiggi, Alice Houston, *Sixty-five Valiants*, Gainesville, University of Florida Press, 1965.
- Manganiello, Ethel M., *Historia de la educación argentina*, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1980.
- Mansilla, Eduarda, *Pablo ou la vie dans les Pampas*, París, E. Lachaud, 1869.
- , *Cuentos*, Buenos Aires, Imprenta de la República, 1880.
- , *Recuerdos de viaje*, Buenos Aires, Juan A. Alsina, 1880.
- , *Lucía Miranda: novela histórica*, Buenos Aires, Juan A. Alsina, 1882.
- , *Un amor*, Buenos Aires, El Diario, 1885.
- , *El médico de San Luis*, Buenos Aires, EUDEBA, 1962.
- Mármol, José, *Amalia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967.
- Martín, Luis, *Daughters of the Conquistadores*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1983.
- Martínez, Estrada Ezequiel, *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, México, FCE, 1971.
- , *Los invariantes históricos en el Facundo*, Buenos Aires, Casa Pardo, 1974.
- Masiello, Francine, "Contemporary Argentine Fiction: Liberal (Pre)Texts in a Reign of Terror", *Latin American Research Review*, vol. 16, núm. 1, 1981, pp. 218-225.
- , "Between Civilization and Barbarism: Women, Family and Literature in Mid-nineteenth Century Argentina" en Hernán Vidal (ed.), *Cultural and Historical Grounding for Hispanic and Luso-Brazilian Feminist Literary Criticism*, Minneapolis, Instituto para el Estudio de Ideologías y Literatura, 1989.
- , "Women, State, and Family in Latin American Literature of the 1920s" en el Seminario sobre Feminismo y Cultura Latinoamericana, *Women, Politics and Culture in Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1990.
- , *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1992.
- McGann, Thomas F., "La Argentina y los Estados Unidos: 1880-1914" en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (eds.), *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.
- Deutsch McGee, Sandra, *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: The Argentine Patriotic League*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986.
- Mills, Sara, *Discourses of Difference. An Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism*, Londres, Routledge, 1991.

- Mizraje, María Gabriela, *Argentinas de Rosas a Perón*, Buenos Aires, Biblos, 2000.
- Molina, Enrique, *Una sombra donde sueña Camila O’Gorman*, Buenos Aires, Losada, 1973.
- Molloy, Sylvia, “Imagen de Mansilla” en G. Ferrari y E. Gallo (eds.), *En la Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.
- , *At Face Value: Autobiographical Writing in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- Montaldo, Graciela, *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1994.
- Monteleone, Jorge, *El relato de viaje: de Sarmiento a Umberto Eco*, Buenos Aires, El Ateneo, 1998.
- Moreira de Alba, Beatriz y Ana Inés Ferreira, “La Patagonia a través de los mensajes presidenciales 1810-1930” en *Actas*, 1974, vol. III.
- Muschietti, Delfina, “Mujeres que escriben: aquel reino anhelado, el reino del amor”, *Nuevo Texto Crítico*, vol. 3, núm. 4, 1989, pp. 79-102.
- Navarro, Marysa, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968.
- Newton, Judith L., Mary P. Ryan y Judith R. Walkowicz, *Sex and Class in Women’s History*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983.
- Novoa, Adriana Inés, “Unclaimed Fright: Race, Masculinity, and National Identity in Argentina 1850-1910”, tesis de doctorado, San Diego, Universidad de California, 1998.
- Ocampo, Victoria, *Autobiografía*, Madrid, Alianza, 1991.
- Onega, Gladys, *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, 1965 (Cuadernos de Letras).
- Piglia, Ricardo, “Ficción y política en la literatura argentina”, *Cuadernos Hispanoamericanos: Revista Mensual de Cultura Hispánica*, julio-septiembre de 1993, pp. 514-516, 517-519.
- Potter, Anne Louise, “Political Institutes: Political Decay and the Argentine Crisis of 1930”, tesis de doctorado, Universidad de Stanford, 1979.
- Pratt, Mary Louise, “Mapping Ideology: Gide, Camus and Algeria”, *College Literature*, núm. 8, 1981, pp. 158-174.
- , “Conventions of Representation: Where Discourse and Ideology Meet” en Heidi Byrnes (ed.), *Contemporary Perceptions of Language: Interdisciplinary Dimensions*, Washington, Georgetown University Press, 1982.
- , “Scratches on the Face of the Country: What Mr. Barrow Saw in the Land of the Bushman” en Henry Louis Gates Jr. (ed.), “Race”, *Writing and Difference*, Chicago, Chicago University Press, 1985.

- , “Fieldwork in Common Places” en James Clifford y George Marcus (eds.), *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1987.
- , *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, Londres, Routledge, 1992.
- Prieto, Adolfo, *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982 (1a. ed. 1966).
- , *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- , *Los viajeros británicos y la formación de la literatura argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina*, Asociación Universitarias Argentinas, Buenos Aires, CEPPI, 1911.
- Primer Congreso Patriótico de Señoras en América del Sur*, Buenos Aires, Imprenta Europea de M. A. Rosa, 1910.
- Rama, Ángel, *Los gauchipolíticos rioplatenses*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.
- , *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984.
- , “La modernización literaria latinoamericana”, *Hispanérica*, núm. 36, diciembre de 1983, pp. 1-19.
- Ramos, Juan P., *Historia de la instrucción primaria en la república argentina 1810-1910*, Buenos Aires, 1910.
- Ribera, Adolfo Luis, *El retrato en Buenos Aires 1580-1870*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1982.
- Rivière, Joan, “Womanliness as a Masquerade” en Victor Burgin, James Donald y Cora Kaplan (eds.), *Formations of Fantasy*, Londres, Methuen, 1986.
- Rodríguez, Ileana, *House, Garden, Nation: Space, Gender, and Ethnicity in Post-colonial Latin American Literatures by Women*, Durham, Duke University Press, 1994.
- *Women, Guerrillas, and War. Understanding War in Central America*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996.
- Rodríguez Pérsico, Adriana, *Un huracán llamado progreso: Utopía y autobiografía en Sarmiento y Alberdi*, Washington, OEA, 1993.
- Rojas, Ricardo, *El alma española*, Valencia, Sempere y Compañía, 1908.
- , *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, Ministerio de Justicia, 1909.
- , *Blasón de plata*, Madrid, Hispanérica, 1986 (1a. ed. 1910).

- , *La argentinidad*, Buenos Aires, La Facultad, 1916.
- Romero, José Luis, *El desarrollo de las ideas en la Argentina del siglo XX*, México, FCE, 1965.
- Rosman-Askot, Adriana, “Out of the Shadows: Two centuries of Argentine Women’s Voices”, *Critical Matrix* 2, núms. 1-3, primavera de 1986, pp. 70-100.
- Rotker, Susana, “Lucía Miranda negación y violencia del origen”, *Revista Iberoamericana*, núms. 178-179, 1997, pp. 115-127.
- , *Cautivas: Olvidos y memoria en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1999.
- Rubin, Gayle, “The Traffic of Women: Notes on the Political Economy of Sex” en Rayna Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*, Nueva York, Monthly Review Press, 1975.
- Ruiz, Elida, “Una reflexión sobre Juana Manso” en Mempo Giardinelli (ed.), *Mujeres y escritura*, Buenos Aires, Puro Cuento, 1989.
- Sáenz Quesada, María, *Mariquita Sánchez: Vida política y sentimental*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- Said, Edward, *Orientalism*, Nueva York, Vintage, 1979.
- , “Orientalism Reconsidered”, *Cultural Critique*, Universidad de Oxford, otoño de 1985, pp. 89-107.
- Salessi, Jorge, *Médicos, maleantes y maricas: Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina (Buenos Aires: 1871-1914)*, El Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1995.
- Sánchez, Mariquita, *Recuerdos del Buenos Aires virreynal*, Buenos Aires, Ene, 1953.
- Santos Gómez, Susana, *Bibliografía de viajeros a la Argentina*, Buenos Aires, FECIC, 1983.
- Sarlo, Beatriz, “Vanguardia y vida literaria” en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (eds.), *Ensayos argentinos de Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- , *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogo, 1985.
- , *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
- Sarmiento, Domingo Faustino, *La educación popular*, Buenos Aires, Librería La Facultad, 1915 (1a. ed. 1849).
- , *Facundo*, Buenos Aires, Huemul, 1978.
- , *Viajes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981.
- Scobie, James R., *Argentina: A City and a Nation*, Nueva York, Oxford University Press, 2a. ed., 1971.

- , *Buenos Aires: Plaza to Suburb*, Nueva York, Oxford University Press, 1974.
- Seminario sobre Feminismo y Cultura Latinoamericana, Women, Culture, and Politics in Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1990.
- Shattock, Joanne, "Travel Writing Victorian and Modern: A Review of Recent Research", *Prose Studies*, vol. 5, núm. 1, 1982, pp. 151-164.
- Shumway, Nicolas, *The Invention of Argentina*, Berkeley, University of California Press, 1991.
- Smith-Roseberg, Carroll, "Writing History: Language, Class and Gender" en Teresa de Lauretis (ed.), *Feminist Studies/Critical Studies*, Bloomington, Indiana University Press, 1986.
- Socolow, Susan M., "Cónyuges aceptables: la elección de consortes en la Argentina colonial, 1778-1810" en Asunción Lavrín (ed.), *Sexualidad y matrimonio en la América hispánica: Siglos XVI-XVIII*, México, COLMEX, 1991.
- Soler, Ricaurte, *El positivismo argentino*, México, UNAM, 1979.
- Sommer, Doris, *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1991.
- Sosa de Newton, Lily, *Las argentinas de ayer a hoy*, Buenos Aires, Zanetti, 1967.
- Spivak, Gayatri Chakravorty, "Three Women's Texts and a Critique of Imperialism", *Critical Inquiry* 12, 1985, pp. 262-281.
- , "A Literary Representation of the Subaltern: a Woman's Text from the Third World" en *In Other Worlds*, Nueva York y Londres, Routledge, 1987.
- Steele, Cynthia, "Toward a Socialist Feminist Criticism of Latin American Literature", *Ideologies and Literature*, vol. 4, núm. 16, mayo-junio de 1983, pp. 323-329.
- Stolen, Kristi Anne, *The Decency of Inequality: Gender, Power and Social Change on the Argentine Prairie*, Oslo, Scandinavian University Press, 1996.
- Sugg, Redding S., *Motherteacher: The Feminization of American Education*, Charlottesville, University of Virginia Press, 1978.
- Szurmuk, Mónica, "Ada María Elflein: Viaje al interior de las identidades", *Revista Monográfica*, núm. 12, 1996, pp. 337-344.
- , *Women in Argentina: Early Travel Narratives*, Florida, University of Florida Press, 2000.
- , *Mujeres en viaje: Escritos y testimonios*, Buenos Aires, Alfaguara, 2000.

- Taboada, Asunción, *Vida y obra de Cecilia Grierson, la primera médica argentina*, Buenos Aires, Triada, 1983.
- Taussig, Michael, *Shamanism, Colonialism and the Wild Man: A Study in Terror and Healing*, Chicago, University of Chicago Press, 1987.
- Tedesco, Juan Carlos, *Educación y sociedad en la Argentina 1880-1945*, Buenos Aires, Solar, 1986.
- Tinling, Marion, *Women into the Unknown: A Sourcebook on Women Explorers and Travelers*, Nueva York, Greenwood, 1989.
- Traba, Marta, "Hipótesis sobre una escritura diferente", *Quimera*, núm. 13, 1981, pp. 9-11.
- Trieffilo, Samuel, *La Argentina vista por viajeros ingleses 1800-1860*, Buenos Aires, Guré, 1959.
- Ulla, Noemí, *La revista "Nosotros"*, Buenos Aires, Galerna, 1969.
- Uriburu, José Evaristo, *La república argentina a través de las obras de los escritores ingleses*, Buenos Aires, Claridad, 1948.
- Vásquez Presedo, Vicente, *Estadísticas históricas argentinas (comparadas)*, Buenos Aires, Macchi, 1971.
- Veyne, Paul, *Comment on écrit l'histoire*, París, Seuil, 1978.
- Vilaseca, Clara, *Cartas de Mariquita Sánchez: Biografía de un época*, Buenos Aires, Peuser, 1952.
- Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política: De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Siglo XX, 1971.
- , *Indios, ejércitos y fronteras*, México, Siglo XXI, 1982.
- , *De Sarmiento a Dios: Viajeros argentinos a USA*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Walker, John, "Home Thoughts from Abroad", *Canadian Review of Comparative Literature*, 1983, pp. 333-376.
- Williams, Raymond, *The Country and the City*, Nueva York, Oxford University Press, 1973.
- Williams, Alzaga Enrique, *La Pampa en la novela argentina*, Buenos Aires, Estrada, 1955.
- Wilson, Jason, *W. H. Hudson: The Colonial's Revenge*, Londres, Institute of Latin American Studies-University of London, 1981 (Working Papers).
- Zavalía, Lagos Jorge, *Mariquita Sánchez y su tiempo*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1986.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- A
- Alberdi, Juan Bautista: 21, 41, 53, 72.
Alonso, Amado: 119.
Altamirano, Carlos: 51, 119.
Amalia (novela): 35, 37.
Arcos, Santiago: 75.
- B
- Beck-Bernard, Charles: 55, 57, 68.
Beck-Bernard, Lina: 15, 25, 31, 50, 54-68,
81, 104, 106, 140.
Beerbohm, Julius: 87-90, 92, 93.
Bullrich, Silvina: 74n.
Bunge, Delfina: 17, 25, 80, 122n, 141, 142,
142n, 143-148.
Busaniche, José Luis: 56.
- C
- Campaña del Desierto: 71, 83, 84, 132, 138.
Clifford, James: 17, 91.
- D
- Cott, Nancy F.: 107, 108.
- D'Amicis, Edmundo: 113.
Darwin, Charles: 84, 92.
De Estrada, Liniers: 46.
De Estrada, Santiago: 45.
De la Barra, Emma: 17, 51n, 74n, 113, 114n,
115, 116, 122, 123.
Dickens, Charles: 104n, 105.
Dixie, Florence: 16, 22, 25, 83-87, 89,
91-97, 104.
- E
- Echeverría, Esteban: 21, 45.
Elflein, Ada María: 17, 25, 122, 123, 128,
131-141, 147, 148.
- F
- Fabian, Johannes: 26, 93.

Facundo: 13, 14, 42n, 48n, 100, 137.
Fernández, Juan Ramón: 103.
Fiol-Mata, Licia: 135.
Frías, Félix: 45.

G

Gallo, Ezequiel: 57n.
Gálvez, Manuel: 119, 120-122, 136, 143,
144.
García Mansilla, Daniel: 79, 143.
Garrels, Elizabeth: 24.
Generación del 37: 42.
Gómez Paz, Julieta: 135.
Gorriti, Juana Manuela: 15, 36, 45.
Grewal, Inderpal: 18n, 85n.
Grierson, Cecilia: 17, 25, 122-132, 136,
147, 148.
Guerra, Rosa: 15, 45.
Guido, Beatriz: 74.
Gutiérrez, Juan María: 45.
Guy, Donna: 98.

H

Hardy, Thomas: 97.
Howard, Jennie: 16, 98, 101-109, 123, 125,
126, 127, 130.
Hudson, William Henry: 96, 103.

I

Isaacs, Jorge: 37.

J

Jauretche, Arturo: 74n.
Jitrik, Noé: 18, 18n, 73n.

K

Kaplan, Cora: 18n, 60, 61, 61n.
Kirkpatrick, Susan: 19, 19n, 36.
Korn, Francis: 119n, 123n.
Kristeva, Julia: 20, 21n.

L

Lanteri, Julieta: 123, 124n, 136.
La Prensa (periódico): 17, 123, 133, 134n,
143.
Lombroso, Gina: 123n.
López y Planes, Vicente: 40.
Lowe, Lisa: 18n, 54n, 147, 147n.
Ludmer, Josefina: 14, 25n, 66.
Lugones, Leopoldo: 136.
Luiggi, Alice H.: 102n.

M

Mann, Horace: 99, 101, 107.
Mann, Mary: 100, 101.
Mansilla, Eduarda: 16, 19, 25, 45, 50, 71-82,
143.
Mansilla, Lucio V.: 73-75.
Manso, Juana Paula: 124n.
María (novela): 37.

Mármol, José: 35n, 37.
Masiello, Francine: 14, 24, 37, 121.
Menem, Carlos: 26.
Mistral, Gabriela: 135.
Mitre, Bartolomé: 56, 67, 106, 107, 133.
Miyoshi, Masao: 26.
Molloy, Sylvia: 39, 52, 75n, 118.

N

Ngugi wa Thiongo: 26.

O

Obligado, Pastor: 11n.
Ocampo, Victoria: 19, 74, 123, 142.
O’Gorman, Camila: 44n.
Oliver, María Rosa: 74, 74n.
Ong, Walter: 26.

P

Parera, Blas: 40.
Pfeffel, Conrad: 55n.
Pratt, Mary Louise: 17, 49, 87.
Prieto, Adolfo: 18, 38, 75, 137.
Pueyrredón, Pridiliano: 65.

R

Revolución de Mayo,
celebración de: 11, 62, 76, 118.

Rivadavia, Bernardino: 40, 99, 124.
Robertson, John Parish: 124.
Roca, Julio Argentino: 72, 78, 97.
Rodríguez, Ileana: 14n, 24.
Rojas, Ricardo: 119-121, 144.
Rosas, Juan Manuel de: 36, 37, 41-44, 55,
58, 60, 72, 73, 75, 120, 143.
Rosas, Manuelita: 58, 60, 64-67.
Rotker, Susana: 35.
Rugendas, Johann Mortiz: 31-33.

S

Sáenz Quesada, María: 11, 45.
Said, Edward: 26.
Sánchez, Mariquita: 11, 15, 25, 27, 31, 32,
34, 39, 40-53, 67, 68, 128.
Sarlo, Beatriz: 51, 116, 123.
Sarmiento, Domingo Faustino: 13, 16, 21,
26, 42, 45, 48, 53, 71, 72, 74, 99,
100-102, 107, 108, 122, 125, 131, 132,
136, 137, 147.
Sociedad de Beneficencia: 40, 41, 45, 98,
100, 128, 130.
Socolow, Susan M.: 40.
Sommer, Doris: 24, 36, 37, 73.
Stolen, Kristi A.: 56.
Storni, Alfonsina: 122.
Subercasseaux, Pedro: 11, 45.
Sugg, Redding S.: 99.

T

Tedesco, Juan Carlos: 122n, 133n.

Thompson, Martín: 40, 41, 48, 51.

V

U

Varela, Florencio: 45.

Viñas, David: 18, 73n.

Urquiza, Justo José de: 36, 55, 56, 67, 73.

Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina 1850-1930
se terminó de imprimir el 30 de noviembre de 2007, en los talleres
de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V.
San Lorenzo Tezonco 244, Paraje San Juan, Delegación Iztapalapa,
09830, México, D. F.

Edición realizada a cargo de la Coordinación de Publicaciones
del Instituto Mora. En ella participaron: *corrección de estilo*, Yekaterina García y Octavio
Ortiz; *corrección de pruebas*, Claudia Barajas y Estela García;
diseño de portada, Iván Lombardo; *formación de páginas*, Solar, Servicios Editoriales,
S. A. de C. V.; *cuidado de la edición*, Octavio Ortiz y Yolanda R. Martínez.

La edición consta de 500 ejemplares